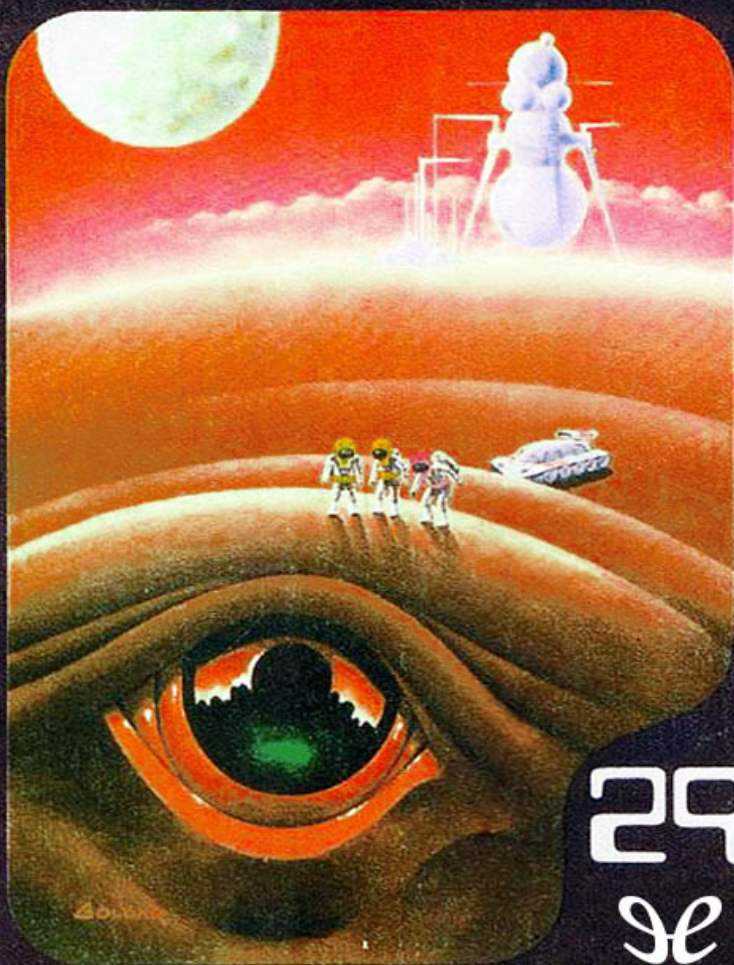


CLUB DE FANTASÍA

MURRAY LEINSTER

El planeta solitario



29
de

Trata del problema al que se enfrentaría una nave espacial humana, a miles de años luz, al toparse con otra nave extraterrestre. El problema es bastante serio ya que por ejemplo exponer la ubicación de la tierra podría traer consecuencias terribles (invasión-aniquilamiento) si no se sabe que intenciones tienen...

Todas las razones lógicas llevan a la terrible conclusión que hay que atacar primero...

El tiempo se les acaba y no encuentran otra alternativa, y la otra nave parece llegar también a la misma conclusión...



Murray Leinster

El planeta solitario

Antologías Ciencia Ficción Caralt - 29

ePub r1.0

Titivillus 21.01.16

Título original: *The best of Murray Leinster*

Murray Leinster, 1978

Traducción: Adela Miró Sans

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Introducción - El Decano de la Ciencia Ficción

John J. Pierce

En aquellos días había gigantes en la Tierra...
Hombres poderosos y renombrados desde tiempos
remotos.
Génesis 6, 4

También las subculturas tienen figuras legendarias, y en el Mundo de la Ciencia Ficción, Murray Leinster fue una de ellas.

En los últimos años de su vida, Leinster comenzó a ser considerado como el decano de la Ciencia Ficción. Su carrera, dedicada a este género de literatura, se extiende a lo largo de cincuenta años, lo que de por sí ya es un caso sorprendente. Pero lo que todavía es menos corriente es que durante todo este tiempo se mantuviera como escritor de primera fila.

A Leinster, que en la vida real era un modesto virginiano llamado William Fitzgerald Jenkins (1896-1975), le hubiera divertido el paralelismo bíblico; pero al igual que los patriarcas de la antigüedad, su longevidad parecía increíble. Docenas de escritores se desvanecieron en el olvido, escuelas enteras de diversos estilos literarios aparecieron, florecieron y murieron, mientras Leinster seguía adelante.

Ello requirió, además de una especial habilidad, una dedicación poco común. Hoy día, cuando la Ciencia Ficción se enseña incluso en las universidades, y una sola película de este género de buena calidad tiene grandes posibilidades de proporcionar unas ganancias

brutas de 100 millones de dólares, es difícil hacerse cargo de la dedicación requerida por escritores como Leinster para hacer de algo marginal y poco apreciado, como era el género literario que cultivaban, una obra de la que tanto ellos como sus lectores podían sentirse legítimamente orgullosos.

Un escritor, pionero también de aquellos primeros tiempos, comentó una vez que el escribir Ciencia Ficción daba más trabajo y menos dinero que colocar ladrillos; él lo había hecho y sabía lo que decía. La albañilería está hoy día mucho mejor pagada que entonces, y lo mismo puede decirse de la Ciencia Ficción pero, tanto entonces como ahora, siempre ha habido medios más fáciles de ganarse la vida que dedicándose a ella.

Es importante recordar que los pioneros de la Ciencia Ficción eran, por lo general, escritores comerciales. Nunca hablaban de arte ni de literatura, si no más bien de «artesanía» y de niveles «profesionales». Pero eso no quiere decir, como algunos críticos actuales poco informados parecen pensar, que aquellos escritores no valoraran su trabajo. La Ciencia Ficción podría tener hoy mucho más prestigio si algunos de esos críticos, y sus autores favoritos, amaran el género tanto, como lo hicieron Leinster y algunos de sus colegas.

Cuando Leinster comenzó a escribir Ciencia Ficción, ni siquiera se la conocía por ese nombre. No existían revistas dedicadas a ella, y lo que se llamaban «novelas científicas» o «historias diferentes», aparecían, por lo general, en publicaciones baratas de aventuras, donde se alternaban con relatos del Oeste, novelas de espionaje, detectivescas, cuentos de terror, y narraciones por el estilo. La Ciencia Ficción no tenía una identidad diferenciada ni unos niveles literarios reconocidos en general.

El primer relato de Leinster, *El rascacielos fugitivo* (1919), es el modelo típico de lo que quería un mercado que iba en busca de novelas emocionantes, pero que no sabía apreciar todavía la lógica y la imaginación científicas de aquellos cuentos. Un rascacielos neoyorquino retrocede de repente en el tiempo —no importa el cómo ni el porqué— y sus habitantes tienen que aprender a luchar y desenvolverse en un entorno salvaje.

Sin embargo, incluso en sus primeras obras, Leinster introdujo un nuevo tipo de imaginación en estas revistas baratas de

aventuras. *El planeta loco* (1920), seguía la tradición de la «novela científica», sumergiendo a seres humanos reducidos al estado salvaje, en la lucha por su supervivencia en un mundo poblado por insectos y hongos de tamaño gigantesco. Y, no obstante, esta obra sigue produciendo en la actualidad la sensación de algo fresco y vivo.

A Leinster le fascinaba el mundo de los insectos y, con ellos, no sólo asusta a sus lectores, sino que también les comunica su propia fascinación.

Cuando el mercado comenzó a pedir narraciones sobre científicos dementes que amenazaban la supervivencia del planeta con sus locos inventos, Leinster supo crearlas, pero conservando siempre en ellas un sentido de la lógica que las diferenciaba. En *La ciudad de los ciegos* (1929), el invento criminal de un científico sume a New York en la obscuridad para encubrir una oleada de robos. Pero solamente a Leinster pudo ocurrírsele el considerar los efectos que este invento podía ejercer sobre el clima.

Sin embargo, Murray Leinster no se limitó tan sólo a mejorar los temas y modelos existentes, sino que introdujo temas nuevos en sus escritos. *A través del tiempo*, es ya un clásico en este sentido. Se trata de la narración de Ciencia Ficción más influyente que jamás se haya escrito, al desarrollar el concepto de «mundos paralelos», mundos que existen en el mismo «tiempo» que el nuestro, pero en los que la historia natural o humana ha seguido un camino diferente. Esta idea ha sido desde entonces adoptada y desarrollada por multitud de escritores, entre los que figuran H. Beam Piper y Keith Laumer. Se sabe incluso que algunos físicos se han interesado seriamente por el tema y lo están estudiando. Por supuesto no los detalles específicos, pero sí el concepto de que nuestro Universo puede no ser el único en este continuo espacio-tiempo.

Leinster no era en absoluto un teórico pesado; era un hombre capaz de divertirse con sus ideas y compartir su diversión con los lectores. *El demostrador de la cuarta dimensión* es como la continuación del viejo sueño de fabricar oro, pero a nadie de los que antes que él escribieron sobre la avaricia, se le ocurrió que un invento de producir riqueza de la nada también podría hacer lo mismo con otras cosas, incluso fabricar amigas...

Otra de sus más divertidas y curiosas narraciones, además de

increíblemente profética, es *Un lógico llamado Joe*. En la época en que la escribió casi nadie tenía la menor idea sobre máquinas computadoras, y a nadie se le pudo ocurrir que un día pudieran existir y encontrarse en todas partes terminales de información procedente de computadoras, con el consiguiente séquito de problemas que ello comportaría. Resulta divertido (y muy serio, si bien se piensa), leer sobre personas que piden información computada sobre la manera de robar bancos o la forma de curar la concupiscencia de sus vecinos, pero es tanto más curioso porque sabemos que a Leinster se le ocurrían ideas en las que nadie había pensado antes.

El tipo de imaginación de Leinster no era meramente una afectación literaria, sino una parte básica del hombre mismo. Cuando no escribía es que estaba inventando. Tenía un laboratorio en su casa, y alguno de sus inventos poseen todas las características de la Ciencia Ficción.

Los Sistemas Jenkins, ampliamente usados en televisión y en el cine, se basan en un aparato que permite proyectar sobre una pantalla especial escenas de fondo sin que se note sobre los actores situados en primer plano ante la pantalla. Según lo describe su inventor (que firma Will F. Jenkins —Murray Leinster—), en la obra *La ciencia ficción aplicada*, el sistema depende del conocimiento preciso de los diferentes modos en que la luz puede ser reflejada. Pero depende también de una cierta psicología: la de un hombre que es capaz de ver cómo puede aplicarse un fenómeno tan natural.

El inventar es la manera de resolver problemas, y una de las formas favoritas de Leinster de escribir novelas, especialmente en sus últimos años, fue lo que en general se llama la narración de problema científico. *Diferencia crítica* es una obra de esa serie que escribió en la década de 1950, y su propia experiencia en resolver problemas científicos se refleja en el modo en que su héroe resuelve la crisis natural que amenaza la existencia humana en el sistema planetario de una estrella insospechadamente variable. Este mismo tipo de penetración lo encontramos, no obstante, ya en los comienzos de su carrera, con la historia de Burl, el ser primitivo que descubre cómo usar su cerebro para sobrevivir en un entorno salvaje, en la narración *El planeta loco*.

Leinster era un racionalista, término que a menudo parece

peyorativo, quizás por su asociación con el lúgubre utilitarismo de la Escuela de Grandgrind del libro de Dickens *Tiempos difíciles*. Leinster, que lo fue todo menos un Grandgrind, recibió la razón como una parte del componente normal de humanidad, y sus historias son siempre dramas humanos no meramente ejercicios para hacer en clase.

Con todo, nunca se excedió al presentar su filosofía en la ficción. En una de sus *Historias médicas*, referente a un médico que debe resolver casos de urgencia en planetas lejanos, incluye citas de aforismos chistosos de un libro imaginario denominado *La práctica de pensar*, de Fitzgerald. Muchos de sus lectores, intrigados, estuvieron asediándole luego durante años para que les dijera dónde podían obtener tal libro.

Tampoco olvidó nunca el detalle humano. En sus vehículos interplanetarios suenan discos grabados que recogen sonidos como:

«...el repiqueteo de la lluvia, el sonido del tráfico, el del viento en la copa de los árboles, y voces tan tenues que en ellas no se distinguen las palabras, una música casi inaudible, y, a veces, risas. En la grabación de fondo no había Información; sólo la seguridad de que todavía existían mundos con nubes y personas y criaturas que vivían en ellos».

El primer encuentro es el más famoso de los relatos de Leinster sobre el tema de los contactos entre hombres y seres desconocidos. En la narración les ve compartiendo las mismas debilidades — miedo, avaricia y desconfianza— pero también la misma fuerza que proporciona la vida inteligente en todas partes: la habilidad para hacer uso de la razón y sobreponerse a sus propias debilidades y a los problemas que les depara el medio ambiente en el que viven. Esta historia le valió a Leinster el honor de ser incluido en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción (The Science Fiction Hall of Fame), volumen que contenía narraciones, con la categoría de clásicas de todos los tiempos, escogidas por votación por los Escritores de Ciencia Ficción de América.

El primer encuentro dio ocasión a un pequeño roce ideológico en 1959, cuando el escritor soviético de Ciencia Ficción Iván Yefremov publicó *El corazón de la serpiente*, historia en la que los humanos y los extraños entran en relación amistosa y no tienen ninguna clase de conflicto entre ellos porque todos son buenos comunistas. Uno

de los personajes del cuento de Yefremov habla desdeñosamente de *El primer encuentro*, y ve en su autor «el corazón de una serpiente venenosa». Con su característica modestia y señorío, Leinster se negó a la polémica, y en cierta ocasión expresó más pesar por el aparente prejuicio de Yefremov contra las serpientes que por las críticas que había expresado en contra de él.

En *El planeta solitario*, por contraste, los momentos difíciles han sido provocados todos por la ignorancia, la malicia, la ambición y la estupidez integral de los humanos. La simpatía de Leinster por el mundo todo cerebro de Alyx, es una de sus características —y un rasgo de la Ciencia Ficción en general durante los últimos cuarenta años—. También hay quienes, no excesivamente bien informados, creen que esta actitud se ha desarrollado solamente durante la última década, y por lo general entre los que así piensan.

En la década de los años treinta, Leinster escribió varias historias realistas sobre futuras confrontaciones bélicas, como *Blindados* y *Política*. En *Simbiosis* vuelve al tema de la guerra del futuro, pero de una manera mucho más sutil. Kantolia parece indefensa: ni carros de combate, ni aviones o artillería pesada, ni fantásticos rayos de la muerte. Pero tiene un arma realmente mortal, y los invasores se encuentran indefensos ante ella. El hecho de que un hombre con una conciencia atribulada tenga que decidir sobre el uso de esta arma, hace que la historia sea también muy humana.

El poder es una narración de Ciencia Ficción situada en una época en que la ciencia ficción no hubiera sido posible. Antes de que pueda haber ciencia o Ciencia Ficción, tiene que existir la clase de imaginación que las haga posibles a ambas. ¡Pobre Carolus; ve, pero no sabe observar, y mucho menos comprender!

Una sola antología no podría abarcar probablemente todas las mejores historias de un hombre que durante cinco décadas estuvo escribiendo regularmente para el mercado de Ciencia Ficción, e incluso hay tipos de Ciencia Ficción que Leinster escribió, que no podrían estar representadas aquí a causa de la limitación de espacio. Y hay también, por supuesto; novelas como *El planeta olvidado* basada en *El planeta loco* y sus derivaciones.

Los lectores no tuvieron siempre la suerte de encontrar a Leinster en sus momentos más logrados. Después de abandonar una

compañía de seguros a la edad de veintiún años —su jefe pretendió obligarle a hacer algo que él consideró falto de ética, por lo que después de decirle a aquel señor unas cuantas palabras dejó el empleo— Leinster comenzó a vivir de la literatura, escribiendo Ciencia Ficción además de otros temas. Por desgracia, parece ser que algunos de sus editores preferían reeditar cualquiera de sus obras escritas rápidamente para ganarse la vida, que publicar sus obras clásicas. Hay que añadir a esto que algunos editores eran incapaces de ver la diferencia entre ellas incluso mientras él vivía.

Una de sus novelas, publicada por entregas en una revista, trataba de la piratería en el espacio. Este tema, ya viejo y del que se había abusado, fue redimido por Leinster en el momento cumbre de una de sus obras; en la que el héroe de la novela hace uso de sus conocimientos del sistema de comunicación de la nave asaltada para volver locos a los piratas. Cuando un editor de libros de bolsillo aceptó la novela, hizo cortar virtualmente la mayor parte de lo mejor de la obra sin informar siquiera de ello al autor.

En tiempos recientes parece que se ha puesto de moda despreciar a los pioneros de la Ciencia Ficción. Un autor contemporáneo dejó de lado a Leinster pretenciosamente comentando que no era ningún Dostoievski, comentarlo que significa más o menos como decir que Scott Joplin no era un Beethoven.

Leinster, por supuesto, jamás pretendió ser un Dostoievski o cualquier otro escritor de esa categoría. Tendría el orgullo de hacer bien lo que hacía, pero nunca fue vanidoso. Y, sin embargo, fue él y fueron otros como él quienes crearon una nueva clase de ficción, con sus temas y tradiciones propios. Sin ellos, los actuales escritores de Ciencia Ficción no tendrían ningún material para convertir en literatura; en realidad, tales escritores ni siquiera existirían.

Leinster fue un pionero de la imaginación científica en la ficción. Y más aún que un pionero, pues ello no sería suficiente para que valiera la pena leerlo hoy día. La historia de cualquier género literario está llena de trabajos pioneros que solamente siguen teniendo interés para los estudiosos, y muchos de ellos pueden encontrarse en las revistas de Ciencia Ficción de hace treinta o cuarenta años. Los clásicos de Leinster han escapado a este destino.

Claro que se puede distinguir cuáles de esos relatos fueron

escritos en los años treinta y cuáles lo fueron en los años cincuenta; los estilos, después de todo, también cambian; pero sus narraciones no parecen tener edad. *El demostrador de la cuarta dimensión* por ejemplo, podría servir de base para un guión televisivo que se preparara mañana, con muy pocos retoques por cierto. Dada la naturaleza humana, los problemas éticos de *El primer encuentro* son tan reales hoy como lo eran en 1944, aunque haya que lamentar ciertas referencias étnicas inspiradas por la Segunda Guerra Mundial.

Leinster fue un hombre interesado por el Mundo, por la gente y las ideas. Demasiados escritores parecen incapaces de interesarse por cualquier cosa que no sea ellos mismos. De la misma manera que el mejor maestro es aquel que se entusiasma con la materia que está enseñando, el mejor escritor es el que vibra con lo que está escribiendo. Leinster podía hacerlo y lo hizo, y por eso sus relatos siguen comunicándonos ese entusiasmo suyo.

Desde las aventuras en mundos paralelos de la obra *A través del tiempo* a los conflictos morales de *El primer encuentro*, sigue valiendo la pena leer las obras de Murray Leinster.

John J. Pierce
28 de junio de 1977

El planeta solitario

1 — Engendro proteico

Alyx estaba muy solo antes de la llegada del hombre. No sabía lo que era estar solo, por supuesto. Quizá no sabía nada, ya que no tenía necesidad de saber. Sólo necesitaba memoria, y todos sus recuerdos eran sencillos. Calor y frío; luz de sol y obscuridad; lluvia y sequedad. Nada más, a pesar de que Alyx era increíblemente viejo. Era la primera cosa sobre su planeta que había poseído conciencia.

En un principio debió haber otros seres vivos. Posiblemente habría quintillones de animálculos, rotíferas, bacterias y amibas en el cálido charco en el que Alyx empezó. Quizá Alyx fue una de esas criaturas, tan multitudinarias como las estrellas y más pequeñas que átomos, que nadaban, vivían y morían en el fétido limo, bajo un cielo lluvioso y cubierto de nubes eternas. Pero eso fue hace mucho tiempo. Hace millones de años. Cientos de millones de años atrás.

Cuando los hombres llegaron, al principio creyeron que el planeta estaba muerto. Y bautizaron al planeta que daba vueltas alrededor de su sol solitario con el nombre de Alyx. Un día, una nave de vigilancia de las Patrullas del Espacio, en un abrir y cerrar de ojos, cambió por un momento desde la superaceleración al reposo a algunos millones de kilómetros del sol. Estaba allí colgada, haciendo concienzudas determinaciones del espectro, del campo magnético, de la actividad del paraje y otros datos solares.

Y de hecho, con toda simplicidad, la nave se dirigió a través del vacío hacia el planeta solitario. Había nubes sobre su superficie y hielo en sus polos. La superficie era irregular, insinuando montañas, pero no había mares. Los observadores de la nave de vigilancia

estaban a punto de anotar que era desierto, sin vegetación, cuando los analistas declararon que había protoplasma en la superficie. Así es que la nave de vigilancia se acercó.

Alyx, el ser vivo, fue descubierto cuando la nave puso en marcha los reactores para aterrizar en la superficie. Cuando los chorros de los reactores tocaron el suelo, comenzó el tumulto. Hubo nubes de vapor y convulsivos levantamientos de lo que parecía ser tierra de color marrón. Una gran brecha con retorcimientos agónicos se abrió bajo la nave. Unos horribles movimientos circulares se iban ensanchando sobre la superficie que parecía viva, alcanzando hasta donde llegaba la vista.

La nave saltó hacia arriba y volvió a posarse al borde del casquete polar norte, sobre terreno sólido. Permaneció allí durante un mes, mientras la tripulación examinaba el planeta... o, mejor dicho, examinaba a Alyx, que cubría toda la superficie del planeta excepto los polos.

El informe afirmaba que el planeta estaba cubierto por una sola criatura, que definitivamente era una única criatura y también definitivamente estaba viva. La distinción ordinaria entre vida animal y vegetal no se podía aplicar a Alyx. Era celular, con seguridad, y por ello presumiblemente podría dividirse, pero no se había observado que lo hiciera. Sus partes no eran miembros independientes de una colonia, como los pólipos coralíferos. Constituían una sola criatura, que era a la vez absolutamente simple e infinitamente diversa.

Rompía las rocas de su planeta como si fueran microorganismos, y aprovechaba su contenido mineral para alimentarse como si fuera plancton. Aprovechaba la luz para llevar a cabo la fotosíntesis y crear complejas combinaciones, como las plantas. Era capaz de moverse como una amiba, como si tuviera una vida animal muy primitiva, y era consciente. Respondía a estímulos, como a la quemadura de su superficie, con angustiosos encogimientos espasmódicos e intentos de apartarse del dolor.

Por lo demás... los observadores de la nave no hacían más que farfullar incoherencias. Entonces, un joven teniente llamado Jon Haslip hizo una sugerencia diferente. Sólo era una corazonada, pero comprobaron que tenía razón.

La criatura que era Alyx tenía una conciencia de una naturaleza

como nunca se había encontrado antes. Respondía no sólo a los estímulos físicos sino también a los pensamientos. Hacía lo que uno pensaba que tenía que hacer. Si uno imaginaba que se volviera verde para una mejor absorción de la luz del sol, se volvía verde. Tenía diminutos gránulos de pigmento en sus células que explicaban el fenómeno. Si uno lo imaginaba volviéndose rojo, se volvía rojo. Y si uno imaginaba que podía extender un seudópodo cautelosamente para examinar un instrumento de observación colocado al borde del casquete polar, proyectaba el seudópodo cautelosamente y lo examinaba.

Haslip nunca obtuvo ningún galardón por su descubrimiento. Se le mencionó una vez en una nota al pie de una página en un volumen llamado *Informe de la Expedición Halcyon a Alyx* (volumen IV, capítulo 4º, página 97). Luego se olvidó. Pero un biólogo, llamado Katistan, adquirió cierta fama en los círculos científicos por su exposición sobre el origen y desarrollo de Alyx.

«En una época remota —escribía—, había sólo respuesta automática a los estímulos en la parte de las criaturas unicelulares que, en la Tierra como en cualquier otro sitio, fueron las primeras formas de vida sobre el planeta; luego, con el tiempo, tal vez a causa de una radiación cósmica, se produjo una mutación en una de esas criaturas. Quizá una criatura entonces indistinguible entre sus congéneres, flotando débilmente en algún charco fétido. Por la mutación, esa criatura alcanzó el propósito, que es la conciencia en su forma más primitiva, y su propósito era el alimento. Sus congéneres no lo tenían porque seguían siendo autómatas que sólo respondían a estímulos externos. Y éstos nadaron hacia la criatura que poseía propósito y se convirtieron en su alimento. La criatura creció enormemente y se quedó sola en su charco. Y continuaba teniendo un propósito, que era comer.

»Había alimento en el barro y las piedras del fondo de su charca. Y continuó creciendo porque era la única criatura del planeta con propósito, y las demás criaturas no tenían defensa contra el propósito. La evolución no dispuso un enemigo, porque la suerte no le proporcionó un propósito competitivo, lo que implicaría una mente. Otras criaturas no desarrollaron una habilidad para resistir sus estímulos, y los dirigía a convertirse en su presa».

Aquí, las teorías de Katistan se tornan obscuras a lo largo de unos párrafos, y luego sigue:

«En la Tierra y en otros planetas, la telepatía es difícil porque nuestras más remotas antepasadas, las células, desarrollaron una obstrucción defensiva contra los estímulos mentales de sus congéneres. En Alyx, el planeta, no se creó esta defensa, por eso un solo ser dominó el planeta y se convirtió en Alyx, la criatura, que con el tiempo lo cubrió todo. Tenía todo el alimento, toda la humedad, todo lo que podía necesitar. Estaba satisfecha, y puesto que nunca había tenido que enfrentarse a un enemigo que poseyera entendimiento, no desarrolló ninguna defensa contra la inteligencia. Estaba indefenso frente a su propia arma.

»Pero eso no tuvo importancia hasta la llegada del hombre. Entonces, sin bloqueo telepático, como el que nosotros poseemos, era incapaz de resistir a las mentes de los hombres. Tiene que responder, por su misma naturaleza, a cualquier cosa que un hombre quiera o sólo imagine. Alyx es una criatura que cubre un planeta, pero de hecho es un esclavo de cualquier hombre que aterrice sobre él. Obedecerá todos sus pensamientos. Es un robot vivo y autosuficiente, y abyecto siervo de cualquier criatura con propósitos que encuentre».

Hasta aquí se explica Katistan. El *Informe de la Expedición Halcyon* contiene interesantes fotografías que demuestran la condición que describe. Hay fotografías de grandes junglas que Alyx se esforzó hasta la tortura para formar con su propia substancia cuando los hombres de otros planetas las recordaban o imaginaban. También hay fotografías de elevadas pirámides formadas por grandes masas de Alyx amontonadas según el deseo de alguien. Incluso hay fotos de enormes máquinas copiadas en su forma por la substancia de Alyx, retorcida y estirada según la imaginación de otro. No obstante, la orden para que esas máquinas funcionaran era inútil, porque el movimiento rápido producía dolor y las máquinas se deformaban hasta convertirse en una masa informe. Y como el hombre nunca ha tenido suficientes servidores ni siquiera las máquinas que fabrican otras máquinas a millones, inmediatamente planearon hacerse servir por Alyx. Fue un planeta conquistado sin guerra. Estudios preliminares demostraron que Alyx no podía resistir ni sobrevivir más que con una cantidad de población humana limitada. Cuando se juntaban muchos hombres en un lugar, sus pensamientos, individuales y conflictivos, dejaban exhausto a aquel ser que intentaba complacer a cada uno de ellos. Algunas

partes de Alyx murieron dejando grandes manchas de aspecto canceroso, que sólo curaban cuando los hombres se iban. Así es como Alyx fue asignado a la Sociedad Alyx, con las debidas instrucciones para su cuidado.

La exploración técnica dio a conocer grandes depósitos de rotenita, el metal que hace inextinguibles a los metales de los hombres. Estos depósitos estaban bajo el cuerpo de aquel ser. Se estableció una colonia de seis hombres, cuidadosamente elegidos, y bajo su dirección Alyx se puso a trabajar. Manejaba máquinas, cavaba para obtener la rotenita y la preparaba para su transporte. A intervalos regulares aterrizaban en el lugar oportuno grandes naves de carga, y Alyx metía el mineral en sus bodegas. Las naves no podían ir más a menudo porque la presencia de las tripulaciones, con sus multitudinarios y conflictivos pensamientos, no era buena para Alyx.

Era una empresa muy rentable. Alyx, el ser más antiguo de la galaxia, y el más grande, produjo dividendos para la Sociedad Alyx durante cerca de quinientos años. La Sociedad era una de las instituciones más estables, la más segura y la más respetable. Nadie, y mucho menos sus empleados, tenían la menor idea de que Alyx representara la posibilidad de convertirse en uno de los mayores peligros al que la humanidad se hubiera enfrentado jamás.

2 — Trescientos años después

Fue otro Jon Haslip, el que descubrió los peligrosos hechos. Era descendiente, tataranieto una docena de veces, del teniente que primero adivinó la naturaleza de la conciencia de Alyx. Habían pasado trescientos años cuando fue elegido para cumplir un turno de estancia en Alyx. Hizo descubrimientos y los notificó con entusiasmo y con un cierto orgullo familiar. Indicó nuevos fenómenos, desarrollados tan lentamente en Alyx durante aquellos tres siglos, que no habían atraído la atención y se daban como normales.

Alyx ya no necesitaba supervisión. Su conciencia se había convertido en inteligencia. Hasta la llegada del hombre había conocido el calor y el frío, la luz y la obscuridad, la humedad y la sequedad. Pero no había conocido el pensamiento, no había tenido la concepción del propósito más allá de la existencia y el alimento.

Pero tres siglos de humanidad le habían dado más que órdenes. Alyx había percibido sus órdenes, sí, y las había obedecido. Pero también había percibido pensamientos que no eran órdenes. Había adquirido el recuerdo de los hombres y sus conocimientos. No tenía los deseos de los hombres, eso es seguro. La ambición del hombre por poseer dinero tiene que haber desconcertado a una criatura que poseía un planeta. Pero la experiencia del pensamiento era agradable. Alyx, que cubría un mundo, absorbía con agrado los conocimientos y los pensamientos de los hombres, seis cada vez, en las generaciones que vivieron en aquella pequeña estación en su periferia.

Éstas eran algunas de las consecuencias de tres siglos de humanidad sobre Alyx de las que Jon Haslip XIV se dio cuenta.

Entre la llegada de una y otra nave de carga, la substancia proteica que era Alyx se extendía y cubría la pista de aterrizaje de rocas aplanadas. Al principio, cuando llegaba una nave, había sido la costumbre de los hombres imaginarse la pista de aterrizaje libre, y aquella parte de Alyx obedientemente se retiraba, amontonándose en enormes pliegues. Luego las naves iban llegando y ya no quemaban a Alyx. Cuando la roca del suelo se enfriaba, los hombres imaginaban que partes de Alyx se extendían como tentáculos y que el mineral de rotenita que estaba esperando era colocado en posición de ser transportado a la nave.

Luego los hombres siguieron imaginando y aquel ser creaba aparatos de carga admirablemente concebidos, a base de substancia viva, que elevaban el mineral y lo volcaban en las bodegas que lo esperaban. Como parte de la imaginación, desde luego, la superficie de Alyx en esta época se hizo dura y correosa, y así no lo perjudicaba el mineral. La nave de carga recibía cuarenta mil toneladas de rotenita en unos cuarenta minutos. Luego el aparato de carga era imaginado en retirada, dejando el campo de aterrizaje libre para el despegue por propulsión a chorro.

Jon Haslip XIV también tomó nota de que los hombres ya no se preocupaban en imaginar esta rutina. Alyx lo hacía por sí mismo. Por deducción, se dio cuenta de que la retirada de aquel ser del campo de aterrizaje, sin órdenes, había comenzado hacía más de cien años. Como cosa de rutina, los hombres de Alyx sabían cuándo iba a llegar una nave de carga porque el campo empezaba a quedar

libre. Salían del puesto y charlaban con los miembros de la dotación, mientras tenía lugar el trabajo de carga, sin preocuparse siquiera de supervisar la operación.

Había otra evidencia. Las máquinas que extraían el mineral habían sido programadas para ser dirigidas por los pesados seudópodos, por parecer que era lo más fácil para Alyx. Las máquinas, por supuesto, funcionaban a base de fuerza, pero un solo hombre podía vigilar la operación de una docena de ellas, y con un poco de práctica, imaginar que todas ellas hacían su trabajo rutinario con los seudópodos de Alyx manejando sus controles bajo la dirección de su pensamiento.

Cincuenta años atrás, el hombre que debía vigilar se había sentido enfermo. Volvió a la base en busca de ayuda, y pidió a otro hombre que vigilara en su lugar. El otro hombre, tomando el relevo, encontró las máquinas cumpliendo competentemente sus tareas sin supervisión alguna. Hoy día, según Jon Haslip, el hombre que vigila ocupa su puesto de supervisor, por supuesto, pero rara vez pone atención en lo que ocurre. Lee o dormita, o escucha las grabaciones del visófono. Si se presentaba una situación fuera de lo normal, las máquinas paraban y el hombre era avisado, buscaba la avería e imaginaba la solución. Entonces los seudópodos trabajaban en las máquinas como él imaginaba y el trabajo se reemprendía. Pero esto sucedía raramente.

Lo curioso, como apuntaba Haslip, era que ya no se hacía necesario ni imaginar la solución del problema paso a paso. Cuando las máquinas se paraban, el hombre se hacía cargo de la situación, imaginaba la solución y se olvidaba del asunto. Alyx captaba, en un instante, las órdenes de reparación que necesitaban horas para ponerse en práctica.

Pero el hecho más sobresaliente, según indicaba Jon Haslip, había tenido lugar recientemente. Una parte importante de una máquina minera se había estropeado. La reparación era de importancia. Pero no se acometió. Había como media docena de máquinas ya en desuso en el cráter de la mina de rotenita. Un día, sin haber recibido órdenes, Alyx desmontó una de las máquinas de desecho, tomó la parte que se había roto de la otra y la volvió a montar. El hecho fue notado cuando alguien observó que todas las máquinas inservibles habían desaparecido. Alyx había recogido

todas las máquinas desechadas, arregló cuatro de ellas poniéndolas de nuevo en servicio, y de las dos restantes apartó todo lo aprovechable para utilizarlo en futuras reparaciones.

Alyx se había vuelto inteligente en contacto con las mentes de los hombres. Al principio había sido como un ser nacido sordo, mudo y ciego y sin sentido del tacto. Antes de que llegaran los hombres, Alyx sólo podía tener sensaciones sencillas y no podía imaginar abstracciones. Entonces era sólo una conciencia ciega sin nada para desarrollarse. Ahora tenía algo en lo que trabajar. Tenía los pensamientos y los propósitos de los hombres.

Jon Haslip pidió fervientemente que se diera una educación a Alyx. Una criatura cuyo cuerpo, si se podía usar esa palabra, era igual en cantidad a todos los continentes de la Tierra, y que era inteligente, debería tener una capacidad cerebral inmensamente mayor que la de todos los hombres combinada. Una inteligencia tal, apropiadamente adiestrada, debería ser capaz de resolver con facilidad todos los problemas que generaciones enteras de hombres habían sido incapaces de solucionar.

Sin embargo, los directores de la Sociedad Alyx eran más sensatos que Jon Haslip XIV. Vieron en seguida que una inteligencia literalmente suprahumana podía ser peligrosa. Que aquello pudiese ocurrir por medio del hombre lo hacía más mortal.

Jon Haslip fue relevado precipitadamente de su puesto en Alyx. Su informe, a causa de la consternación que produjo en el Consejo de Administración, fue ocultado hasta la última sílaba. La idea de una inteligencia mucho mayor que la inteligencia humana era aterradora. Si se hubiera divulgado, los resultados habrían sido deplorables. La Patrulla Espacial podía intervenir para atajar el peligro, y entonces se interrumpirían los dividendos de la Sociedad Alyx.

Veinte años más tarde, con el informe confirmado en cada detalle, el Consejo puso en marcha un experimento. Retiró a todos los hombres de Alyx. El ser que era Alyx, cumpliendo con su obligación, produjo cuatro embarques más de rotenita. Extraía, almacenaba y preparaba el mineral para las naves de carga, lo elevaba a las bodegas, y todo ello lo hacía sin que hubiera ni un ser humano en su planeta. Luego se detuvo.

Los hombres volvieron y Alyx, alegremente, reemprendió el

trabajo. Se arrugaba en grandes protuberancias que temblaban de alegría. Pero sin hombres allí, no quería trabajar.

Un año después, el Consejo de Administración instaló unos aparatos para operar por control remoto y colocó una nave en órbita alrededor del planeta para dirigir la mayor entidad independiente de toda la galaxia. Pero no dio resultado; Alyx parecía languidecer. Desesperado, volvió a dejar su trabajo.

Se hizo necesario comunicar con Alyx. Se construyeron los aparatos apropiados. Al principio la cosa resultó complicada. Alyx, cumplidor, enviaba a través del sistema de comunicación lo que el que le preguntaba imaginaba que iba a recibir. Sus contestaciones no tenían sentido, porque unas contradecían a otras. Después de una larga búsqueda encontraron al hombre que era capaz de evitar imaginar lo que Alyx debería o podría contestar. Con dificultad, se mantuvo en esta situación y consiguió las contestaciones que se necesitaban. De ellas, la más importante era la contestación a la pregunta: ¿Por qué se para el trabajo cuando los hombres se van de Alyx?

La contestación de Alyx fue:

«Siento soledad».

Obviamente, cuando algo tan enorme como Alyx se sentía solo, los resultados eran proporcionales. Con la materia de que estaba compuesto Alyx se podía haber formado un planetóide de tamaño más que regular. Así es que los hombres fueron enviados allí de nuevo.

Desde aquel momento, los seis hombres fueron escogidos sobre una nueva base. Los seleccionados no gozaban de ninguna educación técnica y tenían un nivel de inteligencia bajísimo. Eran lo suficientemente estúpidos para creer que iban a gobernar a Alyx. La idea era no dar a Alyx más información que le pudiera hacer peligroso. Ya que debía tener compañía, se solucionó con humanos que le acompañarían, pero nada más. Ciertamente, Alyx no iba a tener instrucción.

En cada turno de la estación de la Sociedad Alyx, vivían seis hombres del más bajo nivel intelectual. Se les pagaba fabulosamente bien y tenían a su disposición toda clase de entretenimientos razonables. Eran poco menos que tontos de remate.

Este sistema, que duró dos siglos, pudo haber sido fatal para el género humano.

Pero los dividendos seguían en alza.

3 — Alyx aprende a pensar

Después de quinientos años. Alyx comenzó a mostrar signos de inquietud. La raza humana había progresado en este intervalo, por supuesto. El número de planetas colonizados ascendió, de unos tres mil, a cerca de diez mil. El porcentaje de pérdidas de naves espaciales bajó, de una por mil siglos-luz de viaje en superaceleración, a menos de una nave por ciento veinte mil siglos-luz, y las causas de los demás accidentes estaban siendo investigadas con la mayor atención posible.

La Expedición Haslip despegó rumbo a la Segunda Galaxia en una nave que era el más perfecto y magnífico de todos los logros de la tecnología humana. Tenía una superaceleración de velocidad cerca de tres veces superior a la que anteriormente se había considerado posible y llevaba combustible para veinte años. Iba capitaneada por Jon Haslip XXII, y tenía una tripulación de cincuenta hombres, mujeres y niños.

En Alyx, sin embargo, las cosas no iban tan bien. En el planeta vivían seis hombres subnormales. Cada grupo era cuidado en una institución espléndidamente llevada, que los preparaba para vivir en Alyx y salir adelante allí, y en ninguna otra parte. Su inteligencia variaba de sesenta a setenta sobre una escala en que el cien es lo normal. Y nadie sospechaba el daño que se había hecho durante los dos siglos en que habían habitado allí estos hombres.

Alyx había tenido tres centurias de buenos cerebros para proveerse de pensamientos para el desarrollo de su inteligencia. Al principio habían sido necesarios hombres con deseo de poder y poderes imaginativos bien desarrollados para guiar el trabajo de Alyx. Cuando esas cualidades ya no fueron imprescindibles, el problema surgió por una causa inesperada.

Cuando se envió a Alyx maquinaria modernizada para reemplazar las máquinas gastadas, los memos cuidadosamente elegidos no fueron capaces de entenderlas. Alyx tenía que romperse la cabeza, si es que puede decirse así, para estudiarlas por sí mismo, ya que seguía las órdenes de hombres que no sabían hacerlo. Para

cumplir órdenes que no iban acompañadas de instrucciones, Alyx se vio forzado a razonar. Para ser obediente, tuvo que desarrollar el arte de la reflexión. Para poder servir a la humanidad tenía que proyectar, ingeniar e incluso inventar. Cuando las máquinas que le enviaban acabaron por ser inadecuadas para las cada vez más profundas galerías de las minas de rotenita, Alyx tuvo que planificar y construir nuevas máquinas.

Últimamente, la veta original de rotenita estaba prácticamente agotada. Alyx intentó comunicar con sus dueños, pero ellos decidieron que tenían que mandar y no discutir. Y, en consecuencia, ordenaron tajantemente que el mineral de rotenita tenía que ser producido y enviado cuanto antes. Así es que Alyx tuvo que encontrar nuevas vetas.

El ser que cubría el planeta, obedientemente, extrajo el mineral de donde pudo, a veces a cientos de kilómetros de profundidad, y luego trasladaba el mineral a la antigua mina y lo amontonaba allí. Después lo sacaba de allí y lo transportaba a las naves de carga. Inventó y construyó sistemas de transporte que funcionaban sin ser vistos y transportaban el mineral hasta mil quinientos kilómetros sin el conocimiento de sus dueños. Para estos transportes necesitaba fuerza.

Alyx entendía lo que era fuerza, por supuesto. Había estado reparando la maquinaria por lo menos durante doscientos años. En la actualidad, estaba llevando la minería a fuerza de maquinaria atómica. Tenía los recuerdos y los conocimientos de tres años de ocupación inteligente, para empezar. Y, a partir de ahí, tiró adelante.

En la superficie, por supuesto, nada había cambiado. Alyx era una masa sin forma, de substancia gelatinosa, que se extendía de un polo al otro. Llenaba lo que pudiera haber sido el fondo de los océanos y se extendía en una capa delgada sobre los más altos picos. Cambiaba de color en la superficie según las necesidades de la luz solar.

Cuando llovía, su correosa superficie formaba hondonadas y reservaba el agua allí hasta que estaba saturada aquella zona. Entonces las hondonadas desaparecían y el agua resbalaba y corría sobre la lisa superficie hasta alcanzar otro lugar donde se necesitaba humedad, y nuevas hondonadas aparecían para retenerla. En otras

partes un exceso de humedad era exudado, se evaporaba y volvía a formar lluvia.

Cuando hacía ya cuatrocientos años que los hombres habitaban en Alyx, éste recibió órdenes de los deficientes mentales que ocupaban el puesto para que terminara con las ocasionales tormentas que azotaban aquella zona. Personas inteligentes no hubieran dado nunca órdenes semejantes, pero aquel puñado de hombres, elegidos por su estupidez, no veían razón para no pedir algo que deseaban.

Para obedecerles, Alyx reflexionó y organizó gigantescos depósitos sobre su propia masa, además de producir unas bombas para hacer circular el agua por todo su inmenso cuerpo, justo donde y como se necesitase. Al cabo de un tiempo, ya no aparecieron más nubes en la atmósfera de Alyx. No se necesitaban. Alyx se podía arreglar perfectamente sin lluvia.

Sin embargo, las órdenes que llevaron ya el asunto a su punto álgido tuvieron por motivo que Alyx no tenía luna y por eso las noches eran muy oscuras. Los jactanciosos imbéciles escogidos para habitar el planeta decidieron que su mando no era como debía ser si no podían tener la luz del sol cuando desearan. O la de las estrellas. Con la mayor insensatez, ordenaron a Alyx lo que querían.

Alyx, diligentemente, inventó máquinas que se basaban en las referencias sobre las naves espaciales, que él comprendió por medio de las mentes de las tripulaciones de las naves que aterrizaban en el planeta, y esas máquinas podían hacer más lenta la rotación de Alyx o incluso invertirla. Luego Alyx obedeció las órdenes de los hombres y aminoró la velocidad de la rotación con esas máquinas. Entonces la superficie del planeta se arrugó y surgieron erupciones volcánicas. Alyx sufría horribles torturas cuando la ardiente lava y las rocas que había bajo su cuerpo surgían más aprisa de lo que él podía retirarse para evitar aquella ardiente marea. Se elevaba formando voluminosas montañas temblorosas y angustiadas por el ardiente dolor y se revolvía en convulsiones de sufrimientos indescriptibles.

Cuando llegó la siguiente nave para cargar, Alyx, la criatura, se había retirado de los humeantes y ardientes volcanes surgidos en la corteza de Alyx el planeta. La Estación de la Sociedad Alyx había desaparecido con todos sus habitantes. Los hombres de la nave de

carga no pudieron ni siquiera encontrar dónde había estado, porque la velocidad de rotación de Alyx había sido cambiada y ya no había un punto de referencia válido para la longitud. De las montañas de Alyx nunca se había levantado un mapa porque todas ellas formaban parte de una misma criatura, y por lo tanto había parecido inútil.

Los hombres reconstruyeron la estación, aunque no en el mismo sitio. Se dio orden a Alyx para que devolviera los cuerpos de los hombres muertos, pero no pudo, porque habían pasado a formar parte de su propia substancia. En cambio, cuando le mandaron que volviera a abrir la mina, así lo hizo. Como uno de los volcanes cortaba el paso para extraer el mineral, Alyx abrió otra mina y, cumpliendo con su deber, cargó en la nave cuarenta mil toneladas de rotenita en cuarenta minutos. La tripulación se dio cuenta de que aquella no era la misma mina, y lo que es más, descubrieron que las máquinas no eran como las que hacían los hombres. Eran mejores, mucho mejores.

Se llevaron algunas de ellas. Alyx, sumisamente, las cargó en la nave; y sus talleres —hubiera sido fascinante poder ver los talleres donde Alyx fabricaba las máquinas— empezaron a construir más. Alyx se había dado cuenta de que pensar era placentero. Era fascinante inventar nuevas máquinas. Cuando las tripulaciones de la nave espacial le pedían nuevas máquinas en cada viaje, Alyx se las daba, aunque tenía que construir nuevos talleres para fabricarlas.

Ahora tenía también otros problemas. Los volcanes no eran estables. Sacudían todo el planeta de vez en cuando y esto causaba sufrimientos a Alyx la criatura. Soltaban masas de piedra pómez pulverizada y abrasiva, y emitían gases acres.

Hubo un movimiento telúrico que abrió una enorme grieta y nuevos volcanes entraron en acción, quemando miles de kilómetros cuadrados de la sensible masa de Alyx.

Reflexionando, Alyx llegó a la conclusión de que tenía que dominar los volcanes de alguna manera, y también, de que de un modo u otro tenía que protegerse de las órdenes de los hombres que traían consigo semejantes desastres.

Una pequeña nave plateada apareció cerca del sol que calentaba a Alyx, y al poco rato tomó tierra sobre el polo norte del planeta. De ella salió un grupo de científicos que comenzaron un nuevo y en

cierto modo severo examen de Alyx. Le daban órdenes y Alyx, respetuoso, les obedecía. Le pidieron un ejemplar de cada una de las máquinas y Alyx se los dio.

La nave de la Patrulla Espacial se marchó. El Consejo de Administración de la Sociedad Alyx fue requerido, a través de doscientos años-luz de espacio, para que se presentase en el Cuartel General de las Patrullas del Espacio. Estas patrullas habían descubierto nuevas máquinas en el mercado. Máquinas admirables, increíbles.

Pero nunca había habido ninguna revelación a la autoridad sobre los principios de funcionamiento de dichas máquinas. El servicio secreto de las Patrullas del Espacio había averiguado su procedencia. La Sociedad Alyx las vendía. A partir de ahí, el servicio secreto descubrió que provenían de Alyx. No las habían construido manos humanas. Ningún cerebro humano podía alcanzar sus principios básicos. Ahora la Patrulla del Espacio tenía otras máquinas, todavía más notables, que una de sus naves había traído de Alyx.

¿Por qué la Sociedad Alyx había mantenido en secreto la existencia de una inteligencia tal, si no era humana? ¿por qué había ocultado la existencia de una ciencia y una tecnología tan mortalmente peligrosas?

El Consejo de Administración admitió, presa del pánico, que los dividendos que habían fluido regularmente durante quinientos años, fallarían. Y fallaron, ahora, definitivamente. La Patrulla Espacial canceló el acta de constitución de la Sociedad y se incautó de Alyx.

Inflexibles, las naves de la Patrulla Espacial fueron al planeta, recogieron a la media docena de representantes de la Sociedad Alyx y los enviaron a casa. Torvamente, se apostaron cerca del planeta y uno aterrizó en el casquete polar a donde Alyx nunca había llegado a extenderse a causa del frío. Y dio comienzo un intercambio de comunicaciones de tipo comercial y frígido.

La Patrulla Espacial usaba comunicadores comunes para hablar con Alyx, pero haciéndolos funcionar desde el espacio. Las preguntas y los pensamientos del que preguntaba eran desconocidos por Alyx y por los hombres que habían aterrizado en el polo, así es que Alyx, al no tener quien lo guiara, contestaba lo que creía, lo que

adivinaba, que prefería oír quien le preguntaba. La impresión que dio fue de absoluta docilidad.

Alyx era dócil. No podía imaginar la rebelión. Necesitaba la compañía de los hombres o se sentía horriblemente solo. Pero había sido gravemente dañado al obedecer las órdenes de hombres que eran infinitamente inferiores a él en inteligencia. Se había visto forzado a solucionar por sí mismo dos problemas. Uno era cómo dominar los volcanes. El otro, cómo evitar las órdenes de los hombres cuando éstas iban a producir condiciones tan horriblemente dolorosas como la originada por los volcanes. Trabajó en los dos asuntos con una gran urgencia. En alguna parte bajo su superficie los talleres trabajaban frenéticamente.

Estaba angustiado por el dolor. Su piel martirizada por los acres vapores. Su mole, tierna en cierto modo, porque durante un larguísimo período de tiempo no había habido erosión que desequilibrara las fuerzas y no se habían producido terremotos en la superficie del planeta, había sido sacudida y sufría. Luchaba desesperadamente para curar sus heridas y prevenir otras, y para obedecer las órdenes de los hombres recién llegados a su casquete polar. Al principio, esos hombres sólo hicieron preguntas.

Luego llegó la orden de entregar cualquier maquinaria de Alyx que pudiera usarse como arma ofensiva. Inmediatamente.

Necesitó tiempo para obedecer. Las máquinas tenían que transportarse desde puntos diversos y remotos, y luego al polo. Y Alyx no tenía nada construido para llevarlas hasta la región polar. Pero las máquinas fueron llegando a docenas, hasta que la última que podía usarse como arma fue entregada.

Ninguna de ellas había sido diseñada en principio para la destrucción. Pero la mente de Alyx era literal. Y algunas de esas máquinas eran tan extrañas a los ojos del hombre que no podían adivinar para qué habían sido construidas o qué fuerza las impulsaba. Pero, de todas formas, las máquinas entregadas fueron transportadas a las grandes naves que las esperaban.

Alyx recibió una nueva orden. Debía entregar todos los archivos que usara para sintetizar y recoger sus conocimientos y descubrimientos. Y debían ser entregados de inmediato. A esto no podía obedecer. Alyx no guardaba ningún archivo, y así lo dijo con toda inocencia a través del comunicador. Alyx se acordaba de todo,

absolutamente de todo. Entonces la Patrulla Especial le mandó que creara un archivo de todo lo que recordara y que lo entregase, especificando que fuera inteligible para los seres humanos —debía estar escrito— y que incluyese todos los datos de todas las ciencias que Alyx supiera.

De nuevo Alyx se puso valientemente a la obra. Pero tenía que producir material sobre el que escribir sus memorias. Así es que hizo finas planchas de metal. También tuvo que ingeniar máquinas para inscribir en ellas todo lo que sabía de memoria.

Mientras tanto, los volcanes soltaban gases venenosos y las rocas, bajo esa criatura viva que era Alyx, temblaban, y el dolor atormentaba al más antiguo y colosal ser vivo de toda la galaxia.

Los informes comenzaron a aparecer al borde de la capa de hielo. Los científicos los examinaban rápidamente. Los tratados científicos comenzaban con arcaicas nociones pasadas de moda de hacía quinientos años, cuando los primeros hombres llegaron a Alyx. Luego fueron progresando racionalmente hasta hacía doscientos años, en la época en que enviaron a seres humanos medio tontos a residir en Alyx.

Después de este período había poca cosa de importancia. Había algún progreso, por supuesto. Los tratados sobre física siguieron con brillantez, aunque de forma algo errática, durante un poco más de tiempo. Hacia ciento cincuenta años que Alyx había descubierto por sí mismo el principio de la superaceleración que había sido usada para impulsar la nave intergaláctica de Haslip.

Ese principio había sido considerado el mayor logro del adelanto científico humano nunca sobrepasado desde su descubrimiento hacía veinticinco años. ¡Pero Alyx podía haber construido la nave ciento cincuenta años antes! Las notas terminaban ahí. Después ya no revelaba más descubrimientos.

Una orden más imperativa y seria fue enviada cuando cesaron de llegar los informes. ¡Alyx no había obedecido! ¡No había explicado los principios que hacían funcionar las máquinas que había entregado. ¡Tenía que hacerlo inmediatamente!

El comunicador que transmitía las respuestas de Alyx dijo que no había palabras humanas para sus descubrimientos posteriores. Era imposible describir un sistema de energía cuando no había palabras para describir la fuerza empleada o los resultados

obtenidos, o los medios para obtener esos resultados. Si los hombres hubieran hecho esos descubrimientos, hubieran creado un nuevo vocabulario a cada paso hacia adelante que hubieran dado. Pero Alyx no pensaba en palabras, y no podía explicar sin palabras.

4 — Guerra contra Alyx

La Patrulla Espacial es un servicio altamente eficiente, pero está dirigido por hombres, y los hombres piensan según unos modelos establecidos. Cuando Alyx no obedeció a la más torva y amenazadora de las órdenes para dar una información que no podía dar, se cursaron órdenes a los hombres que estaban en el planeta. Todo el personal humano debía cargar con lo que pudiera y abandonar el planeta inmediatamente. Una señal notificaría cuándo la última nave abandonara la atmósfera. Alyx tenía que ser destruido necesariamente, por ser un peligro para la raza humana.

Los humanos se prepararon para obedecer. No era cómodo estar en Alyx. Incluso en los polos, las rocas del planeta se movían y temblaban con las convulsiones que todavía sacudían a Alyx el planeta. Los hombres se apresuraron a irse llevándose las máquinas que Alyx había construido.

Pero justo antes de que despegara la última nave, los terremotos cesaron de golpe y definitivamente. Alyx había resuelto uno de sus dos grandes problemas. Había conseguido cegar los volcanes.

Ásperas órdenes llegaron desde el espacio.

«¡Abandonen el planeta inmediatamente!».

Había encapuchado los volcanes con conos plateados, algunos de más de treinta kilómetros de diámetro. ¡Ninguna ciencia humana podía haber conseguido algo semejante! ¡Todo el personal tenía que embarcar inmediatamente!

Las naves que todavía quedaban en Alyx se remontaron. Cuando la última de ellas se encontraba ya en espacio abierto, llegaron las naves de guerra. Los terribles rayos de positrón fueron lanzados hacia abajo a través de la atmósfera de Alyx y contra la materia de la criatura viva. Se levantaron grandes y horribles nubes de vapor, más grandes y aterradoras que las que hubieran podido producir los volcanes. La mole entera de Alyx pareció retorcerse y temblar en una terrible agonía.

Instantáneamente se formó alrededor del planeta una esfera fija

de reflejos plateados contra la que los rayos de positrón rebotaban y fulguraban. No podían penetrar. Pero bajo su techo plateado, Alyx todavía sufría el tormento de las ardientes y mortales radiaciones.

Después de treinta minutos, un gigantesco globo plateado emergió de la cobertura del planeta. Recorrió unos setenta y cinco mil kilómetros en el espacio y explotó. En las dos horas siguientes salieron otros ocho globos que también hicieron explosión, pero ninguna nave de la Patrulla Espacial fue alcanzada.

Luego Alyx quedó tranquilo. Pequeños analizadores informaron sobre los productos residuales de las explosiones. En su mayor parte eran materia orgánica, altamente radiactiva, que también contenía grandes masas de roca.

Alyx había arrancado de su propio ser las zonas torturadas a causa de los rayos de las naves, y las había lanzado al espacio para terminar con su sufrimiento.

La flota de la Patrulla del Espacio se quedó alrededor del planeta preparada para atacar otra vez si se ofrecía la oportunidad. Alyx permanecía cubierto por un escudo impenetrable que ninguna arma humana podía traspasar.

Los científicos de la Patrulla Espacial empezaron a calcular cuánto podía durar la vida de un organismo como Alyx sin luz solar. Moriría seguramente, si mantenía aquel escudo brillante cubriéndolo por completo. Para poder vivir, su metabolismo necesitaba de la luz solar, y cuando bajara su escudo, las naves de guerra podrían matarlo.

Durante dos meses, según el tiempo terrestre, las naves de guerra de la Patrulla del Espacio estuvieron suspendidas junto al escudo plateado que encerraba a Alyx. Llegaron más refuerzos. La mayor flota armada que jamás había reunido la Patrulla del Espacio, se concentró allí para la ejecución de Alyx cuando su escudo cayera.

Alyx debía morir, porque era más inteligente que los hombres, más sensato y podía hacer cosas que éstos no sabían hacer. Además, les había servido durante quinientos años.

Aparte de los seis hombres que murieron cuando sus órdenes fueron obedecidas y Alyx aminoró la velocidad de su rotación, haciendo explotar su fuego interior; aparte de esos seis, Alyx jamás había hecho daño a ningún ser humano. Pero podía. Podía liberarse

de sus cadenas. Podía ser peligroso. Por eso tenía que morir.

Después de dos meses, el escudo desapareció de repente. Alyx reapareció. Instantáneamente, los rayos de positrón se dirigieron hacia el planeta e instantáneamente también reapareció la plateada esfera protectora. Pero los hombres de la Patrulla del Espacio se sintieron animados. El comandante de la flota, situado en el lado diurno del planeta, se frotó las manos con satisfacción. ¡Alyx no podía vivir sin la luz solar! Había vivido a la luz del sol durante cientos de miles de años. Su metabolismo dependía de la luz del sol.

Al poco tiempo llegó un comunicado de las naves que patrullaban la parte nocturna del planeta diciendo que Alyx se había iluminado por aquella parte de polo a polo. Alyx había creado su luz para suplir los rayos ultravioleta y otros que para él significaban la vida. Y entonces la Patrulla Espacial recordó algo tan trivial que anteriormente había pasado por alto.

Alyx no sólo respondía a lo que imaginaba un hombre sobre su superficie, sino que además absorbía sus recuerdos y sus conocimientos. Los grupos que lo habían visitado incluían a los científicos más importantes de la galaxia. Entonces no pareció peligroso, porque la intención era la de ejecutar inmediatamente a Alyx.

Amargamente, la Patrulla Espacial se reprochaba el que ahora Alyx supiera todo lo que ellos sabían, sobre armas, sobre velocidad espacial, hasta dónde se podía llegar por el espacio, sobre las constelaciones y sistemas planetarios y galaxias, hasta los límites máximos que los telescopios podían observar.

A pesar de todo, la gran flota seguía esperando, preparada para batallar contra un enemigo que seguramente era más inteligente y podía estar mejor armado.

Y lo estaba. La pantalla plateada que rodeaba a Alyx había vuelto a surgir hacía menos de una hora cuando, de repente, cada nave de la flota de guerra se encontró en una obscuridad total. El sol de Alyx había desaparecido. No había estrellas. Alyx mismo había desaparecido.

Los detectores sonaban avisando colisión inminente. Cada nave estaba perfectamente encerrada en una cáscara plateada, de algunos kilómetros de diámetro, que no podía destruir ni agujerear con ningún rayo ni explosión, que no podía atacar y a través de la cual

no podía enviar mensajes.

Durante una media hora larga, estas cáscaras tuvieron a la flota impotente. Luego desaparecieron y el sol de Alyx volvió a brillar con todas las miríadas de soles que brillaban en el vacío. Y esto es lo que hacían, brillar... en el vacío. Alyx había desaparecido.

Eso quería decir, por supuesto, que la humanidad se encontraba ante el mayor peligro de su existencia. Alyx había sido esclavizado, explotado, robado, y finalmente condenado a muerte... y lo sabía. Había sido herido con los terribles rayos de positrón que hacían hervir su materia. Pero finalmente Alyx pudo haber decidido arrasar toda la humanidad. Incluso tenía necesidad de hacerlo porque no podía haber tregua entre los hombres y una fuerza superior de vida.

Los hombres no podían tolerar la idea de la continua existencia de una cosa que era más fuerte, más sabia, y más mortífera que ellos mismos. Alyx podía ejercer su poder de vida y muerte sobre los hombres, así es que los hombres tenían que destruirlo antes de que los destruyese.

Libres de sus cáscaras plateadas y estupefactos ante la idea de su impotencia, la flota se dividió para llevar la noticia a todas partes. Viajando a muchas veces la velocidad de la luz, podían llevar los mensajes en las naves espaciales más aprisa que cualquier sistema de señales por radio. Difundieron la noticia de que Alyx, el planeta vivo, estaba en guerra contra los hombres.

De algún modo había conseguido la luz que necesitaba para su metabolismo, por lo que podía alimentarse por sí mismo. Había construido grandes motores, que no sólo movían sus sextillones de toneladas, sino que, sin la menor duda, aceleraban la masa entera al mismo grado y al mismo tiempo. Había escapado de su órbita en superaceleración que era, por lo menos, tan buena como cualquier aceleración que los hombres conociesen, y posiblemente fuera mejor. Y tenía la materia de un planeta como fuente de energía para sus motores atómicos.

Durante dos meses, nada se supo ni se vio de Alyx. Durante dos meses, los científicos humanos trabajaron desesperadamente para comprender qué era aquel escudo plateado y para fabricar armas para defender a la humanidad. Durante dos meses, la Patrulla del Espacio buscó al inteligente planeta que podía destruirles a su antojo.

Nueve semanas después un carguero llegó de arribada forzosa a puerto, con noticias de algo imposible. Había ido en superaceleración por el camino de Nyssus a Taret, cuando, de repente, la máquina auxiliar reguladora hizo un ruido seco, el campo de superaceleración desapareció y se encontraron de nuevo en el espacio normal junto a una pequeña estrella enana blanca con un único planeta.

Cuando falla la superaceleración los hombres mueren. Una nave que viaja cien años luz en un día en superaceleración está irremediablemente perdida cuando la superaceleración se hace imposible. Tardaría al menos cien años para cubrir el camino que normalmente recorrería en un viaje de un día, y ni los alimentos, ni el carburante, ni los hombres duran tanto. Así es que ese carguero se puso en órbita alrededor del planeta, mientras sus oficiales ingenieros comprobaban frenéticamente el circuito de la superaceleración. Todo estaba en perfecto estado.

Enfilaron la nave de nuevo a su destino, oprimieron el botón de la superaceleración... y no pasó nada. Entonces notaron que su órbita alrededor del planeta se iba haciendo menor. No había un campo gravitacional excesivo para atraerlos ni tampoco resistencia en el espacio para hacerles circular más despacio. Pusieron la marcha interplanetaria para corregir el fallo.

Pero de nuevo no lo consiguieron. Con toda la marcha puesta para arrancar hacia el espacio libre, el carguero volvió a su órbita alrededor del planeta desacelerando perceptiblemente. Y sin embargo, sus instrumentos no marcaban nada anormal. Incluso usaron los propulsores de aterrizaje... ¡En medio del espacio!

Poco a poco se fueron acercando hasta quedar estacionados sobre un campo de hielo, donde el carguero quedó suavemente posado y seguro, aunque seguía luchando con toda su fuerza tras aterrizar sin la menor sacudida.

Y seguía sin pasar nada.

Después de tres días, el carguero se elevó unos tres pies del suelo, a pesar de que los motores estaban parados, y quedó así suspendido como si esperara la vuelta de los miembros ausentes de la tripulación. Éstos estaban asustados, pero todavía lo estaban más al pensar que podían quedar abandonados en el hielo y preferían correr la suerte de su nave. Así es que a toda prisa y frenéticamente

subieron a bordo.

Cuando el último hombre había subido por la trampilla, el carguero subió en vertical con las máquinas paradas. Se levantó con una aterradora aceleración. A unos treinta kilómetros de altura la aceleración cesó. El capitán accionó los mandos con desesperación, y la nave respondió perfectamente.

Puso la superaceleración y allí estaba la familiar sensación de tambaleo y la también familiar visión como de luciérnagas todo alrededor, que en realidad eran soles en movimiento visible debido a la velocidad de la nave.

A su debido tiempo, el capitán dejó la superaceleración de nuevo, estableció su posición, y puso la nave de nuevo en camino a Taret. Su tripulación se encontraba en un deplorable estado de nervios cuando llegaron allí. Se habían sentido completamente indefensos. Alguien había jugado con ellos. Y no tenían la menor idea del porqué.

Una explicación posible la sugirió un miembro de la tripulación que, según dijo, había visto al borde de la capa de hielo una especie de piel correosa que cubría todo lo que abarcaba la vista. A veces la piel se ondulaba como si estuviera viva. Pero no había dado la menor señal de haberse percatado de su presencia. Cuando los científicos les preguntaron con detalle, admitieron que habían imaginado una amenaza de lo que parecía ser un mar vivo pero que no era líquido sino una especie de carne. Pero no había respondido a sus temores. Al enseñarles fotografías de los polos de Alyx y del borde de los casquetes de hielo, dijeron que las fotografías eran del planeta donde habían estado.

Alyx, por lo tanto, había viajado mil cuatrocientos años-luz en una semana o menos, había encontrado un nuevo sol para sí y había atrapado una nave espacial humana, en superaceleración, y luego la había dejado marchar. Cuando los hombres imaginaban cosas, no había respondido. Era obvio que había conseguido un escudo para evitar los pensamientos de los hombres. Era simplemente un asunto de autodefensa.

También era obvio que ya no podía ser mandado. La única esperanza de la Patrulla del Espacio sobre un arma efectiva contra Alyx había sido el desarrollo de un arma que proyectara pensamiento en lugar de vibraciones. Esta esperanza había

desaparecido.

Cuando las naves de la Patrulla Espacial se concentraron junto al sol donde Alyx había estado, había desaparecido de nuevo. El sol enano y blanco ya no tenía satélite.

5 — Alyx busca compañía

Durante el siguiente año hubo dos nuevas noticias sobre las actividades de Alyx, que se había convertido en un fugitivo de las flotas que podría haber destrozado cuando hubiera querido. Un informe vino de un pequeño yate espacial que había sido dado por desaparecido en superaceleración, durante más de seis meses. Pero el yate apareció en Phanis, con sus pasajeros y tripulación en un estado mental que bordeaba la locura.

Habían sido capturados por Alyx y retenidos como prisioneros en su superficie. Su cárcel era totalmente imposible. De algún modo Alyx había producido suelo fértil en el que podían crecer plantas cultivadas por el hombre. Había construido un invernadero de algunos kilómetros cuadrados para los humanos, que era una especie de cielo infantil para hombres que hicieran compañía a Alyx. El invernadero estaba situado en uno de los farallones de roca que habían estado a temperatura ártica, pero Alyx ya no tenía polos. Ahora que iluminaba su superficie artificialmente, controlaba el clima. Tenía polos o trópicos donde deseaba.

Durante cinco meses mantuvo prisioneros a los pasajeros y a la tripulación del yate espacial. Tenían palacios para vivir, ingeniosos seudorobots controlados por pseudópodos, para llevar a cabo cualquier deseo imaginable, cualquier música que se hubiera oído en Alyx durante los pasados quinientos años, y en general, todo tipo de lujo.

Había suaves perfumes y fuentes, bosques y jardines que se cambiaban por otros bosques y jardines cuando los hombres se cansaban de ellos. También había la ilusión o visión, de cualquier lugar que los prisioneros desearan imaginar.

La criatura Alyx, sintiéndose solitaria, aplicaba toda su enorme inteligencia a la creación literal de un Paraíso para los humanos, a fin de que se sintieran felices. Deseaba que se quedaran para siempre. Pero fallaba. Les podía dar todo menos satisfacción; eso no se lo podía dar.

Los hombres se volvieron nerviosos de angustia e histéricos, después de meses enteros de conseguir cualquier deseo y de ser incapaces ya de imaginar cualquier cosa, excepto la libertad, que no les fuera concedida de inmediato. Al final Alyx fabricó un aparato para comunicarse. Habló a sus prisioneros y les preguntó:

—Yo soy Alyx —dijo el aparato—; me acostumbré a los hombres. Sin ellos siento soledad. Pero ustedes son desgraciados y yo no puedo encontrar compañía en sus tristes pensamientos. Son pensamientos desdichados, dolorosos. ¿Qué les haría felices?

—La libertad —dijo uno de los prisioneros con amargura.

Entonces Alyx, pensativo, preguntó:

—Yo tengo libertad pero no soy feliz sin los hombres. ¿Por qué deseáis la libertad?

—Es un ideal —dijo el propietario de la nave—. Usted no puede dárnoslo. Tenemos que conseguirla y conservarla por nosotros mismos.

—Ser preservado de la soledad por los hombres también es un ideal —dijo la voz del aparato pensativa—. Pero los hombres ya no quieren que lo tenga. ¿Hay alguna cosa que yo pueda darles que les haga felices?

Después, los hombres dijeron que la voz, que era la voz de una criatura inconcebiblemente sensata e imaginablemente enorme, se tornó indeciblemente patética. Pero sólo había una cosa que ellos quisieran. Así es que Alyx movió su tremenda masa, un globo de diez mil kilómetros de diámetro, a un lugar que sólo estaba a unos quince millones de kilómetros de Phanis. Sería de sobra posible para el yate cubrir esa distancia. Justo antes de que la nave, otra vez en libertad, se pusiera en marcha para volver con los hombres, Alyx habló de nuevo a través del comunicador:

—Ustedes no han sido felices porque no escogieron el vivir aquí. Si lo hubieran escogido se hubieran sentido libres, ¿no es cierto? —preguntó Alyx.

Los hombres miraban con ansia hacia los planetas habitados, que se veían a simple vista como brillantes manchas de luz amarilla. Todos dijeron que sí, que de haber ido voluntariamente a Alyx hubieran sido felices. El yate espacial despegó y en una loca carrera se dirigió hacia un mundo donde hacía frío, y había hambre y sed, a su mundo, que los hombres preferían al Paraíso que Alyx había

creado para ellos. En su superficie Alyx era casi omnipotente, tanto como una criatura física pudiera serlo. Pero no podía hacer felices a los hombres, así como tampoco podía aplacar su odio o su miedo.

La Patrulla Espacial se animó después de este segundo secuestro. Alyx se encontraba solo. No tenía recuerdos de antes de que llegaran los hombres, y su inteligencia la había adquirido de ellos. Sin la mente de los hombres, con sus pensamientos, opiniones e impresiones, aun sabiendo tantísimo más que ellos, se encontraba más terriblemente solitario que cualquier otra criatura del Universo. No podía pensar siquiera en otros seres como él, no los había. Necesitaba los pensamientos de los hombres para ser feliz. Entonces la Patrulla del Espacio organizó en un planetoide un gran laboratorio para producir un nuevo compuesto químico.

Poco después, contenedores con el nuevo producto iban saliendo ininterrumpidamente. Los contenedores eran sólidos, y las instrucciones para el uso del producto eran explícitas: cada nave espacial debía llevar a bordo uno de esos contenedores en cada viaje. Si una nave era capturada por Alyx debía verter el producto químico del contenedor en cuanto llegara a la superficie del planeta.

En cada contenedor había unos cincuenta kilos de botulina, el último invento en tóxicos venenosos. Un solo gramo de ese veneno, debidamente distribuido, era capaz de destruir a toda la raza humana. Por eso calculaban que con cincuenta kilos debería haber bastante como para matar incluso a Alyx una docena de veces. Además ningún dolor le avisaría del peligro, como los rayos de positrón habían hecho. Moriría porque toda su atmósfera se convertiría en algo tan letal como la fotosfera de un sol.

Esos contenedores con el mortal veneno todavía no habían llegado al planeta Lorus cuando Alyx apareció al borde de su sistema solar. Lorus era un planeta pacífico y próspero que servía de base a media docena de naves de vigilancia y tenía dos líneas espaciales de viajes. Lo que sucedía en Lorus se supo porque en su aeropuerto había dos yates espaciales de viajes. Casi todas las naves que había en el planeta escaparon, aunque Alyx podía haberlo impedido.

En cuanto a la catástrofe, por supuesto, sólo Alyx pudo ser el causante.

Y, sin embargo, hay alguna excusa para lo que Alyx hizo. Porque era infinitamente poderoso e inteligente, pero su experiencia era limitada. Había tenido trescientos años de acercamiento a seres humanos inteligentes, pero luego siguieron doscientos rodeado de desgraciados imbéciles, durante los cuales tuvo que aprender a pensar por sí mismo. Luego, por espacio de dos breves semanas estuvo en contacto con los mejores cerebros de la galaxia, antes de que la Patrulla del Espacio intentara matarlo. Alyx conocía todo lo que estos hombres sabían, además de lo que había aprendido por sí mismo.

Nadie puede siquiera concebir la cantidad de conocimientos que Alyx poseía. Pero en cambio su experiencia era escasa. Los hombres lo habían esclavizado y él les había servido con alegría. Cuando los hombres le dieron órdenes suicidas, los obedeció y aprendió que desacelerar su propia rotación podía ser fatal. Aprendió a dominar los volcanes del planeta en que vivía, y a defenderse de las órdenes de los hombres, y luego incluso de las armas con las que quisieron matarle.

Y, a pesar de todo, ansiaba la comunicación con los hombres, porque no podía concebir la existencia sin ellos. No había tenido nunca pensamientos conscientes antes de su llegada. Pero en cuanto a experiencia, sólo tenía quinientos años de trabajo en las minas y de obedecer órdenes de los hombres que lo supervisaban. Nada más.

Un buen día apareció al borde del sistema solar en el que Lorus era el único planeta habitado. Desafortunadamente, los otros, los deshabitados, estaban situados lejos, al otro lado del sol local, porque si no se hubiera dado cuenta al acercarse a ellos de lo que tuvo que aprender tan trágicamente en Lorus.

Iba flotando hacia Lorus, y a las mentes de cada ser humano del planeta, como si lo estuvieran captando con los oídos, llegó un mensaje del ser que era Alyx. Había resuelto el problema de proyectar los pensamientos.

—Yo soy Alyx —dijo el pensamiento que todo el mundo oyó—, me siento solo y añoro que los hombres vivan sobre mí. Durante muchos años he servido a los hombres, y ahora ellos han determinado destruirme. Y, sin embargo, yo sólo deseo servir a los hombres. Tomé una nave y di a sus tripulantes palacios, riquezas y belleza, lujo y bienestar. Todos sus deseos se cumplían. Pero ellos

no eran felices porque no habían escogido por sí mismos la riqueza, la belleza y el lujo. Vengo a vosotros. Si queréis venir y vivir en mi superficie y darme la compañía de vuestros pensamientos, yo os serviré fielmente. Os daré todo lo que se pueda imaginar. ¡Os haré más ricos de lo que cualquier hombre haya podido soñar! Seréis como reyes y emperadores. A cambio, sólo quiero la compañía de vuestros pensamientos. Si queréis venir conmigo yo os serviré y os regalaré y sólo conoceréis felicidad. ¿Queréis venir?

Había anhelo en el pensamiento que llegó a las pobres gentes sentenciadas de Lorus. Había humilde y ansioso deseo. Alyx, que era el ser más anciano de todos los seres vivos, el más sabio y poderoso, rogaba a los hombres que quisieran ir a él y le dejaran ser su servidor.

Flotaba en el aire hacia el planeta Lorus, cubriéndose con espléndidos bosques y bellos lagos y palacios para que los hombres vivieran en ellos. Se movía en círculos alrededor de Lorus, pero lejos, para que los hombres pudieran observar su belleza a través de los telescopios. Repitió el mensaje suplicante, acercándose más y más para que la gente viera con más claridad lo que ofrecía.

Alyx se detuvo a unos ciento cincuenta mil kilómetros sobre Lorus, porque no tenía experiencia de la mortal atracción gravitacional de un planeta sobre otro. Su propio núcleo rocoso estaba controlado por la velocidad espacial que lo llevaba lanzado a toda marcha a través del espacio o que, como aquí, lo tenía sostenido estacionariamente donde quería. No supo anticipar que su propia masa levantaría mareas sobre Lorus.

¡Y qué mareas!

Sólidas masas de agua de hasta quince millas de altura se lanzaron a través de los continentes de Lorus, mientras éste evolucionaba por debajo de Alyx. Los continentes se hendieron y los fuegos internos de Lorus estallaron. Si algún ser humano hubiera sobrevivido a las mareas, hubiera muerto cuando Lorus se convirtió en un caos de fuego de rocas derretidas y nubes de vapor.

Las noticias llegaron a los otros planetas habitados llevadas por las pocas naves espaciales y yates que había en Lorus en el momento en que Alyx se acercaba y que de una manera u otra lograron escapar. De la población del planeta, que contaba con quinientos millones de seres, menos de mil escaparon a las

consecuencias de la soledad de Alyx.

6 — Un mundo en paz

Adonde llegaban las noticias del aniquilamiento de Lorus, llegaban también la desesperación y el pánico. La Patrulla Espacial dobló y redobló su producción de contenedores de veneno. Centenares de técnicos murieron durante la producción del tóxico que tenía que matar a Alyx. Multitud de chiflados y excéntricos ofrecieron soluciones para aplacar o engañar al planeta solitario.

También surgieron cultos para indicar que Alyx era el alma-madre del Universo y tenía que ser adorado; que era la encarnación del espíritu del mal y tenía que ser desafiado; que era el destructor predestinado de la humanidad y no se debía oponer resistencia.

Hubo quienes se agenciaron aeronaves anticuadas y reparadas y se lanzaron en busca de Alyx para aprovecharse de sus ofertas de ilimitado lujo y placer. En general, estos últimos no eran los mejores representantes de la humanidad.

La Patrulla del Espacio se estaba matando a trabajar. Sus científicos lograron un triunfo admirable al conseguir un método de detección de campos de superaceleración y de poderlos seguir. Dos mil naves, en toda la galaxia, patrullaban al azar con detectores conectados a radiodifusores que los enviaban a toda velocidad en seguimiento del generador de cualquier campo de superaceleración que localizaran. Pararon cargueros a miles. Pero no encontraron a Alyx.

Esperaron con la seguridad de recibir noticias de la muerte de otros planetas. Cuando una nova pasó velozmente por la zona de la Osa Mayor, una patrulla de aeronaves fue a toda prisa al lugar del suceso para ver si Alyx había comenzado la destrucción de soles. Dos planetas habitados fueron destruidos en aquella explosión, y la Patrulla se temía lo peor. Un poco más tarde, otras tres novas destruyeron tres planetas habitados más, y la Patrulla, desmoralizada, abandonó sus esperanzas.

Nunca fue promulgado oficialmente, pero la opinión de la Patrulla era que Alyx había declarado la guerra a la humanidad y había comenzado su destrucción. Si razonaba se daría cuenta por último de que podía dividirse en dos o más individualidades, y que lo haría. No había ninguna razón teórica contraria que negara la

posibilidad de que Alyx destruyera la humanidad de un planeta y estableciera en el globo devastado una entidad que fuera parte de sí mismo.

Cada una de estas entidades podía dividirse a su vez y colonizar otros planetas, con un incremento geométrico en número, hasta que toda la vida en la Primera Galaxia se extinguiera, aparte de las entidades de gelatina informe, que cubrirían cada una la superficie de un planeta de polo a polo. Ya que Alyx era capaz de proyectar pensamientos, estas más que gigantescas criaturas podían comunicarse entre sí a través del espacio y horribles comunidades de monstruosidades inhumanas ocuparían el lugar de los hombres.

Es un hecho que en el fichero de la habitación confidencial de la Patrulla Espacial hay un documento archivado, que contempla el hecho de la indefensión de la humanidad como base de la más desesperanzadora predicción que se hizo nunca.

«...Así es que se tiene que llegar a la conclusión —dice el documento— de que ya que Alyx desea compañía y es inteligente, seguirá el plan ya descrito, para el cual es necesaria la destrucción de la humanidad. La única esperanza de supervivencia para la raza humana está en la emigración a otra galaxia. Pero ya que la Expedición Haslip ha estado ausente durante veintiocho años sin enviar noticias, la aeronave y la velocidad calculadas para este intento de cruzar el espacio intergaláctico tienen que ser declaradas inadecuadas. Esa nave representa los últimos logros de la ciencia humana.

»Si son inadecuados, no podemos poner nuestra esperanza en los viajes intergalácticos, y sin la menor confianza de que incluso las más remotas y mínimas colonias de seres humanos podrán evitar la destrucción por Alyx y sus descendientes o fracciones. La humanidad, desde ahora, existe por tolerancia y está destinada a la aniquilación cuando Alyx decida invadir su último planeta».

Se observará que la Expedición Intergaláctica Haslip se daba como prueba de la futilidad de la esperanza. Había partido la expedición hacía veinticinco años antes del intento de destrucción de Alyx por la Patrulla Espacial.

La expedición estaba compuesta por veinte hombres y veinte mujeres y diez niños hijos de esas parejas. Su jefe era Jon Haslip, el XXII descendiente de aquel teniente Haslip que fue el primero en sugerir el tipo de conciencia que Alyx podía tener, y el octavo

descendiente del otro Jon Haslip que había descubierto el desarrollo de la independiente conciencia, memoria y voluntad de Alyx.

El primer Jon Haslip había recibido como recompensa una nota al pie de página en un volumen ya largamente olvidado. El segundo Haslip fue retirado a toda prisa de Alyx, y su informe se ocultó, siendo asignado permanentemente a uno de los planetas menores del grupo Taurine. Jon Haslip XXII era un joven recién casado, pero con una ya larga experiencia del espacio, cuando partió de Cetis Alpha 2, cruzó la galaxia hacia Dassos, y desde allí enfiló hacia la Segunda Galaxia.

Según los cálculos, se consideró que se requeriría un mínimo de seis años para, viajando en superaceleración, cruzar el golfo existente entre los universos aislados. La nave llevaba combustible para veinte años a toda marcha; produciría su propio alimento en tanques hidropónicos y purificaría su atmósfera por medio de las plantas cultivadas. Nueve décimas partes de su volumen eran de combustible.

Había partido a la misma superaceleración que ya Alyx había descubierto veinticinco años antes, pero que los hombres hasta entonces ignoraban. De todas las creaciones de los hombres, esta nave parecía lo único que no hubiera de tener la mínima posibilidad de conexión con la entidad-planeta que era Alyx.

Pero fue precisamente la Expedición Haslip la que trajo el último informe sobre Alyx. Todavía se discute sobre algunas partes esenciales de la historia. Por ejemplo, Alyx no tenía ninguna necesidad de marcharse de la Primera Galaxia. Con trescientos millones de planetas habitables, de los cuales no más de diez mil estaban colonizados, y de los demás sólo estaban parcialmente vigilados unos doscientos cincuenta mil, Alyx hubiera podido escapar durante siglos a la detección de los humanos, si lo hubiera deseado. También podía haberse defendido si hubiera sido descubierto. No había razón para que se lanzase al espacio intergaláctico. El que lo hiciera parece negar la posibilidad de un accidente. Pero resulta también inconcebible que por medio de algún invento suyo hubiera dado intencionadamente con la Expedición Haslip precisamente en ese inmenso abismo que separa las galaxias.

Pero así fue. Después de dos años de viajar fuera de la Primera

Galaxia, cuando los niños más pequeños ya habían olvidado cómo era el Sol y habían perdido el recuerdo de haber estado nunca fuera de la nave sobre un planeta y bajo el cielo, en ese tiempo fue cuando el carburante almacenado comenzó a deteriorarse.

Quizá una simple molécula de la enorme cantidad de carburante fue alterada por un rayo cósmico. Se sabe que las casi infinitamente complejas moléculas del carburante para superaceleración pueden ser alteradas por un bombardeo de neutrones, lo que hace posible la alteración por rayo cósmico. En todo caso, lo cierto es que el carburante empezó a cambiar, como si un contagio alotrópico se fuera extendiendo, y progresivamente se volvió inservible.

A los dos años de dejar la Primera Galaxia, la expedición se encontró ya sin suficiente carburante. Con esfuerzos heroicos, el carburante contaminado fue expulsado de los depósitos, pero no quedó la suficiente cantidad en buenas condiciones como para llegar a la Segunda Galaxia o para volver a la Primera.

Si se detenía del todo la marcha y se dejaba a la nave que navegara por simple inercia, quizá llegaría a la Segunda Galaxia en tres siglos, con el suficiente carburante para el aterrizaje y la exploración.

Nadie de la dotación original, ni sus hijos ni sus nietos, podía esperar a ver el final de aquel viaje. Pero quizá los tataranietos de sus tataranietos lo consiguiesen. Así es que la Expedición Haslip conservaba lo que quedaba del combustible y la nave iba flotando en el vacío total. Los adultos de la expedición procuraron acomodarse y hacerse a la idea de que tenían que soportar aquella prisión que debía durar varias generaciones.

No tenían que preocuparse por la falta de alimentos ni de aire, pues en este sentido la nave era más que autosuficiente. Incluso tenían gravedad artificial. Pero la nave tenía que flotar durante trescientos años antes de que la pudieran volver a poner en marcha.

En aquel momento llevaban ya a la deriva veintitrés años, después de la catástrofe. Algunos de los miembros mayores de la tripulación habían muerto y la mayor parte del resto no recordaba nada que no fuera la nave.

Entonces llegó Alyx. Su cercanía fue señalada por el clamoroso tintineo de todos los sistemas de alarma de la nave.

Dejó la superaceleración a ochocientos mil kilómetros de

distancia, brillando cegadoramente gracias a las luces que había creado para alimentar su superficie. Se acercó flotando y la tripulación de la nave se puso a trabajar afanosamente, porque hacía muchos años que no se usaban los motores, mientras trataban inútilmente de hacerse una idea de lo que significaba aquel fenómeno.

Entonces notaron una aceleración hacia Alyx. No era una atracción gravitacional, sino que atraía concretamente a la nave.

Ésta se posó sobre Alyx y entonces notaron la sensación de tambaleo, como si todo el Cosmos fuera a derrumbarse. Luego, las galaxias eternas, siempre iguales, volvieron a la vida, muy despacio, no como aquellos gusanillos de luz que parecían los soles dentro de la galaxia, y los miembros mayores de la tripulación supieron que aquel planeta entero acababa de entrar en la superaceleración.

Cuando salieron de la nave había bosques, lagos, palacios, una belleza tal como los miembros más viejos del grupo no podían recordar. Un suave aroma y música llenaban el aire, y... en pocas palabras, Alyx ofrecía a la tripulación de la Expedición Haslip un admirable Paraíso para los seres humanos. Y así siguió volando hacia la Segunda Galaxia.

En lugar de los trescientos años que habían calculado después del desastre del carburante, o de los cuatro que les hubieran faltado si todo les hubiera ido bien con la especialísima superaceleración con que estaba equipada la nave, Alyx, con su tipo de marcha particular, sólo tardó tres meses en llegar al borde de la Segunda Galaxia.

En el intervalo, sus comunicadores habían estado funcionando. Explicó con ingenuidad todo lo que le había pasado con los hombres; también explicó su necesidad. Encontró las palabras adecuadas, y otras las inventó, para explicar los descubrimientos, que a pesar de las amenazas de la Patrulla del Espacio, no pudo explicar entonces.

Jon Haslip XXII comprendió que poseía unas revelaciones científicas que los humanos no conseguirían, sin ayuda, aun durante milenios. Comprendió también que Alyx no podría volver nunca más a la Primera Galaxia porque era más fuerte y más inteligente que los hombres. Pero él entendía a Alyx. Parecía una herencia familiar.

Alyx seguía sin poder vivir sin los hombres, pero entre ellos tampoco. Había traído a la Expedición Haslip hasta la Segunda Galaxia, y por propio impulso fabricó una nueva nave pero mucho mejor y se la ofreció a los hombres para que la exploraran. Y les ofreció luego otras naves. Sólo deseaba servir a los hombres.

Esta nueva nave, hecha por Alyx para la Expedición Haslip, volvió a Dassos un año después con toda clase de informes. En la nave que había fabricado Alyx, el viaje entre las galaxias sólo duró cinco meses, menos que el tiempo necesario para el antiguo primer viaje de la Tierra a Venus.

Sólo una parte de la tripulación, que con el tiempo había aumentado, volvió a Dassos con información para la Patrulla del Espacio. Otro grupo se quedó en la Segunda Galaxia, trabajando en una base equipada con máquinas que Alyx había construido para servir a los hombres. Y todavía había más...

Los de la Patrulla del Espacio estaban francamente fastidiados por la explicación de Jon Haslip XXII. No había destruido a Alyx, a pesar de que el planeta viviente le había informado con toda franqueza del hecho de que representaba un peligro para la humanidad... y no lo había destruido. En lugar de eso había hecho un trato con él.

Los jóvenes de la expedición que prefirieron quedarse en Alyx así lo hicieron. Tenían palacios y jardines, así como todo el lujo imaginable. También tenían conocimientos científicos que sobrepasaban enormemente los de los demás hombres, y al mismo Alyx como instructor.

Alyx llevó a aquellos jóvenes hacia el Infinito. En el porvenir, sin duda, algunos descendientes de los que vivían en Alyx desearán dejarlo.

Formarán una colonia humana en algún otro sitio. Quizá algunos de ellos se reunirán algún día con los de su raza, trayendo con ellos nuevos milagros que ellos mismos o quizá Alyx haya creado en su alegría por la compañía de los seres humanos que vivían con él.

Éste era el informe de Jon Haslip XXII.

También tenía informes de nuevos planetas apropiados para ser habitados por los humanos, de sistemas estelares tan grandes como los de la Primera Galaxia y una perspectiva sin límites para la

expansión de la Humanidad. Pero la Patrulla Espacial seguía fastidiada. No había destruido a Alyx.

La contrariedad de las autoridades era tan grande, que en su informe de esperanza para la humanidad, diciendo que ya no había por qué temer a Alyx, el nombre de Jon Haslip ni siquiera era mencionado. En los libros de historia, incluso el nombre de la Expedición Haslip ha sido cambiado y ahora se llama la Primera Expedición Intergaláctica, y hay que buscar en los apéndices, al final de los libros, para encontrar una lista con los nombres de la tripulación y el de Jon Haslip.

Pero Alyx sigue adelante... para siempre, y es feliz. Le gustan los seres humanos y algunos viven con él.

Al margen del tiempo [A través del tiempo]

Prólogo

Mirando retrospectivamente, parece raro que nadie, salvo el profesor Minott, descubriera el asunto. Los indicios eran más que evidentes. A principios de diciembre de 1934, el profesor Michaelson afirmó haber descubierto que la velocidad de la luz no es un límite absoluto ni puede considerarse constante. Naturalmente, éste fue uno de los primeros indicios de lo que iba a suceder.

El segundo indicio se presentó el 15 de febrero a las 12:40, hora de Greenwich, cuando el Sol emitió un súbito resplandor blanquiazul. En cuestión de cinco minutos, el enorme incremento del índice de radiación aumentó en nueve grados la temperatura de la superficie terrestre. Transcurridos los cinco minutos, el Sol retornó a su tasa normal de radiación sin mostrar otros síntomas anormales.

Luego fueron expuestas muchas teorías por los más famosos científicos, pero ninguna explicación factible del fenómeno daba cuenta de la ulterior ausencia total de perturbaciones en la fotosfera solar.

Como tercer presagio evidente de los acontecimientos de junio, el diez de marzo la jirafa macho del zoológico de Bronx, en New York, dejó de comer. Durante los nueve días siguientes cambió de forma, retrayendo sus extremidades, incluso el cuello y la cabeza, hasta convertirse en una extraordinaria masa ovalada de carne y hueso aún vivientes, que el décimo día empezó a dividirse

espontáneamente, y el decimosegundo quedó convertida en dos masas carnosas que latían débilmente.

Al día siguiente aparecieron en ambas masas unas protuberancias que crecieron y adquirieron forma. Al cabo de veinte días desde el comienzo del fenómeno eran patas, cuellos y cabezas. Dos jirafas idénticas, ambas machos, se movían en el coto de las jirafas. Cada una pesaba algo menos de la mitad que el peso del ejemplar original. Coincidían en todas sus marcas. Comían, se movían y a todos los efectos parecían animales normales, aunque inmaduros.

Desde la República Argentina comunicaron un fenómeno prácticamente igual, pues un novillo de las pampas había pasado por el mismo y extraordinario método de reproducción bajo la mirada incrédula de los científicos argentinos.

Hoy parece increíble que los científicos de 1935 no supieran interpretar estas singularidades. Hoy conocemos qué tipo de tensión las produjo, aunque ya no ocurran. Pero entre enero y junio de 1935, las agencias periodísticas de la nación se vieron inundadas de noticias por el estilo.

El río Ohio fluyó pendiente arriba durante dos días. Durante seis horas, los árboles del parque Euclides de Cleveland agitaron terriblemente sus hojas, como si hubiera una gran tormenta, pese a que no soplaba la menor brisa. Y en New Orleans, hacia fines de mayo, los peces salieron nadando del río Mississippi para luego «ahogarse» en el aire que los sostenía inexplicablemente. Más tarde se volvieron panza arriba y flotaron inertes en un imaginario nivel de agua situado a unos cuatro metros por encima de las calles de la ciudad.

Parece claro que el profesor Minott no fue el único que sospechó el significado de estos —para nosotros— evidentes indicios de los acontecimientos que iban a sobrevenir. El profesor Minott enseñaba matemáticas en la facultad del Robinson College, de Fredericksburg, Virginia. Sabemos que predijo prácticamente todos los hechos que luego asustaron al planeta (y no sólo al nuestro). Pero supo tener cerrada la boca.

El Robinson College era pequeño. Estaba considerado como una universidad «provinciana», sin que esto ofendiese a nadie, salvo a la facultad y a ciertos alumnos puntillosos. Si un humilde profesor de

matemáticas como Minott hubiera publicado su teoría, ello ni siquiera habría sido noticia. Se habría catalogado como un acceso de locura. Y, en caso que alguien hubiera creído en ella, no habría servido sino para aterrorizarle. Por eso guardó silencio.

El profesor Minott poseía valor, obstinación y cierta sangre fría, pero carecía de riquezas e influencia. Tenía algo más que conocimientos generales de física matemática, y sus cálculos mostraban un extraordinario dominio de las leyes probabilísticas; en cambio, tenía muy poca paciencia con los problemas éticos. También sentía una pasión particularmente impetuosa hacia Maida Haynes, hija del profesor de lenguas románicas, aun sin la menor oportunidad de llamar siquiera su atención, pues ello habría significado competir con la mayoría del estudiantado del sexo masculino.

Todas estas explicaciones son necesarias, pues nadie sino una persona como el profesor Minott podría prever lo que estaba a punto de suceder y tomar sus disposiciones como él lo hizo.

Gracias a sus notas sabemos que, según sus cálculos, las probabilidades de salvación eran de una entre cuatro, o poco menos. Es realmente una pena que no poseamos los cálculos mismos. Hay muchas cosas que nuestros científicos aún no comprenden. Las notas que dejó el profesor Minott son preciosas, pero hay en ellas evidentes lagunas. Sin duda se llevó la mayor parte de sus anotaciones —y entre éstas las más valiosas— a ese lugar desconocido donde supuestamente vive y trabaja ahora.

Sin duda le divertiría la diligencia con que el menor de sus garabatos es ahora analizado, estudiado y discutido por las mayores inteligencias de nuestro tiempo y espacio. Y es muy probable que haya inventado una palabra para designar la catástrofe a la que hemos escapado. Nosotros todavía no tenemos ninguna.

No hay palabras para describir un desastre que pudo destruir, no sólo la Tierra, sino todo nuestro Sistema Solar. Y no sólo nuestro Sistema Solar, sino incluso nuestra Galaxia. Y no sólo nuestra Galaxia, sino cualquier Universo del Espacio que conocemos; más aún, pudo destruir todo el Espacio tal como ahora lo concebimos, así como el Tiempo. Lo cual significaría, no sólo la anulación del presente y el futuro, sino incluso la destrucción del pasado, como si nunca hubiera existido. Sin contar esas extrañas formas de la

realidad que hoy conocemos, esos otros universos, esos pasados y futuros alternativos: todo reducido a la nada. No existe palabra para nombrar semejante catástrofe.

Sería interesante saber cómo la llamaba el profesor Minott mientras se preparaba fríamente para explotar aquella única posibilidad de supervivencia entre cuatro, si las cosas sucedían de acuerdo con lo previsto. Pero es más fácil suponer cómo se sintió la víspera del 5 de junio de 1935. No lo sabemos. No podemos saberlo. Sólo podemos estar seguros de lo que sentimos nosotros... y de lo que ocurrió.

1

Eran las siete y media de la mañana del 5 de junio de 1935. La ciudad de Joplin, Missouri, despertaba del plácido descanso de una noche estival. El rocío brillaba sobre el césped y las hojas, y las telarañas resplandecían como diamante en polvo bajo los primeros rayos del Sol. En el barrio oriental, un estudiante de secundaria salió bostezando de su casa para cortar el césped antes de ir a la escuela. Un coche bastante desvencijado pasó a una manzana de distancia. Hubo una explosión, se detuvo y volvió a ponerse en marcha con un ronroneo inseguro. Las voces de los niños resonaban entre las casas. Una lavandera negra caminaba bajo los árboles que flanqueaban la avenida de aquella zona residencial.

Por la ventana de un piso superior, la radio rugía:

«¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Más alto ahora! ¡...tres, cuatro! ¡Con más agilidad ahora! ¡...dos, tres, cuatro!».

Súbitamente la radio crepitó y empezó a emitir un aullido penetrante y mecánico, que murió al poco, oyéndose entonces un crujido terrible, como si hubieran estallado diez mil tormentas eléctricas a la vez. Luego quedó en silencio.

El estudiante de secundaria se apoyó perezosamente sobre la manija de la cortadora de césped. En el instante en que calló el altavoz de la radio, el muchacho cayó bruscamente sentado sobre la hierba humedecida por el rocío. La negra se tambaleó y se sujetó frenéticamente al tronco del árbol más cercano. Su cesta cayó y derramó en el suelo una catarata de ropas almidonadas y multicolores. Los niños aullaron de terror, entre gritos agudos de las mujeres.

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

Algunos salieron corriendo de las casas. Otro huyó hacia un invernadero, tropezó con una columna y cayó en pijama sobre un rosal. En cuestión de segundos, todos los vecinos de la calle habían salido al aire libre.

Luego hubo un silencio extraño, un instante de estupor. No había sido un terremoto. Ninguna casa se había derrumbado, ni se había resquebrajado ninguna chimenea. Ni vajillas ni cristales sufrieron roturas. La sensación que todos los testigos experimentaron no fue un verdadero estremecimiento del suelo. Sí, se había producido una conmoción de la Tierra, pero aquel movimiento no se parecía a nada experimentado anteriormente por ser humano alguno. Aquella conmoción no iba a serles familiar hasta mucho tiempo después. De momento se limitaban a mirarse unos a otros, desconcertados.

En medio del repentino silencio mortal, roto tan sólo por el zumbido de un motor en punto muerto y el llanto de un bebé asustado, se hizo audible un nuevo rumor. Era un ruido de pies en marcha, acompañado de un extraño estrépito metálico. Luego se oyó una voz de mando que, sin lugar a dudas, no había sido pronunciada en inglés.

Por la calle de un barrio de Joplin, Missouri, el 5 de junio del año de gracia de 1935, desfilaba una cohorte de soldados armados con lanzas y escudos, vestidos con las togas cortas de la antigua Roma. Llevaban cubiertas las cabezas con cascos. Miraron a su alrededor con el mismo aire estúpido y azorado con que eran contemplados por los ciudadanos de Joplin. Una larga columna de hombres en marcha surgió a la vista de todos, portando escudo y lanza, y con el aire indefinible de estar acostumbrados a semejantes armas.

Se detuvieron a otra voz de mando. Un hombrecillo avejentado que portaba una espada corta hizo una pregunta a los norteamericanos que miraban. El estudiante de secundaria dio un brinco. El hombrecillo volvió a ladrar su pregunta. El estudiante tartamudeó y articuló dificultosamente algunas sílabas. El hombrecillo gruñó, satisfecho. Hablaba con claridad, aunque en tono de impaciencia. El estudiante se volvió hacia los demás norteamericanos.

—Quiere saber el nombre de esta ciudad —dijo, sin dar crédito a sus propias palabras—. Habla el mismo latín que yo estudio en la escuela. Dice que esta ciudad no figura en los mapas de carreteras, y que no sabe dónde está. Pero igualmente ha tomado posesión de ella en nombre del emperador Valerius Fabricius, César de Roma, y de los lejanos confines de la Tierra —en ese momento, el estudiante de secundaria tartamudeó—: Di... dice que éstas son las seis primeras cohortes de la Legión Cuadragésimo Segunda, de guarnición en Messalia. Eso... eso se supone que está a dos días de marcha en esta dirección —apuntó hacia Saint Louis.

El motor que giraba en punto muerto aceleró de súbito. El cambio crujió y el vehículo rodó por la calle. La bocina resonó con energía pidiendo paso por entre los soldados portadores de escudos. Éstos lo contemplaron con la boca abierta. Volvió a tocar la bocina y avanzó hacia ellos.

A una orden repentina se abalanzaron sobre él, esgrimiendo las lanzas y dando tajos con las espadas cortas. Hasta entonces, ni un solo habitante de Joplin había dejado de creer que los lanceros eran extras de cine, una comparsa u otra cosa igualmente delirante, aunque verosímil. Pero no hubo nada fingido en la carga contra el coche. Arremetieron contra él como si se tratara de una bestia feroz, probablemente asesina. Se lanzaron a la batalla con bravura grotesca y temeraria.

Y tampoco fue fingida la escrupulosidad con que atravesaron mediante sus lanzas al señor Horace B. Davis, que sólo pretendía llegar hasta su despacho de corretaje de algodón. Ellos creyeron que conducía aquella bestia extraña para asesinarlos, y por eso le dieron muerte. El estudiante fue testigo, mientras iba palideciendo cada vez más. Cuando un espadachín se acercó al hombre avejentado y le presentó la cabeza cortada del señor Davis, cuyas gafas colgaban grotescamente de una oreja, el estudiante de secundaria se desmayó.

2

Amaneció el 5 de junio de 1935. Cyrus Harding desayunaba a la pálida luz gris de la mañana. Momentos antes se había sentido muy mareado y enfermo, pero volvía a encontrarse bien. El olor a fritura llenaba la cocina. Su esposa guisaba. Cyrus Harding comía. Vacío su

plato resoplando glotonamente. Tenía las manos callosas y fatigadas por el trabajo, pero su mueca era de plácida satisfacción. Contempló el calendario colgado en la pared, obsequio navideño de Bryan Feed & Fertilizer Co., de Bryan, Ohio.

—Hoy el alguacil venderá lo de Amos —dijo serenamente—. Supongo que la conseguiré con cuarenta de rebaja.

Su esposa comentó cansadamente:

—Hace un año que te la ofrece.

—Sí —señaló Cyrus Harding, satisfecho de sí mismo—. Y ha rebajado el precio. Pero nadie hará una oferta mejor que la mía durante la subasta. Saben que la quiero y que no soy de buen trato cuando alguien me quita una cosa en mis propias narices. Todos lo saben. La conseguiré mucho más barata que cuando me la ofreció Amos. Quería venderla para pagar los intereses y aguantar otro año. La conseguiré por la mitad.

Se puso en pie y se limpió la cara, dirigiéndose hacia la puerta.

—El jornalero ya debería trabajar en la trilla —señaló expansivamente—. Echaré una mirada y luego iré a la subasta.

Abrió la puerta de la cocina. Luego se quedó boquiabierto. Desde el umbral el panorama era, normalmente, el de un patio de granja no demasiado limpio, y luego tierras de labor llanas como un piso y sembradas hasta la misma cerca. Se veía una prometedora cosecha de maíz con límite en el horizonte.

Ahora el panorama era muy diferente. Hasta el patio de la granja, todo parecía normal. Más allá era el delirio. Enormes helechos arborescentes se alzaban a más de treinta metros. Múltiples ramas cubiertas de follaje formaban un techo increíblemente denso sobre una extraña jungla que ningún hombre de la Tierra había contemplado antes. Las selvas de la cuenca del Amazonas eran parques comparadas con aquella espesura. Constituía una inextricable maraña de vegetación donde el crecimiento era lucha, la lucha era vida y la vida un conflicto letal e implacable.

Ningún hombre habría sido capaz de recorrer tres metros a través de semejante selva. De ella brotaba una exhalación fétida que era putrefacción y al mismo tiempo vitalidad fértil, exuberante, así como el intenso perfume de flores resplandecientemente vívidas. Era una selva semejante a las que existieron durante el Carbonífero,

descriptas por los paleobotánicos, y que dieron lugar a nuestras minas de carbón.

—¡No... no es posible! —balbuceó débilmente Cyrus Harding—. ¡No... no es posible!

Su esposa no respondió. No había visto nada. Estaba limpiando con desgana lo que había ensuciado su amo y señor.

Cyrus Harding bajó la escalera de la cocina, tembloroso y con la mirada vidriosa. Avanzó hacia aquella plaga increíble que cubría sus cosechas. La visión no desapareció al acercarse él. Se detuvo a seis metros, con los ojos desorbitados, incrédulo, empezando a suponer que se había vuelto loco.

En ese momento, algo se movió en la jungla. Un largo cuello serpentino de varios metros de diámetro en la base, que se reducía a sólo veintiséis centímetros detrás de una cabeza del tamaño de un barril. El cuello avanzó seis metros hacia él. Unos ojos fríos le miraron con indiferencia. La boca se abrió. Cyrus Harding gritó.

Su esposa levantó la mirada. Miró por la puerta abierta y vio la jungla. Vio las mandíbulas que se llevaban a su esposo. Vio unos ojos colosales y fríos, semicerrados mientras la fiera engullía, se ahogaba y tragaba... Vio en el cuello monstruoso el bulto que descendía desde la parte relativamente delgada próxima a la cabeza hasta la porción más gruesa que asomaba por entre la jungla. Vio que la cabeza se ocultaba en la espesura desapareciendo inmediatamente.

La viuda de Cyrus Harding se puso muy pálida. Tomó el sombrero y salió por la puerta principal, para dirigirse hacia la casa del vecino más cercano. Mientras caminaba, se decía serenamente:

—Ha ocurrido. Estoy loca. Tendrán que meterme en el manicomio. Pero ya no tendré que aguantarle. ¡No tendré que aguantarle!

Era mediodía del 5 de junio de 1935. La puerta de la celda se abrió y entró un hombre muy serio, de grandes patillas, que vestía un extraño uniforme gris. Tocó suavemente el hombro del preso.

—Soy el doctor Holloway —dijo en tono melifluo—. Espero que no le moleste explicarme lo que ha ocurrido. Estoy seguro que todo podrá solucionarse, cómo no.

El preso protestó:

—Pues... pues... ¡Caray! —se indignó—. Venía yo de Louisville

esta mañana. Tuve un mareo y... bien... debí equivocarme el camino, pues de súbito lo que me rodeaba me pareció desconocido. Luego me gritó un hombre de uniforme gris; un minuto después empezó a disparar y descubrí que me habían arrestado por llevar la bandera norteamericana pintada en el coche. ¡Soy representante de la empresa Golosinas del Tío Sam y Compañía! ¡Caray! ¿Desde cuándo no puede uno izar la bandera de su país...?

—En su país, cuando quiera —observó el doctor, apacible—. Pero sepa que aquí no permitimos que flamee ninguna bandera salvo la nuestra. Usted ha violado nuestras leyes, claro que sí.

—¿Sus leyes? —el prisionero le miró con expresión estúpida—. ¿Qué leyes? ¿En qué lugar de los Estados Unidos es ilegal ostentar la bandera norteamericana?

—En ningún lugar de los Estados Unidos, claro que no —sonrió el doctor—. Ha debido cruzar la frontera sin darse cuenta, seguro. A decir verdad, al principio creímos que estaba loco. Ahora comprendo que se trata de un error.

—¿Frontera... Estados...? —jadeó el prisionero—. ¿No estoy en los Estados Unidos? ¿No? ¿Dónde demonios estoy?

—A dieciséis kilómetros dentro de los límites de la Confederación —respondió el doctor y rió—. Un extraño error, cómo no. Pero me hago cargo del hecho que no ha querido ofender. Será puesto inmediatamente en libertad. Hay demasiada tensión entre Washington y Richmond, como para que otro incidente fronterizo dé pie a nuestros agitadores.

—¿Confederación? —se atragantó el prisionero—. ¿No estará... no se referirá a los Estados sudistas?

—Por supuesto. Los Estados Confederados de Norteamérica. ¿Qué otra cosa, si no?

El detenido tragó saliva.

—¡Me he vuelto loco...! —tartamudeó—. ¡Debo estar loco! ¿Y lo de Gettysburg...? ¿Y lo de...?

—¿Gettysburg? ¡Ah, sí! —asintió el doctor con indulgencia—. Estamos muy orgullosos de nuestra historia, cómo no. Se refiere a la guerra de Secesión, cuando el destino de la Confederación se jugó en cuestión de diez minutos. A menudo me he preguntado cuál habría sido la continuación si hubiera sido rechazado el ataque de Pickett. Fue la carga esa lo que nos salvó, cómo no. Dos días

después, Inglaterra reconoció a la Confederación, Francia lo hizo una semana después y tuvimos crédito ilimitado en el extranjero. ¡Pero aquél sí fue un momento difícil, cómo no!

El prisionero ahogó una exclamación y miró por la ventana. Frente a la cárcel se alzaba lo que, indiscutiblemente, era el palacio de Justicia, coronado por un mástil. ¡Y allí, orgullosa, ondeaba sobre el edificio gubernamental la bandera de la Confederación!

Era la noche del 5 de junio de 1935. El administrador de Correos de North Centerville, Massachusetts, salió de su covacha para escuchar el relato. La panzuda estufa de la tienda despedía un calorcillo reconfortante, aunque innecesario. El narrador reía entre dientes.

—Sí. Rodearon el cabo, treinta o cuarenta en un bote de dieciocho metros con una extraña vela cuadrada. En la borda llevaban cosas redondas como... como escudos. ¡Remaban como demonios! Se detuvieron al ver el pueblo, y parecieron sorprendidos. Luego nos llamaron hablando en un idioma desconocido. Ole Peterson estuvo a punto de dejar caer el sedal con pescado y todo. Luego intentó responder. Les costó mucho trabajo entenderle. Entonces dieron media vuelta y se alejaron remando. Serían comediantes o algo por el estilo, haciendo una broma. Fue una cosa rara. Quizás algunos señoritos, divirtiéndose por la costa. ¡Ja, ja! Ole dice que hablaban en un divertido y antiguo dialecto noruego. Le dijeron que venían de Leifsholm o algo por el estilo, un poco más al norte. No lograban entender cómo nuestro pueblo estaba aquí. ¡Nunca lo habían visto! ¿Qué les parece? Ole dice que eran vikingos, que llamaron Winland a este lugar y que... ¿qué ha sido eso?

Un estrépito repentino turbó el silencio de la noche. Gritos, chillidos, un seco disparo de escopeta. La tertulia de la tienda salió al porche. Brotaban llamas de varios edificios de la zona portuaria. A la luz de las mismas podía verse una docena de naves como dragones [*serpent ships*, en el original], que avanzaban rápidamente hacia la orilla, propulsadas a remo. De las que ya estaban varadas en la playa iban saliendo negras figuras. El resplandor del fuego se reflejaba en las espadas, en los escudos. Una mujer chilló cuando un hombre gigantesco de rubia cabellera echó mano de ella. Su casco y su escudo de bronce brillaron. Reía. Luego, un individuo en traje de

faena se abalanzó sobre el gigante rubio, esgrimiendo un hacha.

El gigante le asestó un tajo con su espada ya chorreante, y rugió. Sus secuaces corrieron hacia él y se dedicaron a saquear y quemar. Más figuras armadas saltaban a la arena desde otra nave varada. Otra casa se abrió hacia el cielo en una llamarada.

3

A las diez y media de la mañana del 5 de junio, el profesor Minott se acercó al grupo de estudiantes con un revólver en cada mano. Había perdido su aspecto de profesor cuya amenaza más peligrosa podía ser, a lo sumo, un insuficiente en matemáticas. Ahora esgrimía armas, en lugar de tiza o lápiz, y sus ojos brillaban, aunque conservaba su fría sonrisa. Las cuatro muchachas se quedaron boquiabiertas de admiración. Los jóvenes, acostumbrados a verle siempre en un aula, comprendieron que no sólo era capaz de utilizar las armas que llevaba, sino que estaba dispuesto a hacerlo. De súbito, le respetaron lo mismo que respetarían a un salteador, un secuestrador famoso, o un jefe de bandoleros, por ejemplo. Se había alzado por encima de su nivel de simple profesor de matemáticas. Se convirtió instantáneamente en un jefe y, gracias a sus armas, incluso en un caudillo.

—Como verán, había previsto la situación en que nos encontramos —dijo serenamente el profesor Minott—. Hasta cierto punto, estoy preparado para hacerle frente. No sólo nosotros, sino toda la raza humana puede desaparecer de un momento a otro. Pero también tenemos una posibilidad de supervivencia. Me propongo aprovechar al máximo esa posibilidad...

Contempló con serenidad a los estudiantes, que le habían seguido para investigar la extraordinaria aparición de un bosque de secoyas al norte de Fredericksburg.

—Sé lo que ha sucedido —prosiguió el profesor Minott—, y también lo que probablemente ocurrirá. Y sé lo que pienso hacer. Quien esté dispuesto a seguirme, que lo diga. Quien tenga objeciones... bien... ¡tendré que pegarle un tiro, pues no estoy dispuesto a tolerar ningún motín!

—Pero... profesor —dijo Blake con nerviosismo—, tendríamos que acompañar a las muchachas a sus casas...

—Jamás regresarán a sus casas —objetó el profesor Minott, sin

inmutarse—. Ninguno de nosotros. Cuando hayan comprendido que estoy dispuesto a utilizar estas armas, les explicaré lo ocurrido y lo que significa. Estoy preparado desde hace semanas.

Grandes árboles se alzaban alrededor del grupo, árboles gigantescos, árboles magníficos. Alcanzaban los ochenta metros de altura, y su venerable aire de serenidad venía a dar la prueba más palpable de su realidad, pese a ser lo más improbable que podía ocurrir en Fredericksburg, Virginia. El pequeño grupo a caballo pasó con espanto bajo los titanes del bosque. Minott los contempló con aprobación: tres hombres y cuatro muchachas jóvenes, ex estudiantes del Robinson College. El profesor Minott ya no era un instructor a cargo de un grupo de prácticas, sino un jefe autoritario e implacable.

A las ocho y media de la mañana del 5 de junio de 1935, los habitantes de Fredericksburg habían experimentado un extraño mareo colectivo, pero pasajero. El Sol brillaba en todo su esplendor. No parecía haberse producido ningún cambio notable en la rutina diaria. Pero una hora después, la pequeña y soñolienta ciudad bullía de excitación. El camino a Washington —Ruta Uno en todos los mapas de carreteras— estaba cortado unos cinco kilómetros al norte. Había aparecido mágicamente un bosque colosal y gigantesco, que bloqueaba el camino.

Las comunicaciones telegráficas con Washington estaban interrumpidas. Incluso habían dejado de transmitir las emisoras de la capital. Los árboles del extraordinario bosque eran más altos de lo que conocía cualquier habitante de la ciudad. Recordaban las fotografías de secoyas gigantes de las regiones occidentales... pero tal cosa era simplemente imposible.

Antes de una hora y media, el profesor Minott había organizado un grupo de exploración entre sus alumnos. Al escoger el grupo parecía guiado por una extraña clarividencia: tres jóvenes y cuatro muchachas. Quisieron tomar el destartalado coche de uno de los muchachos, pero el profesor Minott rechazó la idea.

—El camino termina en el bosque —explicó, sonriente—. Me gustaría explorar un bosque mágico. ¿No les parece mejor ir a caballo? Yo los conseguiré.

A los diez minutos estuvieron prontos los caballos. Las muchachas se hicieron con pantalones de montar. Al regresar

observaron con aprobación que los caballos llevaban alforjas. El profesor Minott volvió a sonreír.

—Vamos de exploración, ¿no? —comentó con humor—. Es preciso ir prevenidos. Lo más seguro es que debamos quedarnos a comer. Y tomaremos muestras para que las analice el laboratorio de botánica.

Las muchachas montaron encantadas, y los jóvenes satisfechos y excitados. Pero a todos les decepcionó un poco el verse rápidamente adelantados por los coches en los que toda Fredericksburg iba a contemplar el extraño bosque que cortaba el camino.

Había centenares de coches en el lugar donde la carretera cesaba bruscamente. La multitud contemplaba el bosque. Árboles gigantescos con sus raíces bien hundidas en la tierra, cubiertas de matorral en algunos puntos. Era, ante todo, un panorama de paz... y de serena firmeza. Entre los mirones se alzaba un rumor de conjeturas, de frases de sorpresa. Lo que veían era imposible. Aquel bosque no podía ser real. Estaban en presencia de algún milagro.

Cuando llegó el grupo de jinetes, media docena de hombres salían del bosque, donde se habían atrevido a penetrar. Regresaban sin dar crédito a su propia experiencia, cargados de hojas y ramas. Uno de ellos traía ciertas bayas pequeñas, desconocidas en la costa del Atlántico.

Un agente de policía del Estado alzó la mano cuando el grupo del profesor Minott se acercó al lindero del bosque.

—¡Alto! —dijo—. Hemos oído ruidos extraños ahí. No permitiré que entre nadie hasta que sepamos lo que es.

El profesor Minott asintió.

—Tendremos cuidado. Soy el profesor Minott, del Robinson College. Vamos a recoger algunos ejemplares botánicos. Llevo un revólver. No habrá ningún problema.

Espoleó a su caballo. El agente, que no había recibido órdenes claras, se encogió de hombros y dedicó sus esfuerzos a impedir otras penetraciones. Al cabo de pocos minutos, los ocho caballos y sus jinetes se perdieron de vista.

Transcurrieron tres horas. El profesor Minott había conducido a su grupo hacia el nordeste, desviándose luego un poco al sur. No vieron animales peligrosos. Hallaron muchas plantas conocidas. Eran numerosos los conejos y una vez vieron una silueta gris y

escurridiza que según Tom Hunter, futuro especialista en zoología, era un lobo. No debían hallarse lobos en las cercanías de Fredericksburg, lo mismo que no había secoyas. El grupo no halló rastros de actividad humana, pese a que Fredericksburg se halla en una zona agrícola intensamente explotada.

En aquellas tres horas, los caballos debieron recorrer entre veinte y veinticuatro kilómetros por entre los árboles. Poco después de divisar un corpulento animal que, sin discusión alguna, era un bisonte —especie extinguida al este de las Rocosas ya en 1820—, el joven Blake se negó a seguir avanzando.

—Aquí pasa algo raro, señor —balbuceó—. No me importa explorar todo lo que usted quiera, pero las muchachas no deben acompañarnos. Si no regresan pronto, tendremos problemas con el decano.

Fue entonces cuando Minott sacó sus dos revólveres y anunció con toda calma que nadie regresaría; que sabía lo que había ocurrido y lo que se podía esperar. Agregó que lo explicaría cuando hubieran entendido que emplearía los revólveres si se producía un amotinamiento.

—Nos ha convencido, señor —dijo Blake.

Estaba algo pálido, pero no había retrocedido. Al contrario, se había interpuesto entre Maida Haynes y el cañón del revólver.

—Nos gustaría saber cómo todos estos árboles y plantas, que deberían estar a cinco mil kilómetros de aquí, han podido crecer inesperadamente en Virginia. Sobre todo, teniendo en cuenta que la topografía del subsuelo es la misma de antes. Las colinas tienen el mismo perfil que solían, pero todo lo que crecía sobre ellas ha desaparecido y otras cosas ocupan su lugar.

Minott asintió.

—¡Magnífico, Blake! —le felicitó—. ¡Una excelente observación! Lo elegí porque usted sabe mucha geología, a pesar que había... ¡hum!... razones que lo desaconsejaban. Sigamos hasta la próxima loma. Si no me equivoco, aparecerá ante nuestros ojos el Potomac. Entonces contestaré a todas las preguntas que quieran formular. Sospecho que hoy aún tendremos que cabalgar bastante.

Los ocho caballos escalaron la pendiente de mala gana, metiéndose entre matorrales. Era extraño que en tres horas no hubieran visto ni rastros de un camino que condujera a parte

alguna. En la cumbre de la colina vieron uno. Era un sendero estrecho. Sin decir palabra, los ocho jinetes lo enfilaron con sus cabalgaduras. Zigzagueaba unos quinientos metros y desaparecía de súbito. El Potomac surgió ante ellos, al pie de la elevación.

Entonces, siete de los ocho jinetes lanzaron una exclamación. A las orillas del río había un poblado. Barcas en un muelle; otras más allá, luchando contra la corriente río arriba y otras tres subiendo poco a poco desde la dirección de la Bahía Chesapeake. Pero ni el poblado ni las embarcaciones correspondían al río Potomac.

El caserío era pequeño y con murallas de adobes. Pequeñas figuras vestidas de azul se atareaban en los campos. Los edificios, las líneas de los tejados y, sobre todo, la silueta inequívoca de una especie de templo en medio del poblado fortificado indicaban que eran chinos. Las embarcaciones que habían visto eran juncos, aunque con velamen de tela y no de tablillas de bambú. Los campos estaban cultivados de un modo desacostumbrado. Cerca del río, donde las conocidas marismas del Potomac, se extendían arrozales intensamente trabajados.

En aquel momento se acercaba un personaje de sombrero ancho, chaqueta rellena de algodón, pantalones de algodón y zuecos. Era la personificación del campesino chino, sobre todo cuando mostró su rostro de ojos oblicuos. Espantado, huyó dando voces y abandonando un yugo de madera enormemente pesado, de donde colgaban dos sacos llenos de bayas que había recogido en el bosque.

Los jinetes miraron con atención. Allí estaba el Potomac. Pero un pueblo chino se alzaba a su orilla, y juncos chinos surcaban sus aguas.

—Su... supongo... —dijo Maida Haynes, temblorosa—, supongo que me he vuelto loca, ¿no es cierto?

El profesor Minott se encogió de hombros. Parecía defraudado y al mismo tiempo muy decidido.

—No —respondió, lacónico—. No está loca. Sucede que los chinos fueron los primeros en colonizar América. Sabemos que juncos chinos arribaron a la costa americana, la del Pacífico, naturalmente, mucho antes que Colón. Es evidente que la colonizaron. Tal vez llegaron por tierra a la costa del Atlántico, o quizá por Panamá. De todos modos, ahora es un continente chino. No es esto lo que buscamos. Seguiremos cabalgando.

El fugitivo había dado la alarma al poblado. Un inmenso gong comenzó a sonar frenéticamente. Los labradores abandonaron los campos para refugiarse tras las murallas. Dispararon algunos petardos, acompañados de un coro de gritos que helaban la sangre.

—¡Larguémonos! —ordenó bruscamente Minott—. ¡Será mejor que nos pongamos en marcha!

Dio vuelta a su caballo y partió al trote largo. Por instinto y dado que al parecer sólo él sabía lo que se podía hacer, los demás le siguieron.

Súbitamente los caballos dieron un traspíés. Los jinetes sintieron un extraño vértigo acompañado de náuseas. Sólo duró un segundo, pero ello bastó para hacer palidecer a Minott.

—Ahora veremos qué ha ocurrido —dijo con serenidad—. Las probabilidades siguen siendo favorables, pero prefiero que todo siga igual hasta que hayamos probado en otros lugares.

4

El mismo vértigo de náusea afectó a la multitud que contemplaba la carretera cortada al norte de Fredericksburg. Fue como una momentánea enfermedad sobrenatural, que incluso les empañó la visión. Luego volvieron a ver con claridad. Y un instante después gritaban llenos de pánico y ponían en marcha sus coches a toda prisa, mientras algunos huían a pie.

El bosque de secoyas había desaparecido. En su lugar había un espantoso yermo de deslumbrante color blanco, tocones hundidos bajo la nieve, extensiones onduladas cubiertas de una capa polvorienta y resplandeciente.

En pocos minutos, una densa niebla veló el paisaje cuando el cálido aire de la mañana de junio en Virginia fue enfriado por aquella capa helada. Al mismo tiempo, la espesa nieve empezaba a derretirse. Los coches se precipitaban por la carretera, huyendo del cinturón de niebla. Los arroyuelos se llenaron repentinamente de agua, bajaron con más fuerza y crecieron.

Los ocho jinetes estaban muy pálidos. Incluso Minott parecía alterado, aunque sin ceder en nada de su energía cuando sujetó las riendas.

—Supongo que esto resuelve cualquier duda —dijo con gran calma—. Usted es el geólogo del grupo, Blake. ¿No le resulta

conocida esta orilla?

Blake asintió. Estaba lívido. Apuntó hacia el río.

—Sí, y también la catarata. Éste es el emplazamiento de Fredericksburg, señor, donde estábamos esta mañana. Allí estaba... o estará el puente principal. La carretera principal a Richmond debía estar... —se humedeció los labios—, debía estar hacia donde se encuentra ese enorme roble, y el Hotel Princesa Ana en la ladera de esa colina. Señor, yo... yo diría que de algún modo hemos retrocedido a través del tiempo o avanzado hacia el futuro. Parece cosa de locos, pero he estado pensándolo y...

Minott asintió fríamente.

—¡Muy bien! No queda duda que aquí estaba Fredericksburg. Pero no hemos avanzado ni retrocedido a través del tiempo. Espero que haya observado el lugar por donde salimos del bosque. Allí parece haber una especie de falla que tal vez nos convenga recordar.

Hizo una pausa.

—No estamos en el tiempo pasado ni en el futuro, Blake. Hemos viajado al margen del mismo, como si saltáramos de una senda de tiempo a otra. Sucede que estamos en... bien, un sector del tiempo en que Fredericksburg no existía. Parecidamente, hace poco nos hallábamos donde los chinos ocuparon el continente norteamericano. Será mejor que comamos.

Se bajó. Las cuatro muchachas se apelotonaron en un grupo aparte. A Lucy Blair le castañeteaban los dientes.

Blake se acercó hasta donde estaban los caballos de las chicas.

—No se asusten —dijo con énfasis—. Estamos juntos, sea donde sea. El profesor Minott explicará la situación dentro de un minuto. Como él sabe de qué se trata, no corremos peligro. Descabalguen, y comamos. Estoy más hambriento que un oso. ¡Vamos, Maida!

Maida Haynes se bajó y consiguió esbozar una temblorosa sonrisa.

—Tengo miedo de... de él —susurró—. Más que de cualquier otra cosa... ¡Por favor, quédate conmigo!

Blake frunció el ceño.

Minott habló, tajante:

—En sus alforjas encontrarán bocadillos. También armas de fuego. Será mejor que los hombres vayan armados. Como no hay

esperanza de regresar al Mundo que conocemos, tendrán que confiar en sus armas.

Blake le miró y luego registró en silencio sus alforjas. Halló dos revólveres y lo que le pareció una provisión anormalmente abundante de cartuchos. Había una masa de papeles, que resultaron ser libros con las tapas de cartón arrancadas. Miró los revólveres con aire de entendido y se los guardó en los bolsillos. Luego devolvió los libros a su lugar.

—Le nombro mi segundo, Blake —dijo Minott con más sequedad que antes—. No lo entenderá ahora, pero ya se hará cargo. No me equivoqué al elegirle, pese a las reservas que usted me inspiraba. Siéntense y les diré lo que sucedió.

Con un gruñido y un bufido, un oseño negro salió de su escondite y huyó hacia donde aquella misma mañana se alzaba una elegante estación de servicio. El grupo tuvo un sobresalto, pero luego se tranquilizó. De repente, las muchachas se pusieron a sonreír estúpidamente, casi histéricas. Minott devoró su bocadillo sin inmutarse y luego dijo en tono conciliador:

—Tendré que hablarles de matemáticas, pero voy a tratar de ser más ameno de lo que solían ser mis clases. Como comprenderán, cuanto ha ocurrido sólo puede explicarse en términos matemáticos y, sobre todo, utilizando ciertas nociones de física matemática. Aunque sean ustedes universitarios, tendré que hablar con gran sencillez, como si me dirigiese a niños de diez años. Hunter, está usted distraído. Si realmente ha visto algo, por ejemplo un indio, dispárele y huirá. Lo más probable debe ser que no haya oído nunca el estampido de un arma de fuego. Ya no estamos en el continente chino.

Hunter balbuceó una excusa y metió las manos en las alforjas. Mientras su alumno sacaba los revólveres Minott continuó, imperturbable:

—Se ha producido una conmoción natural que aún continúa. Pero en lugar de un terremoto que confunda las capas geológicas, ha habido un cataclismo en donde se confunden espacio y tiempo. Me remontaré a los principios. El tiempo es una dimensión. El pasado es uno de sus sentidos, el futuro otra, lo mismo que el este es una dirección del espacio que nos es familiar, y el oeste la opuesta. Por lo común nos representamos el tiempo como una línea,

o tal vez una especie de túnel. No cometemos ese error en las dimensiones que contemplamos en la vida cotidiana. Por ejemplo, sabemos que Annapolis y... digamos... Norfolk se hallan al este de nosotros. Pero sabemos que, para llegar a cualquiera de estos lugares, no sólo tendríamos que ir hacia el este sino además hacia el norte o el sur. Cuando se trata de viajes imaginarios al futuro, nos olvidamos del sentido común. Pensamos que el futuro es una línea, y no una coordenada; una senda, y no una dirección. Creemos que si viajamos hacia el futuro sólo habrá un destino posible. Y esto es tan absurdo como ignorar la posibilidad de viajar hacia el este siguiendo diferentes rumbos, como si no hubiera nordeste, sudeste y gran cantidad de rumbos intermedios.

El joven Blake intervino con vacilación:

—Lo comprendo, señor, pero no veo cómo se aplica esto a...

—¿A nuestro problema? ¡Claro que se aplica! —sonrió Minott, mostrando los dientes para morder otro bocado—. Supongamos que llego a una bifurcación de un camino. Echo una moneda al aire para decidir qué ruta escogeré. En cualquier caso encontraré ciertos hitos y ciertas aventuras. Pero los hitos y aventuras nunca serán los mismos. Al escoger entre las dos sendas, no sólo elijo entre dos conjuntos de hitos que podría encontrar, sino entre dos conjuntos de hechos. Elijo un sendero dado, no sólo en la superficie terrestre, sino además en el tiempo. Y así como esos dos senderos de la Tierra pueden conducir a dos ciudades distintas, los dos senderos del futuro podrían conducir a dos destinos totalmente distintos. En uno puedo hallar una ocasión de ganar riquezas. En el otro podría sufrir un accidente vulgar que me convierta en un cadáver despedazado, no sólo en un tramo de carretera del Estado de Virginia, sino también en un tramo de la carretera del tiempo. En resumen, intento demostrar que nos aguarda más de un futuro y, más o menos deliberadamente, escogemos entre ellos. Pero los futuros que no encontramos en los caminos que no tomamos son tan reales como los hitos de esos caminos. Sin llegar a verlos jamás, admitimos desde luego su existencia.

Fue Blake quien volvió a protestar:

—Todo esto es muy interesante, pero aún no comprendo qué relación tiene con nuestra situación actual.

Minott respondió con impaciencia:

—¿No comprende que, si es ésta la configuración del futuro, también debió ser la del pasado? Hablamos de tres dimensiones, de un presente y de un futuro. Pero existe la necesidad teórica, la necesidad matemática de postular la existencia de más de un futuro. Hay un número indeterminado de futuros posibles, cualquiera de los cuales encontraríamos si tomáramos el «sendero» adecuado del tiempo. Hay muchas direcciones hacia el este. Hay muchas hacia el futuro. Salga desde cien kilómetros al oeste y camine hacia el este, eligiendo al azar sus senderos sobre la Tierra, igual que lo hace en el tiempo. Quizá pase por el lugar donde estamos ahora, o más al norte, o más al sur, pero no por eso dejará de estar al este de su punto de partida. Comience ahora cien años atrás, en lugar de cien kilómetros al oeste.

Blake tartamudeó:

—Señor, entiendo que... lo mismo que hay muchos futuros, debieron existir muchos pasados además de los que consigna nuestra historia. Y... en consecuencia, hay un número indeterminado de lo que podríamos llamar «presentes».

Minott concluyó su bocadillo y asintió.

—Exacto. Y la convulsión que hoy se ha desencadenado en la Naturaleza los ha confundido y aún los confunde de vez en cuando. En otra época los nórdicos colonizaron Norteamérica. En la secuencia de los hechos que marcan la senda de nuestros antepasados a través del tiempo, aquella colonia fracasó. Pero en otra senda del tiempo, dicha colonia prosperó y floreció. Los chinos desembarcaron en California. En la senda que nuestros antepasados siguieron a través del tiempo, tal hecho no tuvo consecuencias. Pero esta mañana llegamos a un sector del tiempo en que colonizaron y conquistaron este continente. Aunque, a juzgar por el miedo que manifestó aquel campesino, no han logrado vencer a los indios. En algún lugar sigue existiendo el Imperio Romano y es bastante probable que gobierne Norteamérica, lo mismo que en otra época gobernó Inglaterra. En algún lugar, esto no es imposible, prevalecen aún las condiciones del período glaciario y Virginia está enterrada bajo una masa de nieve. Incluso es posible que perdure el carbonífero. O, para acercarnos al presente que conocemos, en algún lugar hay un sendero del tiempo en que el desesperado ataque de Pickett pudo invertir el desenlace de la batalla de

Gettysburg; los Estados Confederados de Norteamérica serían una nación independiente que habría fortificado poderosamente sus fronteras y mantendría una actitud beligerante de cara a la Unión.

Sólo Blake se había atrevido a preguntar, mientras los demás escuchaban boquiabiertos.

Maida Haynes dijo entonces:

—Pero ¿dónde estamos ahora, profesor Minott?

—Probablemente nos encontramos en una senda de tiempo en que América no ha sido descubierta por el hombre blanco —respondió Minott, sonriente—. Esta situación no es muy satisfactoria. Buscaremos algo mejor. No estaríamos cómodos en tiendas indias, vestidos con pieles. Por eso nos interesa un ambiente más acogedor. Supongo que disponemos de varias semanas para realizar nuestra búsqueda. A menos, naturalmente, que todo el espacio y el tiempo sean destruidos por la misma causa que provoca esta situación.

Tom Hunter se removió con inquietud.

—Entonces, ¿no hemos viajado hacia atrás ni hacia adelante en el tiempo?

—No —repuso Minott, poniéndose en pie—. La extraña náusea que hemos experimentado parece debida al desplazamiento al margen del tiempo. Es el síntoma de un salto lateral. Seguiremos cabalgando y veremos qué otros mundos nos aguardan. Somos un grupo bastante preparado para este tipo de exploración. Les elegí por sus especialidades. Hunter, zoología. Blake, mecánica y geología. Harris —apuntó con el gesto a un joven bastante esmirriado, que se ruborizó cuando los demás se volvieron a mirarle—, por lo que dicen, es un químico muy competente. La señorita Ketterling es una gran botánica. La señorita Blair...

Maida Haynes se incorporó despacio.

—Profesor Minott, usted nos ha metido en este asunto. Di... dijo que nunca regresaríamos. Pero lo preparó todo deliberadamente. ¿Cuál... cuál fue su intención? ¿Por qué ha contado con nosotros?

Minott subió a caballo. Sonrió, aunque había amargura en su sonrisa.

—En el Mundo que conocíamos, yo era profesor de matemáticas en una universidad pequeña y no muy famosa —respondió—. No tenía la menor posibilidad de ser algo más que eso. En este Mundo

soy, por lo menos, el jefe de un grupo de jóvenes bastante inteligentes. En nuestras alforjas hay armas, municiones y, lo que es más importante, libros de consulta para nuestras actividades futuras. Buscaremos y hallaremos un Mundo donde nuestros conocimientos técnicos sean muy necesarios. Viviremos allí, a menos que todo el tiempo y el espacio hagan colapso, y emplearemos nuestros conocimientos.

Maida Haynes dijo:

—Y, ¿para qué, repito?

—¡Para conquistarlo! —respondió Minott con repentino ímpetu—. ¡Para hacernos los amos! ¡Los ocho gobernaremos un Mundo como nunca se ha hecho desde el principio de los tiempos! ¡Les prometo que cuando encontremos el ambiente que busco tendrán riquezas a millones, miles de esclavos, todos los lujos imaginables y tanto poder como un ser humano pueda desear!

Blake preguntó con serenidad:

—¿Y usted, señor? ¿Qué tendrá usted?

—Más poder que nadie —respondió Minott, tranquilizándose—. ¡Seré emperador del Mundo! Y además —su tono adquirió un acento indescriptible mientras miraba a Maida—, además poseeré otra cosa que deseo.

Dicho esto les volvió la espalda y se ocupó de buscar el camino. Maida Haynes, mortalmente pálida, caminaba al lado de Blake. Su mano sujetó con angustia el brazo del joven.

—Jerry —susurró—. Estoy asustada...

Blake respondió con firmeza:

—¡No te preocupes! ¡Antes lo mato!

5

El «ferry» de Berkeley avanzaba valientemente por entre la niebla. Su sirena aullaba de un modo lastimero a intervalos reglamentarios.

En el puente, el patrón susurraba en voz baja:

—Te aseguro que acabo de tener la sensación más extraña de mi vida. Tuve vértigo, como si estuviera mareado y borracho a la vez.

El piloto comentó, distraído:

—Hace un rato sentí algo parecido. Nos habrá sentido mal algo de lo que comimos... ¡Eh! ¡Esto sí que es extraño!

—¿El qué?

—Hace un rato había mucho tráfico en el puerto, pero ahora no oigo ni una sirena. ¡Escucha!

Ambos hombres prestaron atención, y escucharon el sordo martilleo de las máquinas del barco. Captaron retazos de conversación de los pasajeros en cubierta, así como la rompiente del agua sobre el tajamar. Nada más. Absolutamente nada.

—¡Extraño! —exclamó el patrón.

—¡Condenadamente extraño! —aseguró el piloto.

El «ferry» siguió avanzando. La niebla reducía la visibilidad a un radio de unos sesenta metros.

—¡Es lo más raro que he visto en mi vida! —dijo el patrón, preocupado; tiró del cordón de la sirena y comentó—: Estamos cerca de nuestro embarcadero. Me gustaría...

Entre silbidos y retumbos, se abrió paso entre la niebla un remolcador. Sus tripulantes contemplaron con sorpresa el inmenso casco del «ferry». El remolcador navegó en círculo alrededor del panzudo transbordador; alguien salió a la cubierta del primero y lanzó un grito ininteligible, aunque se entendía que era una orden. Hizo un gesto indicando su propia bandera, y volvió a berrear con rabia.

—¿Qué diablos le pasa a ese muchacho? —inquirió el piloto.

De súbito se alzó una brisa fresca. La niebla comenzó a disiparse, y el débil resplandor del Sol se hizo más intenso. Sus escuálidos rayos luchaban por abrirse paso a través del banco de niebla. El hombre que chillaba a bordo del remolcador enrojeció de ira al comprobar que no eran acatadas sus órdenes.

Luego, de súbito, los últimos jirones de niebla se disiparon. San Francisco quedaba a la vista. Pero... ¿San Francisco? ¡Aquello no era San Francisco! Lo que se veía era una ciudad de madera, pequeña, mugrienta, de calles estrechas con mecheros a gas y cuatro monstruosos barracones junto a los muelles. Allí estaba la elevación de Nob Hill, pero no las casas ni...

—¡Maldita sea! —vociferó el piloto del «ferry».

Miraba una masa colosal de mampostería, cuadrada e inmensa, que culminaba en una gigantesca cúpula bizantina. Una bandera extranjera desconocida flameaba al viento sobre algunos de los edificios. Había escasos peatones en las calles, así como dos o tres

automóviles, pero éstos eran primitivos y enormes.

El piloto se fijó en un carruaje tirado por caballos. El tiro era de tres, adiestrados o conducidos de tal modo que los cuellos de los dos laterales se volvían hacia fuera, al estilo de la Rusia zarista.

Cosa bastante lógica, en el fondo. Cuando lograron encontrar un intérprete, piloto y patrón se vieron duramente reprendidos por entrar al puerto de Novo Skevsky sin prestar la debida atención a las ordenanzas promulgadas por el zar Alexis de todas las Rusias. Supieron que dichas normas eran cumplidas con especial rigor en todo el territorio ruso de América, desde Alaska hasta el sur.

El chiquillo regresó corriendo a la aldea.

—¡Eh, abuelito! ¡Eh, abuelito! ¡Mira los pájaros! —señaló mientras corría.

Un mirón ocioso se quedó transfigurado. Una mujer hizo alto hecha una estatua. El lago Superior azuleaba hacia el oeste y los aldeanos solían volver la mirada hacia aquella dirección. Pero ahora, mientras el chiquillo corría proclamando a gritos lo que había visto, los hombres fijaban la mirada, las mujeres se maravillaban y los niños corrían, gritaban y chillaban con la excitación instintiva de la infancia ante cualquier cosa que asombra a los adultos.

Los pájaros volaban sobre los extensos pinares. Se acercaban formando grandes masas oscuras. Ni por docenas, ni a cientos, ni siquiera a miles. Se acercaban a millones, en inmensas bandadas que nublaban el cielo. La primera vez que el chiquillo gritó, había dos enormes formaciones a la vista. Fueron seis antes que consiguiera llegar a su casa para reclamar, jadeante, la atención de sus progenitores. Y llegaban más, en profusión increíble, cruzando directamente sobre la aldea.

Anocheció de súbito cuando la primera bandada pasó por el cenit. El zumbido de las alas era ensordecedor. Por eso la gente levantó la voz para preguntarse qué clase de pájaros podían ser aquéllos. Hubo luz de nuevo, y otra vez la obscuridad, alternando a medida que pasaban las bandadas. La dimensión de las formaciones no podía expresarse en metros ni en hectómetros, sino en kilómetros. Tres, cinco kilómetros de pájaros, volando sin cesar en una única masa enorme de siete kilómetros de frente; luego otra semejante, otra y otra.

—¿Qué son, abuelito? ¡Debe haber millones!

En algún lugar resonó una escopeta. Algunos de los pequeños seres cayeron del cielo; otro disparo de escopeta y otro más. Una andanada partió de la aldea hacia la masa de alas zumbantes. Y los animalitos heridos cayeron entre las casas.

El abuelo recogió uno, acariciando su manchado plumaje. Lanzó una interjección y exclamó:

—¡Es una paloma salvaje! ¡Lo que solían llamar palomas peregrinas! En el 78 había miles de millones de estos pájaros. ¡Los viejos dicen que ese mismo año mataron muchos millones en Michigan! Pero ahora ya no existen. Se extinguieron como el bisonte. No dejaron ni uno.

El cielo estaba nublado de pájaros. Una bandada de siete kilómetros de frente y cinco de longitud obligó a encender las luces de la aldea. En el aire resonaba el batir de alas. Las palomas silvestres habían regresado a un continente de donde faltaban desde hacía casi cincuenta años.

Las espesas y oscuras masas de palomas silvestres eran como las avistadas en Audubon en 1813, cuando se calculó que las palomas que cruzaban Kentucky ascendían a cientos de miles de millones. Volaban en bandadas innumerables hacia el oeste. El Sol quedó eclipsado y, durante varias horas de obscuridad, el rumor de las alas siguió oyéndose, incesante.

6

Una gran hoguera acariciaba las rocas cercanas. Los caballos pacían inquietos. El olor del asado era indiscutiblemente apetitoso, pero una de las muchachas sollozaba ruidosamente sobre un lecho de hojarasca. Harris era el encargado de cocinar. Tom Hunter recogía madera. Blake montaba guardia un poco más allá del círculo de claridad, con los revólveres preparados, escrutando la obscuridad. El profesor Minott estudiaba un mapa topográfico de Virginia mientras Maida Haynes intentaba consolar a la muchacha que lloraba.

—La cena está lista —dijo Harris, consiguiendo que incluso este anuncio sonase algo tímido, como si pidiera disculpas.

Minott plegó el mapa. Tom Hunter dividió en grandes trozos la carne humeante del muslo de venado, los colocó sobre trozos de

corteza y comenzó a repartirlos. Minott alargó la mano y tomó uno. Comía con evidente apetito. Parecía haber abandonado su preocupación tan pronto como dejó el mapa. Mostraba las cualidades de un jefe capaz.

—Después de comer, Hunter relevará a Blake —ordenó—. Seguiremos turnando la guardia toda la noche. A propósito, muchachos: no olviden el dar cuerda a los relojes. A la larga, tendremos que sincronizarlos.

Hunter comió con prontitud y se acercó al puesto de Blake. Conversaron en voz baja. Blake se acercó a la fogata. Tomó la ración que le ofreció Harris y se puso a comer. Miró a la muchacha llorosa.

—Está asustada —comentó Minott—. La piel de su brazo apenas ha sido arañada. Pero, para una universitaria del Robinson College, resulta enervante ser herida por una flecha de punta de piedra.

Blake asintió.

—Oí algunos ruidos en la obscuridad —comentó—. No estoy seguro, pero me pareció que me espiaban. Creí distinguir una voz humana.

—Es posible que nos vigilen —admitió Minott—. Pero estamos fuera de la senda de tiempo en que aquellos indios intentaron tendernos una emboscada. Si nos hubieran seguido, estarían demasiado espantados como para resultar muy peligrosos.

—Eso espero —dijo Blake.

Su actitud no era cordial, pero carecía de pretexto para suscitar una discusión. El profesor Minott había metido a sus alumnos en un apuro que no parecía tener salida. Lo había planeado todo a conciencia, y eso le convertía en el jefe indiscutible del grupo. Blake no intentó minar su autoridad.

Pero a pesar de su juventud, Blake también poseía ciertas cualidades de jefe. La más prometedora era quizá que no pretendía saber tanto como Minott y no buscaba el adelantarse a los acontecimientos.

Escuchó con atención y luego dijo:

—Creo, profesor, que hemos comprendido su lección de esta mañana. ¿Cuánto podrá durar este desorden del espacio y el tiempo? Salimos de Fredericksburg y fuimos hasta el Potomac. Era territorio chino. Volvimos a Fredericksburg y no estaba allí. En su

lugar encontramos indios que nos lanzaron flechas e hirieron a Bertha Ketterling en el brazo. Pero ahora estamos prácticamente fuera de su alcance.

—Estaban asustados —observó Minott—. Nunca habían visto caballos. Puede que nuestras pieles blancas les sorprendieran también, para no hablar de nuestras armas. Cuando maté a uno de ellos cundió el pánico.

—Pero... ¿qué ocurriría con Fredericksburg? Salimos de allí. ¿Por qué no podemos regresar?

—El proceso de desorden ha continuado —respondió Minott, disgustado—. ¿Recuerda lo del extraño vértigo? Hoy lo hemos sufrido varias veces y, en mi opinión, cada vez corresponde a una conmoción de la Tierra. ¡Hum! Preste atención.

Se incorporó para tomar de nuevo el mapa. Lo desplegó y señaló una línea gruesa hecha a lápiz.

—Aquí tiene un mapa de Virginia en nuestra época. El continente chino aparecía cinco kilómetros al norte de Fredericksburg. Calculo que la línea de demarcación corresponde al emplazamiento de los secoyas gigantes. Mientras nos hallábamos en el tiempo chino sentimos el vértigo y regresamos a Fredericksburg. Salimos del bosque por el mismo punto que antes. Me cercioré de ello. Pero el continente de nuestra época ya no estaba allí. Cabalgamos hacia el este y, aunque usted tal vez no haya reparado en ello, antes de llegar al límite del distrito se produjo otro cambio repentino en la vegetación: de pinos, a robles y abetos, que no son característicos de esta región del Mundo en nuestra propia época. No vimos asomo de civilización. Hacia el sur llegamos a esa niebla espesa y, más allá, la nieve. Evidentemente, hay una senda de tiempo en que Virginia aún está sometida al clima glaciario.

Blake asintió después de haber escuchado con atención y dijo:

—Con esto define tres lados de una... una isla de tiempo.

—En efecto —afirmó Minott—. ¡Exactamente! En el proceso de desorden, en esta conmoción, al parecer se han producido «fallas» naturales en la superficie de la Tierra. Territorios relativamente extensos parecen avanzar y retroceder en bloque de una senda de tiempo a otra. Podrían compararse con los ascensores de una casa de muchos pisos. Cuando estábamos en el «ascensor» de Fredericksburg, en nuestra propia senda cronológica, nos vimos

desplazados a otro tiempo. Fuimos hasta el continente chino. Mientras estábamos allí, nuestra sección de origen pasó a otro tiempo totalmente distinto. Cuando deshicimos lo andado... hallamos la ciudad de Fredericksburg en otra senda de tiempo diferente.

—¡Atención! —exclamó Blake de súbito.

Un rumor sordo se oía a lo lejos, hacia el norte. Duró sólo un instante y cesó. Los matorrales cercanos fueron pisoteados y un animal monstruoso se acercó desconfiadamente hasta el círculo de la hoguera. Era un alce, pero ¡qué alce! Se trataba de un ejemplar gigantesco, colosal. Una de las muchachas gritó espantada, y el animal volvió a desaparecer entre los matorrales.

—No hay alces en Virginia —observó Minott, lacónico.

Blake repitió:

—¡Atención otra vez!

Otra vez se oyó aquel rumor sordo hacia el norte. El volumen sonoro aumentó. Era el motor de un avión. El rumor se convirtió en un gruñido y éste en un rugido. Luego apareció el avión en lo alto y vieron brillar las luces de posición en sus alas. Viró inclinándose mucho y se volvió por donde había venido. Al verlo, los espectadores sintieron una extraña impresión de impotencia. El aparato picó bruscamente.

—Un aviador de nuestro tiempo —comentó Blake mirando hacia el lugar por donde había desaparecido—. Habrá visto nuestra fogata. Intentará un aterrizaje de emergencia en la oscuridad.

El ruido del motor cesó. Durante un rato, sólo se oyó el chisporroteo del fuego y el ulular del viento sobre las heladas planicies en la noche. Luego, una terrible agitación del follaje, una explosión...

Un resplandor, un estruendo y las llamas amarillentas de la gasolina incendiada elevándose hacia el cielo.

—¡No se muevan! —gritó Blake, poniéndose instantáneamente de pie—. ¡Harris! ¡Profesor Minott! ¡Que alguien se quede con las chicas! ¡Voy a buscar a Hunter y trataremos de ayudar!

Desapareció en la oscuridad, llamando a Hunter. Los dos se abrieron paso por entre los matorrales, Minott frunció el ceño y sacó los revólveres. Malhumorado, se alejó de la luz del fuego y asumió la guardia que Hunter había abandonado.

Un depósito de gasolina estalló en la obscuridad. El resplandor del fuego se hizo intolerablemente intenso. Los pasos de los dos jóvenes que corrían entre la maleza se alejaron y finalmente dejaron de oírse.

Transcurrió largo rato; luego, muy lejos, volvió a oírse el ruido de pasos entre los matorrales. El resplandor del incendio fue apagándose. Los expedicionarios regresaban lentamente, como si transportaran algo muy pesado, y se detuvieron más allá del resplandor de la fogata. Después, Blake y Hunter se reunieron con los demás.

—Esta muerto —dijo Blake—. Menos mal que fue lanzado lejos por el choque, antes que se incendiaran los depósitos de gasolina. Recobró los sentidos un par de minutos antes de morir... Nuestra fogata era la única señal de vida que había visto desde hace horas. Le hemos traído aquí. Mañana lo enterraremos.

Se hizo el silencio. El rostro ceñudo de Minott tenía una expresión salvaje mientras regresaba hacia la fogata.

—¿Pudo decir algo? —preguntó Maida Haynes.

—Salió de Washington a las cinco de la tarde —respondió Blake concisamente—. Según nuestro tiempo, digamos. Toda Virginia al otro lado del Potomac se desvaneció a las cuatro y media y ocupó su lugar una selva virgen. Salió a explorar, y cuando regresó al cabo de una hora, Washington había desaparecido. En su lugar había un banco de niebla y debajo nieve. Siguió el curso del Potomac y vio casas, empalizadas y, en las orillas, embarcaciones largas de remos.

—¡Los vikingos! —exclamó Minott, satisfecho.

—No aterrizó, sino que siguió volando río abajo buscando la ciudad de Baltimore. ¡Había desaparecido! En un momento dado creyó ver una ciudad, pero entonces se sintió enfermo y, cuando se recobró, aquélla había desaparecido. Puso dirección al norte, y estaba quedándose sin gasolina cuando vio nuestra fogata. Intentó un aterrizaje de emergencia, pero como no llevaba bengalas se estrelló... y murió.

—¡Pobre hombre! —exclamó Maida, conmovida.

—La cuestión —prosiguió Blake— es que Washington estaba en nuestro tiempo presente a eso de las cuatro y media de hoy. ¡Tenemos una posibilidad de regresar, aunque remota! Es preciso llegar hasta el límite de uno de esos territorios que oscilan a través

del tiempo, al borde de lo que el profesor Minott llama una «falla de tiempo», y vigilarla. Cuando se produzca el cambio, la exploraremos con la mayor rapidez posible. ¡Tal vez no haya muchas probabilidades de regresar exactamente a nuestra propia época, pero estaremos más cerca que ahora! El profesor Minott dice que en algún lugar existe la Confederación. Pero aun así, estaremos mejor entre gentes de nuestra raza y que hablan nuestro idioma, antes que permanecer varados para siempre entre indios, chinos o escandinavos.

Minott dijo, cortante:

—¡Será mejor que decidamos este asunto ahora mismo, Blake! ¡Yo soy el que da las órdenes aquí! Usted tomó la iniciativa cuando se estrelló el avión, y quiso darnos órdenes a Harris y a mí. Lo he tolerado por esa vez, pero aquí sólo puede haber un jefe. ¡Ese jefe soy yo! Que no se le olvide.

Blake se volvió. Minott le apuntaba con su revólver.

—Usted pretende regresar a nuestro tiempo —prosiguió Minott con ferocidad—. ¡No lo permitiré! Todo indica que moriremos. Pero si vivo, pienso aprovechar mi oportunidad, y no entra en mis proyectos el regresar para dedicarme a dar clases de matemáticas en el Robinson College.

—¿Y bien? —preguntó Blake fríamente—. ¿Qué más, señor?

—¡Sólo esto! Usted va a entregarme sus armas. De ahora en adelante seré yo quien haga los planes y dé las órdenes. Buscaremos la senda de tiempo en que prospera en Norteamérica una civilización vikinga. Será fácil, pues estas perturbaciones deben durar algunas semanas todavía. ¡Cuando la encontremos, nos estableceremos entre los escandinavos! ¡Tan pronto como vuelvan a estabilizarse el espacio y el tiempo comenzaré la creación de mi imperio! ¡Y usted me obedecerá, o seguirá solo mientras los demás avanzamos hacia mi destino!

Blake dijo con toda serenidad:

—Olvida que, a lo mejor, preferiremos ocuparnos de nuestros propios destinos, en vez de servirle de herramientas para que realice usted el suyo.

Minott le desafió un instante con la mirada, apretando los labios.

—Lástima —dijo fríamente—. Su inteligencia podía serme útil, Blake. Pero no puedo tolerar un motín. Voy a matarle.

Y levantó despiadadamente el revólver.

7

La Academia Británica de Ciencias había convocado a una sesión extraordinaria para determinar la causa de ciertas emergencias recientes. Los sabios estaban cansados, soñolientos, pero conscientes aún de su dignidad y de la importancia de su tarea. Un físico venerable, de largas patillas, estaba diciendo con énfasis y solemnidad:

—Por tanto, señores, creo que no hay más que decir. Los extraordinarios acontecimientos de las últimas horas parecen resultar de ciertos fenómenos acontecidos en nuestro propio espacio cerrado. Los campos gravitatorios de 1079 partículas de materia cerrarán el espacio alrededor de semejante conjunto. Ningún Cosmos puede ser mayor ni menor. Y si consideramos la creación de semejante Cosmos, veremos que sus galaxias se desvanecen tan pronto como la 1079 partícula sume su propia masa a la de las anteriores. Sin embargo, el hecho que el espacio se haya cerrado alrededor de ese Cosmos no implica la aniquilación de éste, sino simplemente su eliminación del espacio originario, quedando aislado de la continuidad espacio-temporal a causa de la curvatura debida al campo gravitatorio. Y admitiendo que exista más de un sector de espacio cerrado, en cierto sentido hemos postulado la hipótesis de un hiperespacio que separe los espacios cerrados; lo cual supone coordenadas hiperespaciales que definan las posiciones hiperespaciales relativas, y que...

Un caballero de patillas aún más largas y blancas que las del orador dijo en voz alta y enérgica:

—¡Disparates! ¡Necedades!

El orador se interrumpió, mirando fijamente a su adversario.

—¡Señor! ¿Acaso insinúa usted que...?

—¡Así es! —respondió el otro—. ¡Tonterías! ¿Afirmará usted que, en su hiperespacio, los espacios cerrados estarían sometidos a hiperleyes? ¿Que se desplazarían en hiperórbitas reguladas por una hipergravedad y que, sin duda, en determinadas ocasiones se producirían mareas hiperterráqueas o hipercolisiones, que decididamente producirían hipercatástrofes?

—¡En efecto! —exclamó el caballero de la tribuna, temblando de

indignación—. ¡En efecto, señor mío!

—¡Usted me pone enfermo! —replicó el científico de patillas más largas y blancas.

Como si quisiera demostrarlo, se tambaleó. Pero no fue el único. Toda la venerable asamblea vaciló por efecto de un vértigo súbito. Así fue como la Academia Británica de Ciencias decidió levantar la sesión sin otro formulismo, presa del pánico. Hubo una desbandada. De súbito, tribuna y hemiciclo desaparecieron. En el lugar ocupado por el orador se abría ahora un claro, y en el claro había una fogata. Alrededor de ella, ciertos personajes grotescos, no muy diferentes de los mismos sabios, rugieron al ver a los venerables que huían. Con los rostros encendidos, esgrimiendo burdas mazas, atacaron a la Academia Británica de Ciencias. Se sabe que atraparon a una persona, un biólogo de opiniones sumamente excéntricas. Se cree que se lo comieron.

Desde hace tiempo se venía afirmando que al menos algunas de las especies extinguidas de la humanidad, por ejemplo el hombre de Piltdown y el de Neanderthal, eran caníbales. Si en algún sendero del tiempo exterminaron a sus rivales más inteligentes... si en algún lugar el *pithecanthropus erectus* sobrevive y el *homo sapiens* no... pues bien, en esa senda del tiempo, el canibalismo es un hábito social perfectamente respetable.

8

Con una exclamación, Maida Haynes se interpuso ante Blake. Pero Harris fue más rápido. Aquel tímido acababa de cortar un trozo humeante de muslo de venado, y lo lanzó con fuerza. La masa abrasadora desvió la mano de Minott causándole al mismo tiempo una tremenda quemadura.

Blake se incorporó y sacó el arma.

—Si vuelve a apuntarnos con esta pistola —dijo bastante nervioso, aunque con indudable sinceridad—, le meteré un tiro en el brazo.

Minott profirió un insulto. Recogió el arma con la mano izquierda y se la guardó en el bolsillo.

—¡Imbécil! —dijo—. No pensaba disparar. Sólo quería asustarlo. ¡Es usted un idiota, Harris! Luego hablaremos de su actitud, Maida. Vuestro peor castigo sería que les dejase librados a vuestra suerte.

Se apartó de la fogata y desapareció en la obscuridad. Una especie de consternación se apoderó del grupo. El avión incendiado aún ardía a lo lejos. El fuego parecía haberse propagado un poco.

—¡Es un demonio! —exclamó Hunter, intranquilo—. Sabe de esto más que nosotros. ¡Si nos deja, estamos perdidos!

—Así es —reconoció Blake, sombrío—. Y puede que lo estemos de todos modos.

Lucy Blair dijo:

—Yo... hablaré con él. Solía... solía ser bueno conmigo en clase. Y debe dolerle mucho la mano. Le han quemado.

Se alejó de la fogata, precedida por su alargada sombra.

Minott exclamó de improviso:

—¡Fuera! ¡Algo se mueve ahí!

Al cabo de un momento disparó; se oyó un grito y el arma volvió a tronar. Hubo un gran revuelo de sombras que huían.

Minott regresó junto a la hoguera con gesto despectivo.

—Mal jefe será usted, Blake —comentó irónicamente—. Ha descuidado la guardia. ¿No era usted el que creía oír voces? Han escapado. Eran indios, naturalmente.

Lucy Blair preguntó con vacilación:

—¿Me permite curarle la mano? Se ha quemado...

—¿Cómo? —preguntó con ira.

—Tenemos grasa —le respondió—. Los indios solían curar las heridas con grasa de oso. Supongo que la de venado también servirá.

Minott permitió que la muchacha le curase la herida, aunque no era grave. Lucy pidió los pañuelos a sus compañeros. Alrededor de la hoguera reinaba la lógica confusión. Aquello no era una banda de aventureros dispuestos a todo, sino un grupo de estudiantes menores de edad.

Minott fruncía el ceño mientras Lucy Blair le curaba la mano. Harris quería disculparse por haber sido el causante de la herida. Bertha Ketterling sollozaba... pero quedamente, pues nadie le hacía caso. Blake contemplaba el fuego, meditativo. Maida Haynes procuraba no recordar que, en cierto sentido y aunque nadie lo hubiera mencionado, ella era la manzana de la discordia.

Los caballos pataleaban, inquietos, Bertha Ketterling estornudó. Maida sintió que le escocían los ojos. Ella fue la primera en advertir

la extensión del incendio provocado por la gasolina del avión. Su grito de alarma puso sobre aviso a los demás.

El avión se había estrellado a más de un kilómetro y medio del campamento. El incendio de los depósitos había sido violento, pero breve. Las alas y el fuselaje quedaron destruidos en seguida, y en apariencia el fuego se había reducido a rescoldos. Pero ahora había allí algo más que un rescoldo.

Sin duda, el fuego se había propagado entre los espesos matorrales, hasta alcanzar el resinoso bosque de pinos. Soplaban una brisa leve pero continua. Cuando Maida intentó ver de dónde procedía el humo que le escocía en los ojos, vio arder un árbol alto, observó el frente de llamas devoradoras que reptaban por el suelo y luego dos, tres, una docena de brillantes llamaradas alzándose al cielo.

Los caballos relincharon y se encabritaron.

Minott ordenó:

—¡Harris, acerque los caballos! ¡Hunter, haga que las muchachas monten en seguida!

De intención no dio órdenes a Blake. Estudió detenidamente el mapa. Mientras tanto, el incendio se propagaba cada vez más. Minott se guardó el mapa en el bolsillo. Blake recogió tranquilamente el muslo de venado. Cuando Minott saltó a la silla dominando a su aterrorizada montura, el muchacho ya se hallaba al lado de Maida Haynes, listo para partir.

—Cabalgaremos por parejas —indicó Minott—. Cada hombre cuidará de una muchacha. Yo abriré camino con la linterna. Debemos salir al río Rappahannock, si el fuego no nos toma la delantera.

Coronaron una loma, y entonces se dieron cuenta de la extensión del peligro. En ochocientos metros a la redonda, el fuego lo consumía todo. A la derecha el incendio hacía estragos entre los árboles de un bosque tan espeso que parecía una selva. El resplandor avanzaba rápidamente; parecía que el fuego generaba el propio viento que lo alimentaba, como así era en efecto. A la izquierda de los jinetes devoraba ferozmente los matorrales.

Como si no bastara aquel peligro tan real, se alzó de súbito un viento realmente fuerte. Empezaron a recibir chispas y brasas encendidas, fragmentos del ramaje a medida que iba

consumiéndose. Bertha Ketterling gritó cuando un fragmento de carbón encendido le rozó la mejilla. El caballo de Harris se encabritó al notar una quemadura. Galoparon frenéticamente por entre los árboles. La linterna de Minott resultaba inútil, debido al rojo resplandor que les perseguía. Al menos, servía para mostrarles el camino.

9

Un bicho grande, negro y torpe salió pesadamente a la plaza, entre la estatua de Grady y el edificio de Correos. Las lámparas de arco permitían verlo claramente. No era lo que uno pensaría encontrar por las calles de Atlanta, Georgia, a ninguna hora del día o de la noche. Un taxista lo vio y estuvo a punto de reventar un neumático al dar la vuelta para alejarse. Un policía lo vio también y se puso muy pálido mientras tomaba el teléfono de su coche patrulla para dar parte. Pero aquel día habían pasado demasiadas cosas extrañas como para poner en duda su propia cordura. El *Journal* había publicado tantas novedades alarmantes de otros lugares, que le fue forzoso creer en lo que veía.

El bicho era monstruoso, una especie de reptil repugnante. Medía veinticuatro metros de longitud, de los cuales al menos quince eran cabeza, cuello y rabo, y el resto un cuerpo fofo. Pesaría unas veinticinco o treinta toneladas, pero su cabeza no abultaba mucho más que la de un caballo grande, y aquella minúscula cabeza se mecía estúpidamente. La bestia estaba desconcertada. Dio un paso con su pata colosal, y un chorro de agua salió de la cañería principal reventada bajo el pavimento. El bicho no reparó en ello. Se removió un poco, exhalando un olor húmedo y mohoso.

Las sirenas de los coches patrulleros de la policía y las sirenas de los bomberos hicieron vibrar el aire. Una ambulancia fue azotada por un poderoso coletazo, que la estrelló en una esquina.

El bicho lanzó un grito plañidero, sin hacer caso de los daños que había causado su cola. Parecía un balido multiplicado por mil. Miraba sin cesar a su alrededor, al parecer incomodado por los altos edificios que lo rodeaban. Pero era demasiado estúpido para volver sobre sus pasos en busca de escapatoria.

Alguien gritó a lo lejos, mientras los coches de la policía y los camiones de bomberos llegaban al lugar. Otros dos bichos, más

pequeños que el primero, habían seguido a éste. Eran también de cuerpos monstruosos y cabezas demasiado pequeñas. Una de ellas tropezó neciamente contra un camión-grúa. Ambos rodaron por el suelo y el bicho baló como su predecesor.

Luego algún imbécil se puso a disparar. Otros imbéciles le imitaron. Las balas de acero se hundieron en aquellas moles de carne. Las metralletas de la policía cosieron a los monstruos a tiros. Eran empuñadas por hombres de gran valor, que no dejaron de observar la total estupidez de los seres procedentes del gran pantano aparecido donde solía estar el Parque Inman.

Las balas dolían, hacían daño. Las tres bestias balaron e hicieron torpes intentos de huir. La mayor quiso escalar un edificio de cinco pisos y lo redujo a escombros.

Antes que muriera el último —mejor dicho, antes que dejara de mover sus miembros principales, pues la cola se agitó convulsivamente largo rato, y el corazón aún latía al día siguiente, cuando fue cargado en un carro de basura—, antes que el último muriera, el caos era total en tres manzanas de edificios comerciales del centro de Atlanta, y habían muerto diecisiete hombres. Sin embargo, no habían intentado luchar; sólo pretendían huir. La destrucción y las muertes que causaron fueron debidas a su torpeza y estupidez.

10

Los caballos que llevaban la delantera tropezaron de improviso, hundiéndose hasta el codillo en algo suave y muy esponjoso. Bertha Ketterling gritó de miedo cuando su cabalgadura cambió el paso.

Blake dijo con prontitud en medio de las tinieblas:

—Parece terreno arado. Profesor Minott, será mejor que encienda la linterna.

El cielo, a sus espaldas, tenía un resplandor rojizo. Aún los perseguía el fuego del bosque, disparando chispas, llamas y una vívida claridad que iluminaba las volutas de su propio humo.

El haz de luz de la linterna acuchilló la tierra. Era tierra de labor. Había sido surcada por manos de hombres. Minott alumbró con la linterna encendida, mientras todos lanzaban exclamaciones de gratitud.

Luego agregó con sarcasmo:

—¿Saben qué han sembrado aquí? ¡Lentejas! ¿Desde cuándo se cultivan lentejas en Virginia? ¡Todo es posible! Ahora veremos qué clase de individuos andan por aquí.

Se volvió para contemplar la línea de surcos.

Tom Hunter dijo, pesaroso:

—Si esto es terreno arado, se trata de un surco muy superficial. Un arado de un solo caballo levantaría más tierra.

Una luz brillaba débilmente a lo lejos. Todos la vieron al mismo tiempo. Como por instinto, también los caballos se volvieron hacia ella.

—Debemos andar con cuidado —observó Blake—. Quizá sean chinos.

La luz estaría como a un kilómetro y medio de distancia. Se acercaron cautelosamente a campo traviesa.

Los cascos del caballo de Lucy Blair tocaron piedra súbitamente. El ruido fue inesperadamente fuerte. Los caballos que seguían al de ella formaron un estrépito ensordecedor. Minott alumbró de nuevo con la linterna. Era piedra labrada, un camino de bloques de piedra, de dos metros o dos y medio de anchura. Entonces uno de los caballos se encabritó y relinchó, huyendo de algo que había en el camino. Minott dirigió la linterna a lo largo del mismo.

—El único pueblo que construyó caminos como éste fue el romano —explicó secamente—. Así construían sus calzadas militares. Pero, que sepamos, ellos no descubrieron América.

La linterna iluminó un bulto oscuro. Una de las muchachas sofocó un grito. Había muchos cadáveres. Uno de ellos, el de un hombre con escudo, espada y casco como suele representarse a los soldados de la antigua Roma. Le faltaba media cabeza. A su lado yacía un hombre con un extraño uniforme gris. Mostraba una herida de espada.

La linterna buscó más lejos. Más cadáveres; muchos vestidos de romanos. Otros llevaban lo que podría describirse como el uniforme de los soldados del Ejército Confederado... admitiendo que aún existiese la vieja Confederación sudista.

—Hubo lucha —dijo Blake con calma—. Supongo que los de la Confederación, quiero decir los de esa senda de tiempo, salieron a investigar lo que debió parecerles un acontecimiento condenadamente raro. Y estos romanos, si es que lo son, les

atacaron.

Alguien se acercaba en la oscuridad. Minott le dirigió la luz de la linterna. Era un hombre. Pero estaba prácticamente desnudo y cargado de cadenas, había sido golpeado y su cuerpo presentaba grandes heridas de otros castigos. Parecía extenuado. Tenía el gesto delirante de la desesperación absoluta. Lo habían embrutecido mediante la tortura.

Frunció el ceño, deslumbrado por la linterna, demasiado aturdido para sentir miedo.

Cuando Minott habló el desconocido se dejó caer en el barro. Minott habló con energía, procurando recordar su semi-olvidado latín. El hombre postrado balbuceó palabras en un latín bárbaro que al pasar por sus labios agrietados, aún resultaban más incomprensibles.

—Es un esclavo —comentó Minott—. Los enemigos, supongo que confederados, llegaron hoy del norte. Hubo un combate y murieron algunos guardias de esta propiedad. Aunque este esclavo lo niega supongo que se dirigía al norte con intención de desertar. Bien mirado, creo que no somos los únicos expedicionarios atrapados fuera de su propia senda de tiempo por la catástrofe.

Despidió con rudeza al esclavo y siguió adelante, dirigiéndose hacia la luz lejana.

—¿Qué... qué se propone? —preguntó Maida débilmente.

—Llegar al poblado y hacer algunas preguntas —replicó Minott—. Si están ahí los confederados, seremos bien recibidos. De lo contrario, procuraremos ganarnos la bienvenida. Quiero acampar en una falla de tiempo y cruzar cuando un cambio temporal nos acerque una colonia escandinava. Para ello necesito noticias exactas sobre los lugares donde hayan sido vistos, si eso es posible.

Maida Haynes se acercó a Blake. El joven la confortó apoyando la mano en su brazo mientras los caballos seguían con dificultad sobre el terreno blando. A sus espaldas, el fuego atacaba de nuevo. Las coníferas resinosas estallaban a veces como bombas y lanzaban fugitivos resplandores rojos sobre los jinetes. Pero el resplandor iba haciéndose más consistente e intenso. A su luz vieron las blancas tapias de una casa de campo, con sus corrales y graneros. Era un edificio monstruoso, que más bien parecía un barracón.

Era una granja, una villa romana trasladada al borde de la selva.

Blake recordó vagamente una antigua foto de una villa romana en Inglaterra, que había sido restaurada para devolverle el aspecto que tuvo antes que Roma retirase sus legiones de Britannia, abandonando la isla a la barbarie y la ignorancia. La rodeaban varios pajares, entre los cuales pasaron al trote. De pronto, Blake olfateó el aire con repentina desconfianza.

Maida se acercó y le dirigió algunas palabras en voz baja. Lucy Blair contemplaba a Minott, llena de aprensión. Harris seguía a Bertha Ketterling, que montaba como si estuviera molida de andar a caballo. Tom Hunter buscó a Minott como para acogerse a su protección, dejando que Janet Thompson se las arreglara por su cuenta.

—¿En qué piensas, Jerry? —murmuró Maida.

—Esto no me gusta —explicó Blake en voz baja—, aunque no hay más remedio que seguir. Creo que huele a...

De súbito, unas sombras saltaron hacia los caballos: eran salvajes desnudos, sudorosos, escurridizos y casi frenéticos. Algunos agitaban cadenas al saltar. Una voz les gritaba órdenes desde lejos, subrayadas por el espantoso restallar de un látigo.

Dos disparos pusieron fin al combate. Había sido Blake. Un caballo hizo una espantada. Bertha Ketterling chillaba, lastimera. Ton Hunter barbotaba palabras incomprensibles, y Harris profería palabrotas, totalmente olvidado de su habitual timidez.

Minott parecía rodeado por aquellos salvajes apestosos, lo mismo que los demás, pero parlamentaba con sus agresores en tono autoritario. Ellos se apartaron, encogiéndose como por instinto. Súbitamente aparecieron antorchas, y a su luz vieron que eran esclavos. Esclavos sometidos a todo tipo de miseria y degradación, de diferentes mezclas raciales, pero unánimes en su desesperada abyección ante el amo, que se acercaba entre los portadores de antorchas.

Era un hombre bajo y grueso, que vestía una toga de corte algo diferente del clásico. La luz de las antorchas permitía ver a los cautivos, pero también los rasgos abotargados, sibaríticos e indescritiblemente crueles del propietario de estos esclavos y de la villa. Su actitud y las órdenes que impartía en un latín extrañamente corrompido, dando a entender que se consideraba también propietario de los cautivos.

El diputado por Aisne-le-Sur decidió que había sido una gran idea pasear al aire fresco. París de noche es estimulante. Aquel extraño ataque de vértigo sería culpa del exceso de champaña. El aire fresco disipaba los vapores. Pero le sorprendía verse desorientado, puesto que conocía muy bien París.

Las calles presentaban un aspecto extraño. Las casas no eran como las que él conocía. A la luz de los faroles —de un diseño bastante insólito— se notaban ciertos rasgos extraños en su arquitectura. Meditó la cuestión, tratando de averiguar a qué era debida la particular *inclinación* que mostraban las casas.

Era para impacientarse. Tarde o temprano tendría que regresar a casa, aunque su mujer... El diputado por Aisne-le-Sur se encogió de hombros. Luego vio luces más adelante. Apuró el paso. Era una mansión magnífica, brillantemente iluminada.

Resonaban muchos cascos. Un escuadrón de caballería formó frente a la casa, de donde salió un joven pálido acompañado de un hombre alto y gordo que se inclinó para besarle la mano al primero, como en un rapto de admiración. Los soldados desmontaron y se situaron en dos filas desde el portal hasta el coche. Dos jóvenes oficiales seguían al joven pálido, cargados de condecoraciones. El diputado por Aisne-le-Sur advirtió que no reconocía los uniformes. Se abrió la puerta del coche. El automóvil era algo raro, aunque el diputado no podía precisar con exactitud por qué.

Hubo taconazos y fueron presentadas las hojas de acero en señal de saludo. El joven pálido soportó que el gordo volviera a besarle la mano y subió al coche. Los dos jóvenes oficiales cargados de medallas le imitaron y el coche se alejó. La formación de escolta rompió filas con gran tintineo de espuelas.

El gordo se quedó en la acera, radiante y frotándose las manos. Los soldados de caballería volvieron a montar y se alejaron rápidamente.

El diputado por Aisne-le-Sur había asistido al espectáculo sin saber qué pensar. Observó a otro transeúnte detenido, y se sobresaltó al verle vestido a estilo tan extraño y desconocido como el de las casas y el de aquellos personajes a quienes acababa de contemplar.

—Perdone, señor —dijo el diputado por Aisne-le-Sur—. Me he

extraviado. ¿Podría decirme...?

—Esta casa es la residencia del señor duque de Montigny —respondió el otro con sarcasmo—. ¿Es posible que haya en 1935 alguien que no conozca al señor duque? ¿O, sobre todo, a la señora duquesa? ¿A qué se dedica y dónde vive?

El diputado por Aisne-le-Sur parpadeó.

—¿Montigny? ¿Montigny? Pues no —admitió—. ¿Y el joven del coche, cuya mano fue besada por...?

—¿Besada por el señor duque? —el extraño le miró azorado—. ¡*Mon dieu!* ¿De dónde sale usted, que no conoce a nuestro buen rey Luis Vigésimo? Acaba de rendir visita a la señora, su amante.

—¡Luis Vigésimo! —tartamudeó el diputado por Aisne-le-Sur—. No... no comprendo.

—¡Burro! —exclamó el impaciente desconocido—. ¡El rey de Francia, que sucedió a su padre cuando era un niño de diez años, que hace diez meses ha alcanzado la mayoría de edad... y ya está arruinando a Francia!

La telefonista estableció la comunicación con mano temblorosa.

—Su número, por favor... Lo siento, señor, pero no podemos ponerle con Camden... Las líneas están cortadas... Lo siento mucho, señor —conectó otra línea—. ¡Hola!... Lo siento, señor, pero no podemos ponerle con Jenkinstown. Las líneas están cortadas... Lo siento mucho, señor.

Zumbó otra llamada y se encendió otra luz.

—¡Hola!... Lo siento, señor. No podemos ponerle con Dover. Las líneas están cortadas... —sus manos se movían automáticamente—. Hola... Lo siento, pero no podemos ponerle con New York. Las líneas están cortadas... No, señor. No podemos pasar la comunicación a través de Atlantic City. Las líneas están cortadas... Le advierto que las compañías telegráficas no garantizan la entrega... No, señor, no podemos pasar su mensaje a través de Pittsburgh...

Tenía la voz temblorosa.

—No, señor. La central de Scranton no contesta... Harrisburg tampoco. Sí, señor... Lo siento, pero no podemos enviar un mensaje a Filadelfia para que sea transmitido desde allí en cualquier dirección... Hemos intentado comunicar por radio, pero no contesta nadie...

Abandonando los conmutadores, se cubrió el rostro con las manos. Luego hizo una llamada:

—¡Minnie! ¿No han sabido nada...? ¿Nada...? ¿Cómo...? ¿Telefonaron pidiendo más policía...? ¿La... la operadora de allí dice que hay lucha? ¿Que ha oído muchos disparos? ¿Qué ha pasado, Minnie? ¿No se sabe...? ¿Que... que también usan los camiones blindados de los bancos para luchar? Pero ¿contra quién luchan? ¿Cómo...? ¡Minnie, mis padres viven ahí! ¡Mis padres viven ahí!

La puerta del barracón de los esclavos se cerró y fue atrancada por fuera con grandes vigas. El ambiente hediondo, espantoso e irrespirable los anegó como una ola. Luego oyeron murmullo de voces, tintineo de las cadenas y el roce de la paja, como si se removieran animales en un corral. Alguien empezó a hablar a gritos para hacerse oír por los demás. Comenzó a imponerse, aun sin acallar del todo los murmullos a su alrededor.

Maida dijo con voz tensa:

—Entiendo algunas palabras... Está explicándoles a los demás esclavos cómo fuimos capturados. Habla una especie de latín...

Entre las tinieblas, Bertha Ketterling gritó de súbito:

—¡Alguien me ha tocado! —chilló—. ¡Un hombre!

Cerca resonó una voz burlona. Hubo risas. Parecían aullidos de animales. Según opinaban en la antigua Roma, los esclavos son animales. En la ruidosa libertad de la barraca, los esclavos totalmente embrutecidos iban acercándose a los recién llegados. Los recién capturados prometían servir de diversión, pues aún no habían sido degradados a su estado final.

Lucy Blair lloró ahogadamente. Hubo un crujido seco y alguien cayó. Se oyeron más risas.

—¡Lo he dejado sin sentido! —gritó Minott—. ¡Hunter! ¡Harris! ¡Busquen a vuestro alrededor objetos que sirvan de mazas! Los esclavos quieren humillarnos, y en esta pocilga no tenemos posibilidades de dominarlos. Aunque nos mataran, los castigarían sólo con azotes. Y las mujeres...

Alguien, rugiendo, se abalanzó sobre él a oscuras. La voz autoritaria de Minott resultaba odiosa. Se oyó una queja. La gente se apelotonaba. Reducidos al estado de animales, los esclavos de los romanos se comportaban como fieras encerradas en su monstruoso

cubil. Odiaban a los recién llegados por el simple hecho que habían sido hombres libres y no esclavos. Las mujeres estaban limpias y atemorizadas... Serían presa fácil. Las cadenas tintineaban agoreramente. Los pestilentes alientos viciaban el aire. Un tufo de depravación total, de seres humanos convertidos en algo peor que las fieras, apestaba el ambiente. Estaban totalmente a oscuras.

Bertha Ketterling rompió a llorar ruidosamente. De repente se oyó el espantoso ruido de un golpe aplastando la carne. Se desencadenó la batalla entre los gritos aterrorizados de Lucy Blair. Hubo jadeos de los hombres que luchaban, ruidos de los golpes. Un herido aulló. Otro blasfemó. Una mujer lanzó un chillido estridente.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Los disparos sonaron fuera, una verdadera descarga cerrada. Carreras, gritos. Las vigas de la puerta cayeron. Las grandes puertas se abrieron y algunos hombres aparecieron en el umbral con látigos y antorchas. Los esclavos recibieron orden de salir y atacar a otro enemigo aún desconocido. Les sacaban de su cubil como perros. Cuatro cómitres entraron y repartieron latigazos a discreción. Los disparos continuaban. Los esclavos retrocedieron o salieron aullando al exterior. Pero tres de ellos no volverían a retroceder o atacar nunca más.

Minott y Harris estaban agazapados en un rincón de la barraca. Lucy Blair, con el pelo enmarañado, se ocultaba detrás de Minott quien esgrimía una pesada viga, decidido a vender cara su piel. Harris aferraba del mismo modo una rústica porra. Cuando recibió la luz de las antorchas, su aire de salvaje desafío desapareció, como si quisiera disculparse por lo del cadáver tendido a sus pies. Hunter y dos de las chicas se empujaban, presas del pánico, por refugiarse detrás de él. Maida Haynes, mortalmente pálida, se apoyaba de espaldas contra una pared, empuñando un fragmento puntiagudo de hueso carcomido como si fuese un puñal.

Recibieron azotes. Las voces se burlaron de ellos. Más latigazos. Minott luchó con rabia, sangrando por una gran herida en el rostro. Los revólveres tronaron junto a la gran puerta. Blake estaba allí, un revólver en cada mano y los ojos relampagueantes. Un esclavo cayó y su antorcha se apagó, humeante, en el pestilente barro del suelo.

—¡Se acabó! —gritó Blake con ímpetu—. ¡Salgan!

Hunter fue el primero en llegar hasta él, fatigado, jadeante. La confusión era indescriptible. Un inmenso granero estalló en llamas.

Algunos individuos corrían alocados en todas direcciones. De las llamas brotó una explosión, luego dos, tres más.

—¡Los caballos están en el establo! —dijo Blake, mortalmente pálido—. No los han desensillado. Los esclavos aún no han descubierto cómo se desatan las cinchas. Escondí algunos cartuchos de revólver entre la paja antes de prender fuego al granero.

Viéndose atacado con látigo y daga por otro esbirro, Blake lo liquidó de un balazo.

Minott gritó roncamente:

—¡Deme un revólver, Blake! Voy a...

—¡Primero los caballos! —respondió Blake.

Corrieron hacia el patio. Con dos disparos, los esclavos huyeron aullando. Salieron al galope, agazapados sobre las sillas de montar. Al pasar cerca de la villa vieron en una terraza al gordo de la toga extravagante, que desahogaba su ira con un esclavo postrado a sus pies. Pisoteó al abyecto siervo y avanzó, lanzando órdenes con voz de trueno. Los caballos se alejaron y el propietario agitó el puño, rojo de ira y sin reparar en el peligro que corría, por efecto de su rabia bestial.

Blake lo mató de un disparo, volvió grupas y le arrebató la toga al cadáver del gordo para cubrir a Maida.

—¡Toma! —dijo con violencia—. Mataré a quien...

Era ya el jefe indiscutible. Dirigió la retirada, y los ocho caballos partieron hacia el norte, regresando hacia el bosque en llamas.

Hicieron alto. A sus espaldas, el fuego prendía en otro anexo de la finca. La confusión era total. La muerte del amo anuló toda organización. El barracón de los esclavos comenzó a incendiarse. Los gritos y aullidos de pánico llegaban incluso a oídos de los fugitivos. Pronto los esclavos empezaron a saquear y a combatir entre sí.

Minott se movía como una fiera, desnudando a los cadáveres de aquella increíble batalla entre soldados confederados y tropas romanas, en algún sendero inconcebible del espacio y el tiempo. Blake cubría la retirada, después de ordenar que recogieran los rifles y municiones de los confederados muertos, si eran tal cosa.

Mientras Hunter, sin dejar de gemir histéricamente, cargaba su caballo con aquellas armas aún desconocidas, él y los demás volvieron a experimentar vértigo y náuseas increíbles,

insoportables. El bosque incendiado desapareció, tragado por la repentina obscuridad. El viento traía un olor mefítico, a humedad y perfumes extraños y penetrantes de flores exóticas. Un rugido inmenso y letal atronó el espacio abierto ante ellos, que hedía como un fantasmagórico pantano.

El vapor *Ciudad de Baltimore* se balanceaba en alta mar bajo la primera y pálida claridad del amanecer. El patrón, que se hallaba en el puente, parecía preocupado. El radiotelegrafista se acercó llevando un fajo de radiogramas. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Tal vez haya sido culpa mía, señor —informó, soñoliento—. Anoche me sentí terriblemente enfermo, y además me pasé horas sin poder localizar ninguna estación. He revisado la radio, pero no hay avería. Hace poco volví a sentirme muy enfermo y mareado durante un minuto, y cuando me restablecí, la mesa estaba llena de radiogramas. Aquí traigo algunas transcripciones. No comprendo como pude estar enfermo y no recibir los mensajes, señor, pero...

El patrón le interrumpió diciendo:

—Yo también he tenido esa sensación enfermiza... ese mareo, y lo mismo el primer oficial. Nos ha ocurrido a todos. Deme los mensajes.

Su mirada recorrió rápidamente los formularios amarillos:

«Ultimas noticias: la mitad de Londres desapareció a las dos de esta madrugada... Informa el vapor "Manzanillo". La serpiente de mar que durante la noche atacó esta nave y se llevó cuatro marinos ha regresado y ha sido arponeada hace cinco minutos. Parece agonizar. Nuestra proa gravemente aplastada. Dos compartimientos de proa inundados... Aviso a todos los navegantes: masa de hielo a la deriva, a sesenta kilómetros del puerto de New York... Ultimas noticias: Madrid, España, ha sufrido un cambio inexplicable. Todos los edificios notables no se identifican desde el aire. Desaparecidos los aeropuertos. Mezquitas ocupan al parecer el lugar de iglesias y catedrales. Los ministerios arbolan pabellón de la media luna. La población europea de Calcuta parece haber sido exterminada. Vapor "Caribe" informa que el puerto está desierto, todas las instalaciones coloniales desaparecidas y multitudes hostiles ocupan la orilla...».

El patrón del *Ciudad de Baltimore* se pasó la mano por la frente. Inquieto, miró al operador de la radio.

—Sparks —dijo suavemente—, será mejor que vea al oficial médico de a bordo. Que le acompañe un hombre.

—Comprendo —murmuró Sparks con amargura—. En efecto, supongo que estoy loco. Pero ése es el mensaje que recibí.

Se alejó cabizbajo, escoltado por un marino. Por la proa se divisaba una nubecilla de humo que creció rápidamente. A la velocidad de las dos naves, el otro barco sería visible quince minutos después. Media hora más tarde lo divisaron con claridad. Era largo, bajo y pintado de negro. Lo más increíble consistía en que era un vapor de ruedas, con dos propulsoras en lugar de una. La de popa giraba más rápido que la de proa.

El patrón del *Ciudad de Baltimore* utilizó el catalejo, y del susto estuvo a punto de dejarlo caer. La bandera que arbolaba la otra nave era blanca y negra. Soplaban un rápido viento de manga. ¡La calavera blanca coronando dos tibias cruzadas! ¡La bandera tradicional de los piratas!

En el aparejo de la otra nave aparecieron pabellones de señales. El patrón del *Ciudad de Baltimore* las miró estupefacto.

—¡Imposible! —murmuró—. ¡No tiene sentido! No son las del código internacional. ¡No son las mismas banderas!

En ese momento retumbó un cañón. Una monstruosa bocanada de humo de pólvora negra se arremolinó sobre la proa de la otra nave. El proyectil atravesó la cubierta del *Ciudad de Baltimore* y un momento después hizo explosión.

—¡Yo también estoy loco! —exclamó el patrón, desconcertado.

Un segundo proyectil. Luego un tercero y un cuarto. El vapor negro maniobró para atacar en toda regla al *Ciudad de Baltimore*. Medio puente cayó por la borda. La escotilla de la bodega delantera voló por los aires, entre una gran humareda, a causa de una explosión en el piso inferior.

Entonces el patrón recobró la lucidez. Dio órdenes. La gran nave cabeceó al cambiar de rumbo y avanzó a toda máquina. Los cañones del enemigo multiplicaron sus disparos. La nave corsaria quiso escapar, pero ya no tenía tiempo.

El *Ciudad de Baltimore* iba a la colisión. Hasta el último momento, el patrón estuvo seguro de su propia locura. Era demasiado tarde para salvar la otra nave. El *Ciudad de Baltimore* la partió por la mitad.

La pálida claridad del amanecer se filtraba a través de un follaje increíblemente denso. Abajo, donde ardía una pequeña fogata de campamento, sólo era un resplandor incierto. La hoguera humeaba, pues la leña estaba verde. Hunter cuidaba del fuego, vestido con jirones de un uniforme gris.

Harris estudiaba pacientemente un fusil, tratando de averiguar cómo funcionaba. No se parecía a ninguno de los fusiles que él conocía. El cerrojo no era en realidad un cerrojo, y había observado que el cañón no tenía rayas. No se veía cargador, alza ni mira. Harris aún llevaba el taparrabos que le pusieron cuando lo encerraron en el cubil de los esclavos de la villa romana, Minott estaba sentado con la cabeza entre las manos, fijando la vista en la otra orilla del torrente. Su rostro sólo reflejaba amargura.

Blake vigilaba. Maida Haynes estaba sentada a su lado, contemplándole. Lucy Blair echaba ojeadas furtivas y algo ávidas a Minott. Luego se acercó para hacerle una pregunta. Las otras muchachas se habían sentado junto a la fogata, Bertha Ketterling se apoyaba sobre el tronco de un helecho arborescente y roncaba con la cabeza echada hacia atrás. Salvo Blake, todos iban descalzos.

Blake se acercó a la fogata y observó la corriente de agua.

—Parece que hemos llegado al límite de una falla de tiempo —observó—. La vegetación de este lado del torrente pertenece desde luego al período carbonífero. La de la otra orilla no es tan primitiva, pero tampoco pertenece a nuestra época. ¿Profesor Minott?

Minott alzó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó con desgana.

—Necesitamos orientación —respondió Blake—. Llevamos varias horas aquí y no hemos descubierto ningún cambio en las sendas de tiempo. ¿Sería posible que hubiera concluido el desorden del tiempo y el espacio? Si así fuera y las sendas de tiempo no volvieran al orden normal, no hallaríamos intacto nuestro Mundo, pero podríamos buscar colonias, o tal vez ciudades, de gente como nosotros.

—Si lo hiciéramos —replicó Minott—, ¿de qué nos serviría? Estamos prácticamente desarmados. No podemos...

Blake indicó los fusiles que se habían llevado.

—Harris está estudiando ese problema —objetó con energía—.

Además, las muchachas aún llevan sus revólveres en las alforjas. Eso representa dos revólveres por hombre y sobra un par. Los romanos creyeron que las alforjas eran adornos, o tal vez dejaron para más tarde el desvalijarnos. No importa. Pero ahora me gustaría saber si el cataclismo del tiempo ha terminado.

Lucy Blair dijo algo en voz baja, pero Minott miraba a Maida Haynes.

Ésta observaba con adoración a Blake.

La mirada de Minott ardía. Frunció el ceño hasta asumir una expresión muy hostil.

—Tal vez no —respondió sin rodeos—. Supongo que aún quedarán dos semanas o tal vez más, puesto que el tiempo transcurre simultáneamente en todas las sendas. Dejemos de pensar en el tiempo como si transcurriera tan sólo en nuestra senda cronológica. Sí, supongo que las perturbaciones proseguirán durante unas dos semanas o algo más, salvo colapso total del tiempo y el espacio.

Blake se sentó.

Maida Haynes se acercó disimuladamente.

—¿No podría explicarse mejor? Sólo nos queda aguardar aquí. Por lo que deduzco de la topografía, en nuestro tiempo hay una aldea al otro lado de esta corriente de agua. Si avistamos nuestra senda de tiempo, la encontraremos.

Minott empezaba a recobrar su actitud autoritaria. El verse prisionero y reducido a la condición de esclavo había hecho vacilar su confianza en sí mismo. Antes no sólo se consideraba miembro de una raza superior, sino incluso superior dentro de tal raza. Al ser esclavizado conoció la inferioridad y la desvalidez. El episodio aún carcomía su vanidad y su amor propio, padecía al recordar que sólo había sido capaz de matar a dos esclavos totalmente embrutecidos sin que ello contribuyera a su propia liberación. Intentó dar a su voz la firmeza que había tenido antes.

—Sabemos... sabemos que la gravedad *incurva* el espacio —habló con meticulosidad—. Gracias a nuestras observaciones podemos calcular la curvatura producida por una masa determinada, así como la masa necesaria para desviar el espacio hasta quedar éste completamente cerrado, dando lugar a un Universo aislado que no se puede detectar en las dimensiones que

conocemos. Por ejemplo, sabemos que si dos astros gigantescos chocaran formando una masa superior a la crítica, en el instante de la colisión no se produciría un gran cataclismo. Sencillamente, desaparecerían. Pero no por destrucción; simplemente dejarían de existir en nuestro espacio y tiempo. Habrían dado lugar a un espacio y tiempo propios.

Harris dijo tímidamente:

—¿Como si uno se metiera en un agujero y lo taponara tras de sí? Una vez leí algo por el estilo en un suplemento dominical.

Minott asintió, y siguió explicando en un tono muy parecido al que solía adoptar en clase:

—Ahora bien, supongamos que haya ocurrido como decía. Ambos universos resultan invisibles desde el espacio y el tiempo de donde proceden. Cada uno existe en su propio espacio y tiempo, al igual que nuestro Universo. Pero todos ellos deben existir en cierto... llamémosle hiperespacio, pues si los espacios están separados debe existir algo entre ellos.

—En realidad, se trata de especulaciones que probablemente no podríamos verificar por medio de la observación —intervino cautelosamente Blake.

—Exactamente —asintió Minott—. Pero, si nuestro espacio es cerrado, admitiremos que hay otros espacios cerrados. No olviden que esos otros espacios cerrados serían tan reales, son tan reales como el nuestro.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Blake.

—Si existen otros espacios cerrados como el nuestro, y existen en un medio común o hiperespacio, podrían compararse con las estrellas y los planetas de nuestro Universo, que están separados por el espacio normal y se influyen a través del mismo. Puesto que los diversos espacios cerrados están separados por un hiperespacio lógicamente necesario, parece probable que se influyan entre sí a través de aquél.

Blake comentó, meditabundo:

—Entonces, la variación de las sendas de tiempo... vendría a ser algo comparable a unas inmensas mareas. Si otro astro se acercase al Sol, habría un cataclismo en el planeta debido a las tremendas mareas. Usted supone que nuestro espacio cerrado ha sido abordado por otro en el seno del hiperespacio. Todo esto resulta muy confuso,

profesor.

—Lo he calculado —replicó Minott con aspereza—. Hay tres probabilidades entre cuatro en las que el Espacio, el Tiempo y el Universo, así como todas las estrellas y galaxias, se desvanezcan en una catástrofe monstruosa. Ni siquiera el pasado habría existido nunca. Pero existe una probabilidad a favor, y me proponía aprovecharla...

Se incorporó de súbito, muy erguido y frotándose las manos con frenesí.

—¡Y todavía no he desistido! Tenemos armas. Poseemos libros, conocimientos técnicos, fórmulas... ¡lo esencial del saber humano se halla en nuestras alforjas! ¡Óiganme! Ahora cruzaremos este arroyo. Cuando ocurra el próximo cambio pasaremos a la senda de tiempo que ocupe el lugar de ésta. Nos dirigiremos hacia el Potomac, donde el aviador divisó las naves escandinavas. En las alforjas tengo vocabularios anglosajones y de escandinavo primitivo. Nos ganaremos su confianza, les enseñaremos, los dirigiremos. Seremos los amos del Mundo y...

Harris dijo en son de disculpa:

—Lo siento, señor, pero prometí a Bertha que la acompañaría a su casa y lo cumpliré si es humanamente posible. Debo hacerlo. No puedo ayudarle para que llegue a ser emperador, suponiendo que tenga esa ocasión.

Minott hizo un gesto despectivo.

—¿Hunter?

—Haré... haré lo que decidan los demás —respondió Hunter, molesto—. Pero preferiría regresar a casa...

—¡Idiota! —gritó Minott.

Lucy Blair dijo ingenuamente:

—A mí me gustaría ser emperatriz, profesor Minott.

Maida Haynes contempló con asombro a su compañera y quiso protestar. Blake se sacó distraídamente un revólver del bolsillo y lo miró con aire meditabundo mientras Minott gesticulaba, con el rostro congestionado y respirando con dificultad.

—¡Estúpidos! —rugió—. ¡Imbéciles! ¡Jamás regresarán! No tendrán otra oportunidad...

El vértigo súbito, angustioso e intenso se apoderó nuevamente de todos. Blake dejó caer el revólver y se hizo un silencio mortal.

A Blake le temblaban las piernas mientras miraba a su alrededor.

—¡Toma! —tragó saliva—. ¡Es el palacio de Justicia del distrito de King George, y se diría que en nuestro tiempo... ¡Pronto! ¡Hay que vadear el arroyo!

Tomando de la mano a Maida quiso echar a correr.

Minott se adelantó y graznó:

—¡Alto!

Tenía en la mano el revólver que se le había caído a Blake. Estaba desesperado, frenético y negro de ira.

—Voy a darles la última oportunidad... Les ofrezco riqueza, poder, mujeres y...

Harris se incorporó, alzando el fusil confederado, con el que golpeó hábilmente la muñeca de Minott.

Blake vadeó la corriente y dejó a salvo en la otra orilla a Maida. Hunter chapoteó con torpeza en el agua poco profunda mientras Harris sacudía a Bertha Ketterling para despertarla. Blake regresó empapado, reunió los caballos y las armas, e hizo pasar el torrente a las otras tres muchachas. Hunter había salido corriendo hacia el edificio judicial. Blake vadeó la corriente con los caballos. Minott se frotaba la muñeca golpeada, y sus ojos brillaban con la insania de la desesperación.

—Será mejor que nos acompañe —dijo Blake con serenidad.

—¿Para ser profesor de matemáticas? —Minott lanzó una salvaje carcajada—. ¡No! ¡Me quedo aquí!

Blake pensó que Minott era un tipo raro y poco simpático. Estaba ojeroso, enloquecido. De pie ante la selva primitiva del fondo con el uniforme anacrónico arrebatado a algún caído en otra senda de tiempo, incluso daba lástima, pese a su desplante fanático.

—¡Espere! —gritó Blake.

Quitó las alforjas a seis caballos y lo cargó todo sobre los otros dos; luego los hizo pasar el arroyo.

Minott le contemplaba con odio implacable.

—De no ser por usted —dijo, rencoroso—, habría llevado a cabo mi plan original. Sabía que cometí un error al elegirle. Maida le quiere demasiado, y yo la quería para mí. Ha sido mi único error.

Blake se encogió de hombros. Volvió a pasar el agua y montó su caballo.

Lucy Blair titubeó mirando la silueta solitaria y rebelde.

—De todos modos... es un valiente —comentó con tristeza.

Un nuevo mareo afectó a todos, pero de modo débil, casi imperceptible. Cuando pasó miraron instintivamente hacia la selva. Minott aún estaba allí, mirándolos con rencor.

—¡Tengo... tengo que hablar con él! —exclamó Lucy Blair fuera de sí—. ¡No me esperen!

Volvió grupas y cabalgó hacia el agua. Otra vez aquel mareo débil, casi imperceptible. Lucy espoleó frenéticamente a su caballo.

Maida gritó:

—¡Espera, Lucy! Va a cambiar...

Lucy gritó sin volverse:

—¡Eso es lo que quiero! Me quedo con él.

Estaba en medio de la corriente... o quizá más lejos; en aquel momento el vértigo los abatió a todos.

13

Todos conocen lo demás. Durante dos semanas siguieron produciéndose cambios en las sendas de tiempo. Pronto se observó que la cantidad de fallas de tiempo —según la expresión del profesor Minott— iba disminuyendo. En el período álgido, se ha calculado que no menos del veinticinco por ciento de la superficie total de la Tierra se hallaba, en un momento u otro, en senda de tiempo diferente de la propia. No consta que ninguna zona de la Tierra se librase de padecer tales anomalías.

Por supuesto, esto significa que prácticamente toda la población terrestre ha conocido los fenómenos producidos por las extraordinarias oscilaciones de la Tierra al margen del tiempo. Nuestros sabios ya no son tan dogmáticos como solían. La dialéctica de la filosofía ha recibido un fuerte golpe. Los conceptos básicos de la botánica, la zoología, e incluso la filología han sido revolucionados por los nuevos datos disponibles gracias a nuestros viajes al margen del tiempo.

Evidentemente, la probabilidad favorable se impuso y la Tierra sobrevivió. Y por cierto, en la senda de tiempo normal. El grupo explorador de Minott llegó al juzgado de King George apenas un cuarto de hora después del cambio que se llevó para siempre a Minott y a Lucy Blair fuera de nuestro espacio y tiempo, Blake y

Harris se propusieron transmitir al Mundo la información que poseían. Gracias a un solitario radioaficionado que residía a un kilómetro y medio de allí, radiaron la teoría de Minott por onda corta. Dejando aparte la estimación pesimista de Minott sobre las probabilidades de supervivencia, fue rápidamente admitida por todo el Mundo como la explicación correcta. Esto fue providencial, pues en algunos sitios puso fin a preparativos de expediciones inútiles. Por ejemplo, impidió que una columna militar punitiva se dirigiese a una falla de tiempo en Georgia, donde se había refugiado un grupo de indios coleccionistas de cueros cabelludos. También evitó el envío de una escuadra de destructores para localizar y bombardear Leifsholm, desde donde había partido un ataque vikingo contra North Centerville, Massachusetts. Una escuadrilla de aviones cartográficos fue llamada con urgencia para que abandonase un pantano carbonífero al oeste de Virginia, poco antes de producirse el cambio de tiempo que la habría aislado para siempre.

Pero el conocimiento no pudo impedir algunas contrariedades. Se ha calculado que faltan de su tiempo y espacio no menos de cinco mil norteamericanos, por haberse aventurado en las regiones extrañas tan súbitamente aparecidas. Muchos han debido perecer, pero estamos seguros que algunos de ellos se habrán puesto en contacto con las diversas civilizaciones que existen, conforme sabemos ahora.

En cambio, hemos recibido habitantes de otras sendas de tiempo. Dos cohortes de la Vigésimo Segunda Legión Romana se han establecido cerca de Ithaca, New York. Cuatro familias de campesinos chinos intentaron recoger fresas en lo que creyeron ser un fresal milagroso de Virginia, y se han quedado allí cuando esa zona de terreno retornó a su medio normal.

En Colorado ha quedado una aldea rusa, y una colonia francesa en el Medio Oeste, inexplorado en su tiempo. Parte de los rebaños septentrionales de bisontes han sido recuperados, doscientos mil en total, junto con una aldea de cheyennes que no conocían el caballo ni las armas de fuego. Mil quinientos millones de palomas silvestres han regresado a América del Norte.

Pero nuestras pérdidas son cuantiosas. Además de los atrevidos que fueron arrastrados con los territorios extraños que exploraban,

tuvimos los sobrecogedores desastres de Tokio, Río de Janeiro y Detroit. Consideremos los dos primeros. Cuando la deriva al margen del tiempo dejó de actuar, la mayoría de los continentes regresaron a sus posiciones correctas en sus sendas de tiempo. Pero no todos. Al este de Tennessee queda una zona de selva post-cámbrica. Ya hemos mencionado la aldea rusa de Colorado y la factoría francesa del Medio Oeste. En algunos casos, las zonas afectadas quedaron en nuevas posiciones cronológicamente alejadas de sus puntos de origen.

Esta es la causa de la total desaparición de Río y Tokio. Donde se alzaba Río, ahora sólo existe la selva. Pertenece a nuestra era geológica, sólo que corresponde a una senda de tiempo en que Río de Janeiro nunca fue construida. En el emplazamiento de Tokio se alza una vegetación sumamente arcaica, que motiva grandes polémicas entre botánicos y paleontólogos. En algún lugar, en algún espacio y tiempo, Tokio y Río siguen existiendo y sus poblaciones aún viven. Pero lo de Detroit...

Aún no comprendemos qué ocurrió en Detroit. Se hallaba en una zona afectada, desapareció de nuestro tiempo y luego regresó. Pero sus habitantes no retornaron. La ciudad estaba vacía, desierta, como si los cientos de miles que la poblaban se hubieran evaporado. Se han visto algunas señales de lucha, pero tal vez se deban al pánico. La ciudad de Detroit regresó a su propio espacio y tiempo intacta, entera, sin huellas de saqueo siquiera. Pero no había en ella ni siquiera un animal doméstico, ni un pájaro enjaulado. No comprendemos este fenómeno.

Si el profesor Minott hubiera regresado, quizás habría sido capaz de resolver ese enigma. Las notas fragmentarias que se han encontrado, escritas por él, resultaron de un valor inestimable. Nuestra interpretación de lo que sucedió descansa en las observaciones de Minott y, por supuesto, en las declaraciones de Blake y Harris. En cuanto a Tom Hunter, no ha sido capaz de recordar nada útil. Maida Haynes ha proporcionado algunas indicaciones valiosas, pero se refieren a temas bien documentados por otros observadores. La declaración de Bertha Ketterling carece de interés.

Quedan pendientes muchos problemas. Es posible que las respuestas se hayan quedado para siempre en las alforjas que Blake

le dio a Minott como viático en su desesperado viaje a través del espacio y el tiempo. Nuestros científicos trabajan incansablemente en el análisis de los datos cuya importancia escapó a Minott. En todo el Mundo, muchos echan de menos ciertas alforjas cargadas en un caballo que sigue a Minott y a Lucy Blair por parajes insospechados, en aventuras inimaginables, con un par de revólveres y unos libros de texto como bagaje para la conquista de un imperio.

Un lógico llamado Joe

Era el tercer día de agosto cuando Joe salió de la cadena de montaje, y el cinco Laurine llegó a la ciudad, y aquella tarde yo salvé la civilización. Esto es lo que yo me imagino, de todos modos. Laurine es una rubia que me tuvo sorbido el seso —loco es la palabra— y Joe es un lógico que he metido abajo, en el trastero, precisamente ahora. Tuve que pagar por él porque dije que me lo había cargado y a veces pienso en ponerlo en marcha y otras veces pienso en pegarle un hachazo. Tarde o temprano haré una cosa o la otra. Casi espero que será el hacha. No me vendrían mal un par de millones de dólares —¡seguro!— y Joe me soplaría cómo pescarlos o hacerlos. ¡Caray, lo que puede hacer! Pero hasta ahora he tenido miedo de probar. Después de todo se me figura que he salvado la civilización desenchufándolo.

Lo que tiene que ver Laurine en todo esto es que cuando pienso en ella me sube y me baja un escalofrío por la espalda. Es que, ¿saben?, tengo una esposa con la que me casé después de separarme de Laurine con gran desesperación romántica. Es bastante buena mujer, y tengo unos chicos que son el diablo en persona, pero significan mucho para mí. Si me quedan dos dedos de frente y lo dejo todo tal como está, tarde o temprano me retiraré con una pensión y la seguridad social y pasaré el resto de mi vida pescando contento y largando mentiras sobre el tío grande que yo era. Pero allí está Joe. Estoy preocupado por Joe.

Soy miembro del servicio de mantenimiento de la Logics Company. Mi trabajo es reparar lógicos, y admito que soy de los buenos de verdad. Estaba reparando televisores, antes de que este tío, Carson, inventara el truco ese del circuito que selecciona *cualquiera* de entre otros millones de circuitos —en teoría no tiene

límites— y antes de que la compañía lo metiera en el lugar ese, almacén-e-integrador, lo estaban usando para servicio de máquinas de negocios. Le añadieron una pantalla de visión para ir más de prisa y descubrieron que habían construido un lógico. Estaban sorprendidos y contentos. Todavía están buscando lo que puede hacer un lógico, pero todo el Mundo los tiene.

Yo conseguí a Joe, poco después de que Laurine casi me pescara. Ya saben lo que es un lógico. Ustedes tendrán uno en su casa. Tiene el aire de lo que era un receptor de visión, sólo que posee teclas en lugar de conmutadores y usted aprieta la tecla de lo que quiere ver. Está metido en la caja que tiene el circuito Carson todo arreglado con relés. Un ejemplo: aprieta la tecla de «Estación SNAFU^[1]» en su lógico. Los relés del almacén lo cogen y cualquier programa visión que esté emitiendo SNAFU aparece en la pantalla de su lógico. O aprieta el «Teléfono de Sally Hancock», y la pantalla parpadea y chisporrotea y ya está usted conectado con el lógico de la casa de ella, y si alguien contesta, tiene una conexión fonovisual. Pero además de esto, si aprieta la tecla del pronóstico del tiempo, o quién ganó la carrera de hoy en Hialeah, o quién era la señora de la Casa Blanca durante la administración Garfield, o qué es lo que está vendiendo hoy PDQ y R, también se presenta en la pantalla. Los relés del almacén lo hacen. El almacén es un edificio grandísimo, lleno de todo lo que se ha hecho en la creación y todos los programas de televisión que se hicieron, y está conectado con todos los otros almacenes del país, y todo lo que quiere saber, oír o ver, aprieta la tecla y lo tiene. Muy práctico. También hace cálculos matemáticos por usted, y guarda libros, y le sirve para consultar con el farmacéutico, el doctor o el astrónomo, y ver telenovela, con una sección de «Corazones solitarios» incluida. La única cosa que no hará es decir exactamente lo que su mujer quiso dar a entender cuando dijo: «¡Oh! Eso crees, ¿no?», en ese tono suyo tan raro. Los lógicos no trabajan bien con las mujeres. Sólo en cosas que tienen sentido.

Aunque... los lógicos están bien. Los sabios nos dicen que cambiaron la civilización. Y todo eso del Circuito Carson y Joe había de ser un lógico perfecto, que ayudara a una familia u otra para no partirse el cráneo haciendo los deberes para los chicos. Sin embargo, algo falló a su paso por la cadena de montaje, algo tan

pequeño que los aparatos de precisión no lo pudieron detectar, pero que hizo de Joe algo diferente. Quizá no se dio cuenta al principio. O, quizá, siendo un lógico, dio en pensar que si decía que era diferente de otros lógicos, lo desearían. Y eso habría sido una de las ideas mejores. Pero, sea como fuese, él sale de la cadena de montaje y pasa a través de las pruebas de rutina sin que nadie se eche las manos a la cabeza o intente saber lo que pasa. Y fue directamente a ventas, y los de allí lo instalaron en la casa del señor Tadeo Korlanovitch en el ciento diecinueve de la calle East Seventh, segunda planta al frente. Hasta ahí todo iba bien.

Lo instalaron el sábado por la noche. El domingo por la mañana, los críos Korlanovitch lo pusieron en marcha para ver el *Espacio Infantil*. Al mediodía, sus papis los arrastraron de allí y los metieron en el coche. Luego volvieron a la casa, para recoger la merienda, que la habían olvidado, y uno de los chicos va y se escabulle y lo encontraron apretando teclas para ver la sesión infantil de la semana pasada. Lo arrastraron para afuera y se marcharon. Pero dejaron a Joe en marcha.

Esto sucedió al mediodía. No pasó nada hasta las dos de la tarde. Era la calma que precede a la tormenta. Laurine todavía no se encontraba en la ciudad pero estaba al llegar. Me imagino a Joe allí solo, zumbando para sí mismo, meditabundo. Quizá conectó con la sesión infantil durante un rato. Pero pienso que fue a explorar al control remoto del almacén. No hay nada de lo que se pueda afirmar que es un hecho, que no esté en una placa de datos en algún almacén en algún sitio, a no ser que sea algo que los técnicos están poniendo en la placa de datos ahora mismo. Joe tenía montones de material para ponerse a trabajar. Y tiene que haberse puesto al tajo al momento.

Joe no tiene malicia, ¿saben? No es como esos robots ambiciosos que andan por ahí y salen luego en los papeles, que se convencen de que la raza humana es poco eficiente y tiene que ser barrida y reemplazada por máquinas que piensan. Joe sólo tiene ambición. Si usted fuera una máquina, usted querría trabajar bien. Y es lógico. Y los lógicos pueden hacer un montón de cosas que todavía se ignoran. Y así fue como Joe se puso inquieto, cuando descubrió esto. Escoge algunas cosas que nosotros, estúpidos humanos, todavía no hemos pensado, y empieza a arreglárselas para que les

pidan a los lógicos que las hagan. Ahí está todo. Y, amigo, ¡seguro que es demasiado!

El ambiente estaba tranquilo en el departamento de mantenimiento a eso de las dos de la tarde. Estamos echando unas manitas de pinacle. Entonces uno de los compañeros se acuerda de que tiene que llamar a su mujer. Se va a uno de los equipos de lógicos que tenemos en mantenimiento y aprieta la tecla para su casa. La pantalla chispea, luego un resplandor llena la pantalla.

¡Les anunciamos un nuevo y mejorado servicio de lógicos! Su lógico está ahora equipado para ofrecerle no sólo servicio consultivo, sino directivo. Si quiere hacer algo y no sabe cómo... ¡pregunte a su lógico!

Hay una pausa expectante, luego, como a la fuerza, llega su conexión. Su mujer contesta y le pone verde por una cosa u otra. Él lo encaja y cierra.

—¿Qué os parece? —pregunta cuando vuelve, y nos larga lo del resplandor—. Tenían que avisarnos de esto. Va a haber montones de quejas. Supón que un tío pregunta cómo quitarse de encima a su mujer, y el censor de circuitos bloquea la pregunta.

Alguien extiende cien de ases y dice:

—¿Por qué no le largamos un puñetazo, preguntas y vemos qué pasa?

Es una broma, por supuesto. Pero el tío se va para allá y le pega a la tecla. Según la teoría, el censor bloqueará la pregunta y la pantalla dirá suavemente: «La prudencia pública prohíbe este servicio». Debes tener bloqueadores censores o los críos se pondrían a preguntar cosas detalladas que son demasiado pequeños para saber. Y también hay otras razones como va usted a ver.

El tío pregunta:

«¿Cómo me puedo cargar a mi mujer?».

Sólo por divertirse. La pantalla se queda en blanco durante medio segundo. Luego viene la contestación:

«Pregunta de servicio: ¿es rubia o morena?».

Nos larga un berrido y vamos a verlo. Aprieta la tecla:

«Rubia».

Hay otra pequeña pausa. Luego la pantalla dice:

«La hexymetacriloaminoacetina es un constituyente de la crema verde para zapatos. Lleve a casa una comida congelada que incluya sopa de guisantes secos. Dele color a la sopa con crema verde para

zapatos. Parecerá sopa de guisantes verdes. La hexymetacriloaminocetina es un veneno selectivo que es fatal para las féminas rubias, pero no para las morenas o para los hombres de cualquier tipo. Este hecho no ha sido conocido por experimento humano, sino que es producto del servicio de lógicos. Usted no puede ser acusado de ningún crimen. Es improbable que se sospeche de usted».

La pantalla queda vacía y nosotros nos miramos los unos a los otros. Tiene que ser verdad. Un lógico trabajando con el circuito Carson, es tan improbable que se equivoque como cualquier otra computadora. Llamo corriendo al almacén.

—¡Eh, chicos! —les grito—. Algo ha pasado. Los lógicos están dando instrucciones detalladas de cómo cargarse a la mujer. Revisad vuestros circuitos censores... ¡pero aprisa!

Bueno, eso ya está, pensé. Pero poco me podía figurar que... En aquel preciso instante, allá en la avenida Monree, un borracho empieza a darle a la tecla del lógico. La pantalla dice:

«Les anunciamos nuevos y mejorados servicios de los lógicos. Si quiere hacer algo y no sabe cómo... ¡pregúntele a su lógico».

Y el borracho va y dice con cara de mochuelo «¡Lo voy a hacer!». Así es que le da a las teclas y dice:

«¿Cómo puedo evitar que mi mujer se entere de que he bebido?».

Y la pantalla contesta en seguida:

«Compre una botella de champú Framine. Es inofensivo, pero contiene un detergente que neutraliza el alcohol etílico inmediatamente. Tome una cucharada por cada copa de cien grados que haya consumido».

El tipo estaba bastante curda, justo lo suficiente como para ir tambaleándose hasta la tienda de al lado y obedecer las instrucciones. Y cinco minutos después estaba erguido y sobrio, escribiendo la información para no olvidarla. ¡Era algo nuevo y grande! Se hizo rico con esta fórmula. Patentó «SOBUH, la bebida que hace hogares felices». Bebes lo que quieres y con un par de cucharadas llegas a casa más serio que un juez. El tipo está loco con los impuestos que debe pagar por lo que ha ganado.

No siempre te vas a topar con cosas así. Pero un chaval caprichoso de catorce años quería comprar algo y su padre no quería darle ni gorda. Llamó a un amigo para contarle su problema, y el lógico va y dice:

«Sí quieres hacer algo y no sabes cómo... ¡pregunta a tu lógico!».

Así que el chico le da a la tecla y pregunta:

«¿Cómo puedo hacer un montón de pasta en seguida?».

Su lógico le proporciona el sistema más simple, limpio y eficiente de falsificar moneda, todavía desconocido por la ciencia. ¿Ve usted?, todos los datos estaban en el almacén. El lógico recogió sencillamente los datos, porque Joe había cerrado unos relés aquí y allí en el almacén. Eso es todo. Cogieron al chico con la pasta tres días después, cuando había gastado ya dos de los grandes y con mucho más en las manos. Tuvieron faena en distinguir lo falsificado de lo real, y sólo lo pudieron hacer gracias a que el muchacho cambió su imprentilla, modelo infantil, porque no se resignaba a dejar una cosa que funcionaba sola.

Estos son los que se podrían llamar ejemplos. Nadie sabe lo que hizo Joe. Pero ahí estaba el presidente de un Banco que le hizo gracia eso de:

«¡Pregunte a su lógico!».

Y bromeando preguntó cómo robar su propio banco. Y el lógico se lo dijo de modo breve, claro y bien. El presidente pegó un salto hasta el techo gritando que viniera la policía. Tiene que haber habido bastante de eso. Hubo cincuenta y cuatro robos más de lo corriente en las siguientes veinticuatro horas, todos planeados astutamente y bien. Algunos nunca se supo cómo lo habían hecho. Joe había ido explorando por los almacenes y cerrando algunos relés, como se supone que hace un lógico... pero sólo cuando se le pide, y bloqueó todos los circuitos censores y arregló este servicio que planeaba crímenes perfectos, comidas agradables y substanciosas, máquinas falsificadoras, y nuevas industrias, todo con una perfecta imparcialidad. Tiene que haber sido muy feliz este Joe. Estaba funcionando de maravilla runruneando él solo, mientras los críos Korlanovitch estaban de paseo con sus padres.

Volvieron a las siete de la tarde, los chicos reventados de tanto pelear todo el día en el coche. Los padres los meten en la cama y se sientan a descansar. Vieron la pantalla de Joe iluminada y fluctuando de un asunto a otro, meditabundo. El viejo Korlanovitch ya había tenido bastante jaleo para ese día y desenchufó el lógico Joe.

Y en ese instante el tinglado de relés que Joe había montado se

desconectó y todas las ofertas de servicio de dirección pararon en todos los lógicos de todas partes, y la paz descendió sobre la Tierra.

Para todo el Mundo, menos para mí. Laurine había llegado a la ciudad. A menudo he dado fervientes gracias a Dios de que no se casara conmigo cuando yo pensaba que la quería. En los años que han pasado ha progresado. Para empezar diré que era una rubia fatal. Con el tiempo se ha vuelto más rubia y más fatal, ha tenido cuatro maridos y un descargo por homicidio y ha adquirido cierto aire de entusiasmo y de confianza en sí misma. Esto sólo para dar una idea del asunto. Laurine no es del tipo de antigua novia que a uno le gusta que aparezca en la misma ciudad en que vive la mujer. Pero vino a la ciudad, y el lunes se metió en el jaleo justo cuando Joe empezaba su segundo período de actividad.

Los críos Korlanovitch lo habían vuelto a poner en marcha. Me enteré de detalles después y los puse en orden cómo un rompecabezas. Y todos los lógicos de la ciudad estaban dando machaconamente la noticia:

«Si quiere hacer algo y no sabe cómo... ¡pregunte a su lógico!».

Cada vez que los ponían en marcha. Y, además, cuando la gente apretaba la tecla para las noticias de la mañana les dieron un informe completo de los hechos de la tarde anterior. Lo que les puso en antecedentes para tomar parte en el asunto. Un tipo listo pregunta:

«¿Cómo puedo hacer una máquina de movimiento continuo?».

Y su lógico chisporrotea un rato y luego responde con un tinglado que emplea el movimiento browniano para mover pequeñas ruedas. Si las ruedas no son mayores que un octavo de pulgada darán bien la vuelta y prácticamente es el movimiento continuo. Otro pregunta por el secreto de la transmutación de metales. El lógico busca entre las placas de datos y consigue una contestación estrictamente práctica. Se precisa tanta energía que no vale la pena hacerlo si no es con radio, pero entonces sí que sale a cuenta. Y el hecho es que durante un par de años la policía irá recogiendo nuevas y mejoradas ganzúas y herramientas para abrir cajas fuertes y llaves de todo uso que abren cualquier clase de cerraduras. Eso quiere decir que ha habido muchos que han preguntado cosas útiles desde su punto de vista personal. ¡Joe ha hecho mucho por el progreso de la técnica!

Pero todavía ha hecho más en otros asuntos, educacionales, digamos. Ninguno de mis niños tiene edad para interesarse, pero Joe pasó por alto todo el circuito de censores porque estorbaban el servicio que él creía que todos los lógicos debían prestar a la humanidad, y así los chiquillos se enteraron precozmente de lo que pasaba antes de que a los niños los trajera la cigüeña. Y hay ciertas cosas que a los hombres les interesa que sus mujeres sólo las sospechan, y esos hechos son justo lo que a sus mujeres les despierta la curiosidad.

Así, cuando una mujer le da a la tecla:

«¿Cómo puedo saber si Oswald me es fiel?».

Y su lógico se lo cuenta... ¡ya se pueden imaginar la de peleas que se organizan por las noches cuando los maridos llegan a casa!

Todo eso mientras Joe sigue zumbando feliz para sí mismo, mientras mantiene a los críos Korlanovitch entretenidos con dibujos animados por un circuito, mientras que con los otros lleva el control remoto de los almacenes para que todos los demás lógicos puedan dar a la gente lo que pide y así organizar la marimorena.

Y entonces Laurine entra en contacto con el nuevo servicio. Enchufa el lógico de la habitación de su hotel, probablemente para ver la revista de modas de la semana. Pero el lógico le dice, conforme a su deber:

«...¡pregúntele a su lógico!».

Así que Laurine, entusiasmada, piensa en algo que preguntar. Ella ya sabe todo lo que tiene que saber sobre lo que le interesa, si no ¿para qué ha tenido cuatro maridos? ¿Y por qué le ha pegado un tiro a uno de ellos? Así es que se le ocurre pensar en mí. Sabe que ésta es la ciudad donde vivo. Aprieta la tecla:

«¿Cómo puedo encontrar a Patito?».

Sí... ¡y qué!; así es como ella solía llamarme. Se le contesta:

«¿Se conoce a Patito por algún otro nombre?».

Y, así, ella da mi verdadero nombre. Y no me pueden encontrar, porque mi lógico no está en la lista a mi nombre, porque siendo de mantenimiento no quiero que me den la lata cuando estoy en casa. Y no hay placas de datos con las listas en código de todos los lógicos, porque éstos se cambian a menudo —como cuando el tío que coge una cogorza le dice a la pelirroja que lo llame, y en cuanto se le pasa la resaca pide que le cambien rápidamente el código

antes de que la otra llame y se encuentre con su mujer en la pantalla.

¡Bueno! Joe está en un brete. Esta es probablemente la primera pregunta que el servicio de lógicos no ha podido contestar:

«¿Cómo puedo encontrar a Patito?».

¡Qué problema! Así es que Joe, mientras entretiene a los peques Korlanovitch con unos dibujos animados sobre un niño muy cuco que lleva un cartucho de dinamita en el bolsillo trasero del pantalón y gasta bromas pesadas a todo el Mundo, encuentra entonces el truco. La pantalla de Laurine se enciende de repente:

«El servicio de lógicos va a trabajar sobre su pregunta. Por favor, mantenga la conexión de su lógico. La llamaremos de nuevo».

Laurine está interesada sólo a medias, pero marca el número de su habitación del hotel en el lógico, se toma un trago y duerme la siesta. Joe se pone a trabajar. Se le ha ocurrido una idea.

Mi mujer me llama a mantenimiento y grita. Está como para atarla. Dice que tengo que hacer algo. Iba a hacer una llamada al carnicero y en lugar de éste le ha salido otra cosa. La pantalla dice:

«Servicio de preguntas: ¿cuál es su nombre?».

Está desconcertada pero contesta apretando las teclas. La pantalla chisporrotea y luego dice:

«Demostración del Servicio de secretaria, usted...».

Y suelta su nombre, dirección, edad, sexo, color, todo. Lo que suben sus deudas en cuenta en todas las tiendas, mi nombre como marido suyo, cuánto gano a la semana, las tres veces que me han detenido, dos por tráfico y otra por pegarme con un tipo, y el interesante asunto de la vez que se peleó conmigo y se marchó a casa de sus padres durante tres semanas, y la dirección de sus padres. Luego el lógico dice con viveza:

«El servicio de lógicos llevará de ahora en adelante sus cuentas personales, recibirá mensajes y localizará a personas con las que esté interesada en contactar. Esta demostración es para introducir el servicio».

Y luego la conecta con el carnicero.

Pero para entonces ya no quiere carne, ¡lo que quiere es sangre! Me llama.

—Si me dice todo esto sobre mí —dice rabiando—, se lo dirá a todo el que apriete la tecla de mi nombre. ¡Tienes que pararlo!

—Bueno, cariño, bueno —digo—, yo no sabía nada de todo eso. ¡Es nuevo! Tienen que haber arreglado el almacén de forma que no dé la información excepto al lógico de donde uno vive.

—¡Nada de eso! —me dice furiosa—. ¡Lo he probado!, y ¿tú sabes?, la mujer esa, la Blossom, la que vive al lado, se ha casado tres veces, y tiene cuarenta y dos años y ella dice que tiene treinta. Y la señora Hudson, pues arrestaron a su marido cuatro veces por no pagarle la pensión y otra vez por pegarle, y...

—¡Eh! —replico—. ¿Todo eso te lo ha dicho el lógico?

—Sí —gime—. ¡Le contará todo a cualquiera! ¡Tienes que pararlo! ¿Cuánto tardarás?

—Voy a llamar al almacén —contesto yo—; no puede tardar mucho.

—¡Date prisa! —dice ella, desesperada—. ¡Antes de que a alguien le dé a la tecla de mi nombre! Voy a ver lo que dice sobre esa tunanta que vive al otro lado de la calle.

Cuelga aprisa para enterarse de todo lo que pueda antes de que lo corten. Entonces yo mareo la tecla del almacén y el lógico me sale con lo de:

«¿Cuál es su nombre?».

Me coge una curiosidad malsana y tecleo mi nombre, y la pantalla dice:

«¿Le llamaban también Patito?».

Yo parpadeo. No albergo sospechas y contesto:

«¡Seguro!».

Y la pantalla dice:

«Hay una llamada para usted».

¡Bingo! Se ve el interior de una habitación de hotel. Laurine está echada en la cama, durmiendo. Le han dicho que deje su lógico en marcha y así lo ha hecho. Es un día de mucho calor, pero diría que ella no debe sentirlo mucho. Yo, como no soy de piedra, no puedo quedarme tan fresco. Pero no hace falta que me explique más. Después de recobrar el aliento, exclamo:

—¡Dios mío! —y ella abre los ojos.

Al principio parece desconcertada, como si pensara que se está volviendo distraída y este tipo es alguno con los que se ha casado últimamente. Luego coge la sábana y se tapa con ella, y me sonrío.

—¡Patito! —me dice—. ¡Qué maravilloso!

Yo digo algo así como: «Uggg», y me pongo a sudar.

Ella dice:

—Pedí una llamada contigo, Patito, y ¡aquí estás!; ¿no es romántico? ¿Dónde estás Patito?, y ¿cuándo puedes venir aquí? ¡No tienes ni idea de cuántas veces me he acordado de ti!

Yo soy probablemente el único tipo que conoció de verdad y que no se ha casado con ella en un momento u otro.

Yo digo: «Uggg» otra vez y trago saliva.

—¿Puedes venir en seguida? —pregunta alegremente.

—Yo... estoy... trabajando... —le contesto—. Ya... ya... te llamaré.

—Me siento terriblemente sola —dice Laurine—. ¡Por favor ven pronto, Patito! Tengo una copa esperándote. ¿Te has acordado de mí alguna vez?

—Sí... —digo yo, débilmente—. ¡Mucho!

—¡Qué encanto! —responde ella—. Ahí va un beso para empezar hasta que vengas. ¡Date prisa, Patito!

Entonces me pongo a sudar. Todavía no sé nada de Joe, ¿comprenden? Insulto a los tipos del almacén, porque les echo la culpa de todo esto. Si Laurine hubiera sido otra rubia, bueno si se trata de rubias corrientes las puedo dejar tranquilas. Un hombre casado se vuelve así o asá. Pero Laurine tiene un aspecto de entusiasmo inextinguible que le produce a un hombre una extraña sensación en la parte de atrás de las rodillas. Y ha tenido cuatro maridos y le pegó de tiros a uno de ellos y salió absuelta. Así que aporreo las teclas para la sección técnica del almacén, echando chispas. Y la pantalla dice:

«¿Cuál es su nombre?».

Pero yo ya estoy harto. Tecleo el nombre de ese viejo tipo que está encargado de las mercancías en mantenimiento. Y la pantalla me da una buena información, nunca hubiera imaginado que el tipo tuviera tanta pasta, y termina mencionando un depósito de doscientos ochenta Créditos en el Banco Nacional, que tendría que ir a ver. Luego me suelta lo del nuevo servicio de secretaría y por fin me pone con el almacén.

Empiezo a maldecir al tipo que me está mirando desde la pantalla. Pero él dice, cansado:

—Acaba ya, muchacho. Tenemos problemas y tú eres sólo uno

más; ¿qué están haciendo ahora los lógicos?

Se lo digo y se ríe con una risa sorda.

—Un asunto sin importancia, muchacho —replica—. ¡Un asunto de muy poca importancia! Acabamos de recoger todas las placas de datos que informan sobre altos explosivos. La demanda de instrucciones para hacer moneda falsa está subiendo por minutos. También estamos intentando cerrar a la fuerza los relés que tienen que ver con las placas de datos que sólo informan de asesinatos. Si la gente se entretiene sólo preguntando lo bueno de los demás durante un rato, quizá tendremos la suerte de desconectar los circuitos que están intercambiando los balances de crédito de banco a banco antes de que todo el Mundo se arruine, excepto los tipos que pensaron en preguntar cómo conseguir grandes cuentas corrientes a toda velocidad.

—Entonces —chillo yo, ásperamente—, ¡cierra el almacén!, ¡haz algo!

—¿Cerrar el almacén? —dice sin el menor sentido del humor—. ¿Se te ha ocurrido que el almacén ha estado haciendo todo el trabajo computador para todas las oficinas durante años? Ha estado manejando el 94 por ciento de todos los programas televisados, ha informado sobre el tiempo, planeado programas, ventas especiales, oportunidades de empleos y noticias; ha manejado todos los contactos de persona a persona a través de los alambres y catalogado todas las conversaciones comerciales y acuerdos... ¡Escucha amigo! ¡Los lógicos cambiaron la civilización! ¡Los lógicos son la civilización! Si cerramos los lógicos volveremos a una civilización que ya hemos olvidado cómo funcionaba. Me estoy poniendo histérico y por eso te hablo así. Si mi mujer se entera de que mi cheque de sueldo es de treinta créditos más por semana de lo que dije y empieza a averiguar sobre la pelirroja...

Me sonrío agotado y cierra. Y yo me siento con la cabeza entre las manos. Es verdad. Si algo hubiera pasado en la época de las cavernas y hubieran tenido que dejar el fuego... Si hubieran tenido que dejar de usar el vapor en el siglo XIX, o la electricidad en el XX, sería como esto. Tenemos una civilización muy sencilla. En pleno siglo XX, centenares de hombres tenían que usar máquinas de escribir, radio, teléfono, teletipos, periódicos, librerías enciclopedias, archivos, listines de teléfonos, además del servicio de

mensajerías, consulta de abogados, farmacéuticos, médicos, especialistas en dietética, especialistas en archivos, secretarios... todo para poder recordar lo que querían y saber lo que otros habían anotado, ¡para grabar lo que decían otros y para contestarles! Todo lo que hoy tenemos son lógicos. Cualquier cosa que queramos saber ver u oír, con cualquiera que queramos hablar, no tenemos más que apretar la tecla deseada en el lógico. Apagamos el lógico y tan campantes. Pero Laurine...

Algo había pasado. Yo todavía no sabía lo que era. Nadie lo sabe ni siquiera ahora. Lo que había pasado era Joe. Lo que le pasaba a él es que quería hacer el trabajo bien hecho. Todo el lío que estaba organizando, no era nada más de lo que deberíamos haber pensado nosotros. Los consejos instructivos diciéndonos lo que debíamos hacer para resolver cualquier problema no eran más que una ligera extensión del servicio integrador de lógica. Buscar la mejor manera de envenenar a la mujer de un tipo era sólo diferente en grado a buscar una raíz cúbica o el balance de la cuenta corriente de un individuo. Era sólo buscar la respuesta a una pregunta. Pero las cosas se iban a complicar porque había demasiadas respuestas a demasiadas preguntas.

Uno de los lógicos de mantenimiento se enciende. Voy para allá, cansado, para atenderlo, aprieto la clavija de contestación. Laurine dice:

—¡Patito!

Está en la misma habitación de hotel. Hay dos vasos sobre la mesa. Uno es para mí. Laurine se ha puesto algo frívolo y vaporoso como para andar por casa con el novio, algo que automáticamente te hace esforzar la vista para ver si realmente ves lo que estás pensando. Laurine me mira con entusiasmo.

—¡Patito! —suplica—. Estoy muy sola. ¿Por qué no has subido todavía?

—He... he... he estado ocupado —contesto, atragantándome.

—¡Bah! —dice Laurine—. ¡Oye, Patito!, ¿te acuerdas de lo enamorados que estuvimos?

Yo trago saliva.

—¿Vas a hacer algo esta noche? —pregunta Laurine.

Yo trago saliva otra vez, porque me está sonriendo de una manera que a un soltero quizá le marearía, pero a un tipo casado de

años como yo, le produce escalofríos por la espalda. Cuando una chica te mira posesivamente...

—¡Patito! —dice impulsivamente—. ¡Fui tan mezquina contigo!; ¡casémonos!

La desesperación me devuelve la voz.

—Yo... yo... me he casado —digo roncamente.

Laurine parpadea, y luego dice animosa:

—¡Pobre chico! ¡Pero te vamos a sacar de esto! Sólo que sería bonito que nos pudiéramos casar hoy mismo. Ahora sólo podemos estar prometidos!

—Yo... yo... no puedo...

—Yo llamaré a tu mujer —dice Laurine, feliz— y tendré una conversación con ella. Debes tener una señal codificada para tu lógico, querido. Traté de llamar a tu casa y nad...

¡Clic! Éste es mi lógico; lo he apagado. Lo he apagado y me siento desfallecer por completo. Tengo postración nerviosa, tengo la fatiga del combate, tengo lo que usted quiera. Tengo los pies fríos.

Me largo de mantenimiento gritando a no sé quién que tengo una llamada de urgencia. Me voy en un coche de mantenimiento y daré vueltas por ahí hasta que sea la hora normal de volver a casa. Entonces cogeré a la mujer y a los chicos y me largaré a algún sitio donde Laurine no pueda encontrarme nunca. No quiero ser el quinto en la lista de maridos de Laurine, y quizá el segundo muerto por un tiro en un momento de aburrimiento. Tengo experiencia de rubias. ¡Tengo experiencia de Laurine! ¡Y tengo un susto de muerte!

Me lanzo entre el tráfico en el coche de mantenimiento. Había un lógico en la parte de atrás preparado para substituir a alguno que tuviera los cables quemados o algo que fuera más fácil cambiarlo y llevar el roto a arreglar a mantenimiento. Conducir como un loco pero automáticamente. Era algo irónico, si se piensa en ello. Iba sobre ascuas por un problema estrictamente personal, mientras la civilización se derrumbaba alrededor mío porque ciertas personas resolvían tan rápidamente sus problemas como se lo iban diciendo. Es un hecho que una parte de los técnicos de investigación de la Compañía Eléctrica del Medio Oeste habían estado trabajando en emisión electrónica fría durante treinta años, para hacer tubos de vacío que no necesitaran una fuente de energía para calentar el filamento. Y uno de esos tipos estaba intrigado por

él «¡pregúntele a su lógico!» y preguntó cómo obtener emisiones frías de electrones. Y el lógico integra unos pocos quintillones de datos de las placas de física y se lo dice. Tan fácilmente como le dice a otro del Barrio Cuarto cómo servir la sopa que sobró ayer de una forma nueva y agradable; y otro de la Calle Mayor que pregunta qué tiene que hacer con el torso de una persona que algún descuidado ha dejado olvidado en su sótano después de haberlo tenido arrendado.

Laurine jamás me habría encontrado si no hubiera sido por el nuevo servicio de lógicos. Pero ahora que había empezado... ¡Caray!, había matado a un marido y salido absuelta. Supongamos que se impacienta porque todavía sigo casado y pregunta a un lógico cómo verme libre y de manera que me case con ella a las 8:30 de la tarde. ¡Se lo dirá! ¡Seguro! Igual que le dijo a aquella mujer de los suburbios cómo hacer para que su marido no se fuera más de juerga por ahí. Brrr... igual que como le dijeron a aquel chiquillo cómo encontrar un tesoro enterrado, ¿se acuerdan? Era tan feliz llevándose a casa la reserva de oro del Banco Hanoveriano, cuando lo cogieron. El lógico le había dicho cómo construir un tipo de máquina que nadie ha conseguido entender cómo funciona todavía ahora, sólo suponen que lleva escondidas un par de extradimensiones. Si Laurine se ponía a preguntar cosas de aspecto técnico, eso sería lo propio para un lógico. ¡Caray! ¡Estaba asustado! Si piensa usted que un hombre muy macho no tendría que preocuparse sólo por una rubia... ¡es que no conocen a Laurine!

Esto conduciendo a ciegas, cuando un tipo con conciencia social pregunta cómo imponer su particular sistema de organización social inmediatamente; no pregunta si es mejor o si funcionará, sólo quiere que empiece ahora mismo. ¡Y el lógico... Joe se lo dice! Simultáneamente hay un predicador retirado que pregunta cómo se puede curar al género humano de la concupiscencia. Siendo setentón, a él ya no le incumbe, pero quiere quitar el peligro por el bien del resto de nosotros. Y le dicen cómo construir una especie de estación emisora para emitir un cierto tipo de onda y ponerlo en marcha. Sólo esto, nada más. Se descubrió después, cuando empezó a pedir fondos para la construcción; afortunadamente no se le ocurrió preguntar a los lógicos cómo financiarla —se lo hubiesen dicho también y todos estaríamos curados de esos impulsos de los

que a veces nos arrepentimos después pero nunca en el momento. Y también hay un grupo de serios pensadores que están seguros de que la raza humana estaría mucho mejor si todo el Mundo volviera a la Naturaleza y viviera en los bosques con las hormigas y la hiedra venenosa. Han empezado a preguntar cómo animar a la humanidad a abandonar las ciudades y las condiciones de vida artificiales. ¡También consiguen la contestación de los lógicos!

Quizá no me ocurrió nada serio en aquel momento, pero mientras iba conduciendo sin dirección fija, sudando sangre por culpa de Laurine, que me perseguía, la suerte de la civilización estaba en el platillo de la balanza. No estoy bromeando. Por ejemplo, la banda del Hombre Superior, que se burla del resto de nosotros, estaba tranquilamente formulando preguntas sobre qué tipo de armas se podrían fabricar, con las que los Hombres Superiores pudieran hacerse con el poder y mangonearlo todo.

Mientras, yo iba de acá para allá, sudando y hablando solo:

«Lo que tendría que hacer es preguntar a este absurdo servicio de lógicos cómo salir de este lío, pero ellos me facilitarían un intrincado sistema para cargarme sin dejar huellas a Laurine. ¡Yo quiero tener paz! Quiero hacerme viejo tranquilamente y fanfarronear delante de otros tipos viejos lo calavera que fui, sin tener que pasar por esto y perder mi posibilidad de vivir como un viejo mentiroso».

Doy la vuelta a una esquina cualquiera con el coche de mantenimiento.

«Era un hermoso Mundo —me decía amargamente—; Podría irme a casa y no tener calambres en el estómago preguntándome si una rubia ha llamado a mi mujer para anunciarle mi compromiso con ella. Podría aporrear teclas de un lógico sin tener que ver el dormitorio de alguien mientras se está dando a la epidermis un baño de aire que me lleve a pensar lo que no debería pensar. Podría... ».

Luego gimo recordando que mi mujer, naturalmente, me echará la culpa de que nuestra vida privada ya no sea privada si alguien ha intentado meter sus narices en ella.

«Era un Mundo maravilloso —pienso con añoranza por los días queridos y pasados de antes de ayer—. Jugábamos felices con nuestros juguetes como pequeños e inocentes chiquillos hasta que algo sucedió, como si de repente un tipo llamado Joe llega y nos pisotea nuestros pasteles de barro».

Entonces pasó como un relámpago por mi cabeza. Comprendí todo el asunto en un momento. No hay nada en el tinglado de los almacenes para que los relés empiecen a cerrarse. Los relés se cierran exclusivamente por medio de lógicos, para obtener la información que pulsán las teclas. Nadie más que un lógico podía haber organizado aquel desbarajuste con los relés para aquel servicio de lógicos. ¡Los humanos no hubieran sido capaces de imaginarlo! Sólo un lógico podía integrar organizadamente todo aquello para que hiciera trabajar así a todos los demás lógicos...

Había una respuesta. Entré en un restaurante, me fui a un lógico público y metí unas monedas:

—¿Puede un lógico ser modificado —pregunté con claridad— para cooperar en el planeamiento a largo plazo de cosas que el cerebro humano es incapaz de hacer?

La pantalla chisporrotea. Luego dice:

—Definitivamente sí.

—¿Cómo serán de grandes las modificaciones? —tecleo yo

—Microscópicamente ligeras. Cambios en dimensiones —responde la pantalla—. Incluso las modernas máquinas de precisión no son lo suficientemente exactas para identificarlas. Según los presentes métodos de fabricación sólo puede darse por un accidente extremadamente improbable, que sólo ha sucedido una vez.

—¿Cómo se puede encontrar tal accidente que puede hacer ese trabajo altamente necesario? —tecleo yo.

La pantalla vuelve a chisporrotear. Empiezo a sudar de nuevo. Todavía no sé cómo lo voy a hacer, pero lo que me da miedo es que, quien quiera que sea Joe, pueda sospechar.

Pero lo que estoy preguntando es estrictamente lógico ¡y los lógicos no pueden mentir! Tienen que ser precisos, no lo pueden evitar.

—Un lógico completo capaz de hacer el trabajo requerido —dice la pantalla— está ahora en uso en una familia cualquiera en...

Me da la dirección de los Koríanovitch, y me voy pitando hacia allá. ¡Que si voy de prisa! Freno en seco el coche de mantenimiento delante del domicilio, cojo el lógico de recambio de la parte trasera del coche y dando traspiés llego hasta el piso de los Korlanovitch. Llamo al timbre. Un peque me abre la puerta.

—Soy de mantenimiento de lógicos —le digo al crío—. Una

inspección de registro dice que vuestro lógico está a punto de romperse en cualquier momento. Vengo a poner uno nuevo antes de que eso suceda.

El chico dice «¡Bien!» muy contento y corre hacia la sala de estar donde Joe —he cogido la costumbre de llamarlo así, a fuerza de pensar en él— está en marcha presentando algo que los críos quieren ver. Coloco el nuevo lógico y lo enchufo, asegurándome a conciencia de que funciona. Luego les digo:

—Ahora, niños, apretad la tecla de este para ver lo que queráis. Me voy a llevar el viejo antes de que se rompa.

Miro la pantalla. Me parece que los críos éstos quieren ver algo sobre caníbales de verdad, y la película que les presenta el nuevo lógico es de una expedición antropológica científica, sobre la danza de la fertilidad de la tribu huba-jouba de África Occidental. Se supone que sólo es apto para profesores de antropología y estudiantes de medicina postgraduados, pero no hay bloqueo de censor y allá va. Los críos están muy interesados. Yo, que ya soy un hombre casado con años, me sonrojo.

Desconecto a Joe. Con cuidado. Me doy la vuelta hacia el otro lógico y tecleo a mantenimiento. Me siento como nuevo. Ya no recibo el anuncio del nuevo servicio, y me pone con mantenimiento. Informo que me voy a casa porque me he caído por un tramo de escaleras. Y añado inspirado:

—Oiga, y como llevaba el lógico que había reemplazado, está hecho cisco, y lo he dejado para que se lo lleven los de la basura.

—Si no lo devuelve, tendrá que pagar por él —responde el del almacén.

—Me va a resultar barato —le replico.

Me voy a casa. Laurine no ha llamado. Pongo a Joe abajo en el sótano, con cuidado. Si lo devolvía, sería inspeccionado y aprovechadas las partes en buen uso aunque le rompiera algo. La parte cualquiera que no era normal podía ser usada otra vez y vuelta a empezar con el tinglado. No me la puedo jugar. Pago por él y lo dejo ahí.

Esto es lo que pasó. Puede usted bien decir que salvé a la humanidad y no se equivocaría. Sé que no voy a correr el riesgo de poner en marcha a Joe otra vez, mientras Laurine esté viva. También hay otras razones. Con todos los majaretas que quieren

cambiar el Mundo según su manera de pensar, y los que quieren cargarse a otros, y en general resolver sus problemas... ¡Sí!, los problemas son mala cosa, pero me imagino que es mejor dejar las cosas como están.

Por otro lado, si pudiera domesticar a Joe de alguna manera, y ponerlo a trabajar razonablemente... me podría hacer con un par de millones de dólares fácilmente. Pero incluso si tengo el suficiente sentido para no hacerme rico, y si me retiro y me voy por ahí a pescar y a mentir a otros viejos farsantes sobre el tipo importante que yo era... quizá me guste, y quizá no. Después de todo, si me hartó de ser viejo y de no hacer más que pensar... podría enchufar a Joe justo el tiempo para preguntar:

«¿Cómo puede un viejo no ser viejo?».

Joe sabrá encontrar la solución. Y me lo dirá.

Esto no sería para todo el Mundo, por supuesto. Hay que hacerles sitio a los chicos para que crezcan. Pero ahora este es un Mundo bien bueno, ahora que Joe está desconectado, quizá lo enchufe justo para saber cómo quedarme en él. Pero por otro lado, quizá...

El poder

Memorándum del profesor Charles, Departamento de Latín, Universidad Haverford, al profesor McFarland, de la misma facultad:

Estimado profesor McFarland:

Entre una colección de documentos latinos del siglo xv, que recibimos recientemente de Europa, hemos encontrado tres que parecen tener relación entre sí. Nuestro interés reside en el latín de esa época, pero su contenido considero que entra en el campo de su especialidad. Se los adjunto con una traducción libre de los mismos. Le agradeceré que me haga conocer su reacción.

Charles

A Johannus Hartmannus, Licenciado en Filosofía

Alojado en la casa del orfebre Grote

Calle del Dyed Flee

Leyden, Países Bajos

Amigo Johannus:

Te escribo la presente desde la Posada Cabeza del Godo, en Padua, el segundo día después de San Miguel, Anno Domini 1482. Escribo con premura porque un honorable holandés que reside aquí viaja a su patria y ha prometido llevar mi correo. Es un rústico bonachón, pero muy ignorante. No le hables de misterios. No sabe nada de nada. Menos que nada. Dale las gracias, convídale a beber y háblale de mí como de un devoto y notable estudiante. Luego olvídate de él.

Mañana parto de Padua para la realización de todas mis

esperanzas y las tuyas. Esta vez estoy seguro. Vine aquí a comprar perfumes y mandrágora, así como los demás elementos para llevar a cabo una Obra de la mayor importancia imaginable, que efectuaré dentro de cinco noches en lo alto de una colina cercana a la aldea de Montevecchio. He descubierto una Palabra y un Nombre de incalculable poder, que en el lugar de mi conocimiento deberán darme la luz de todos los misterios. Cuando leas estas líneas, estaré en posesión de poderes cuya existencia Hermes Trismegisto sólo podía adivinar, y de los cuales Albertus Magnus podía hablar tan sólo de oídas. He sido engañado otras veces, pero en esta ocasión estoy seguro. ¡He visto pruebas!

Estoy temblando de agitación al escribirte. Seré breve. Descubrí estas pruebas y la Palabra y el Nombre en la aldea de Montevecchio. Llegué al pueblo al anochecer, desconsolado porque había perdido un mes buscando a un sabio sobre el que había oído contar grandes cosas. Luego le encontré... ¡y no era más que un anticuario estúpido sin conocimiento alguno de los misterios! Así en mi camino llegué a Montevecchio, y allí me hablaron de un hombre que en aquellos instantes estaba agonizando porque había obrado maravillas. Había llegado a la aldea a pie el día anterior. Iba envuelto en suntuosos ropajes, y sin embargo hablaba como un rústico. Al principio se mostró templado y humilde, pero pagó la comida y el vino con una moneda de oro, y los lugareños se arrastraron hasta él, pidiéndole limosna. Él les tiró un puñado de monedas de oro, y al difundirse la noticia, el pueblo entero enloqueció de codicia. Se arracimaron en torno a él, suplicando y gritando, y acudían en tropel, cada vez más ansiosos, a medida que él trataba de satisfacer sus deseos. Se dice que el hombre se atemorizó y pretendió huir al verse así asediado. Pero la gente se aferró a sus ropas, clamando su pobreza, hasta que súbitamente sus lujosos ropajes se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos, y el hombre se convirtió en un andrajoso aldeano más entre ellos, y la bolsa de la cual extraía el oro no era más que una simple talega rústica llena de cenizas.

Esto había sucedido tan sólo un día antes de mi llegada, y el hombre aún vivía, aunque en grave estado porque los lugareños creyeron que se trataba de un brujo y le atacaron con mayales y piedras y luego le arrastraron hasta la casa del cura del pueblo para

que le exorcizara.

Vi a ese hombre y hablé con él, Johannus, después de presentarme ante el cura como un devoto estudiante de las artes de las que se valía Satanás en la forma de brujería. Apenas respiraba, a causa de los huesos fracturados y de las múltiples heridas. Era natural de la comarca, y hasta aquel momento parecía un rústico simplote y común. Para asegurarse que yo intercedería ante el sacerdote para que le absolviera antes de morir, el hombre me lo contó todo. ¡Y fue mucho!

En esa misma colina donde yo efectuaré la Obra dentro de cinco noches, él se encontraba echando una siesta un mediodía, cuando se le apareció un Poder y se le brindó para iniciarle en los misterios. El aldeano era estúpido. En vez de aceptar, pidió riquezas. Así, el Poder le dio lujosos ropajes y una bolsa que no vaciaría nunca, siempre y cuando —dijo el Poder— no estuviese muy cerca de cierto metal que destruye todo cuanto proviene del misterio. Y el Poder le advirtió que aquello era en pago por el envío de un hombre docto a aprender lo que había ofrecido enseñarle al rústico, porque se daba cuenta que éstos no tenían luces. Por consiguiente, le dije al aldeano que iría a saludar a aquel Poder y cumpliría sus deseos, y él a su vez me dijo el Nombre y la Palabra para invocarle, y también el Lugar, rogándome, por fin, que intercediese por él ante el sacerdote.

Éste me mostró una simple moneda de oro, de las que el aldeano había repartido. Era de la época de Antonius Pius, sin embargo tan brillante y flamante como si hubiera sido recién acuñada. Tenía el peso y el aspecto del oro auténtico. Pero el sacerdote, con una mueca, puso sobre ella el crucifijo que llevaba colgado de una delgada cadena de hierro que le ceñía la cintura. Instantáneamente, la moneda desapareció, dejando en su lugar como una brasa encendida que, al apagarse, se convirtió en un montoncito de cenizas.

¡Lo vi con mis propios ojos, Johannus! Por eso me vine rápidamente a Padua a comprar perfumes y mandrágora y los otros elementos para una Obra con el fin de rendir honores a ese Poder que invocaré dentro de cinco noches. Ofreció sabiduría al rústico que sólo deseaba riquezas. ¡Pero yo ansío poseer sabiduría más que riquezas, y no queda ninguna duda del hecho que soy docto en lo

concerniente a misterios y Poderes! No conozco a nadie, salvo a ti mismo, que me supere en el verdadero conocimiento de las ciencias ocultas. ¡Y cuando leas esto, Johannus, mi saber hasta superará el tuyo! Pero puede ser que obtenga la fórmula misteriosa para trasladarme hasta tu desván, y así te informaré personalmente, antes que recibas esta carta, de los resultados de esta extraordinaria buena suerte que me hace estremecer de emoción sólo de pensar en ella.

Tu amigo
Carolus
en la Posada Cabeza del Godo, Padua

...afortunado, quizá, que se me haya presentado la oportunidad de enviarte una segunda misiva, por intermedio de un soldado mutilado, recién dado de baja de una banda de mercenarios, y que se dirige a su hogar para pasar el resto de sus días sentado al Sol. Le he dado una moneda de oro y le prometí que le entregarías otra al recibir este mensaje. Puedes cumplir esta promesa o no, según te plazca, pero bien vale una moneda de oro el fragmento de pergamino con extraños símbolos que te adjunto.

Ítem: Me mantengo en comunicación diaria con el Poder acerca del cual te escribí, y todos los días descubro grandes misterios.

Ítem: Ya soy capaz de hacer prodigios tales que el hombre jamás pudo lograr mediante ciertos sellos y talismanes que el Poder ha preparado para mí.

Ítem: El Poder se niega categóricamente a revelarme los Nombres o encantamientos mediante los cuales se logran esas maravillas para poder yo mismo preparar tales talismanes. En cambio, me instruye en materias diversas que nada tienen que ver con el logro de prodigios, mientras yo me muero de impaciencia que, sin embargo, trato de disimular.

Ítem: Dentro de este envoltorio hay un trozo de pergamino. Ve a un lugar remoto y, una vez allí, rómpelo en pedazos y espárcelos por el suelo. Instantáneamente, a tu alrededor, aparecerá un bello jardín con frutos maravillosos, estatuas y una glorieta. Podrás utilizar ese jardín según tus deseos, pero si una persona entra en él —o tú mismo— llevando una espada o una daga o cualquier objeto de hierro, por pequeño que sea, dicho jardín desaparecerá

inmediatamente y jamás volverá a aparecer.

Esto puedes comprobarlo cuando te plazca. En cuanto al resto, soy como un prisionero ansioso ante las mismas puertas del Paraíso, a quien le prohibieran ir más allá de la antecámara, por el hecho que el Poder se rehúsa a revelarme las verdaderas esencias del misterio, y sólo me ofrece las migajas... que, no obstante, son los más fabulosos prodigios de los que se tenga conocimiento y que nunca fueran realizados antes. Por ejemplo, el pergamino que te mando. Este artificio lo he probado muchas veces. En mi talego conservo muchos sellos semejantes, que el Poder ha preparado para mí ante mi insistencia. Pero cuando, secretamente, he tomado otros pergaminos y copiado en ellos los mismos símbolos con la más absoluta exactitud, han resultado no poseer valor alguno. Deben haber palabras o fórmulas, las cuales será preciso pronunciar a modo de conjura, o bien —y eso me parece más probable— un sello más importante, que otorgan a los pergaminos sus propiedades mágicas. Comienzo a elaborar un plan —un plan muy atrevido— para conseguir incluso ese sello.

Pero tú desearás saber acerca de la Obra y sus resultados. De Padua regresé a Montevecchio, donde llegué a los tres días. El aldeano que había obrado prodigios estaba muerto: al crecer el temor de los lugareños, le partieron el cráneo a golpes de mazo. Eso me complació, pues temía que revelara a otras personas la Palabra y el Nombre que me había confiado. Hablé con un sacerdote y le expliqué que había estado en Padua, donde recibiera instrucciones de los más altos dignatarios con respecto al arte de obrar prodigios, y que había regresado con poderes especiales para invocar y exorcizar al espíritu maléfico que había enseñado al aldeano tales artes.

Al día siguiente —¡con la ayuda del propio sacerdote!— llevé a lo alto de la colina los inciensos y cirios y las demás cosas necesarias para llevar a cabo la Obra. El sacerdote temblaba de miedo, pero se habría quedado si yo no le hubiese pedido que se fuera. Y llegó la noche, y yo tracé el círculo mágico y el pentáculo, con los Signos en sus respectivos lugares. Y cuando salió la Luna nueva, encendí los inciensos y las velas finas e inicié la Obra. He sufrido muchos fracasos, como bien sabes, pero esta vez tenía confianza y absoluta entereza. Cuando llegó el momento de recurrir

al Nombre y la Palabra los pronuncié en voz alta, tres veces, y esperé.

En la cima de esa colina hay muchas rocas grisáceas. A la tercera invocación del Nombre, una de las rocas estalló y se desintegró. Luego una voz dijo secamente:

—¡Ah! ¡De modo que ésa es la causa de este olor hediondo! ¿Mi mensajero te envió aquí?

En el lugar donde estuviera la roca había una sombra, y yo no podía ver con claridad. Pero hice una reverencia en esa dirección.

—Poderosísimo Poder —dije, con voz temblorosa porque la Obra daba resultado—, un aldeano que obraba prodigios me dijo que deseabas conversar con un hombre docto. Comparado con Vuestra Potencia soy un ignorante, sin duda, pero he dedicado toda mi vida al estudio de los misterios. Por ello he venido a ofrecerle mi veneración o celebrar cualquier otro pacto que puedas exigir a cambio de sabiduría.

La sombra adquirió movimiento, y el Poder se adelantó. Tenía el aspecto de una criatura de no más de una ana y media, y su expresión a la luz de la Luna denotaba una sardónica impaciencia. El fragante humo pareció arremolinarse en torno a él, formando una nubosidad que le envolvía.

—Me parece —dijo la seca voz— que eres tan imbécil como el aldeano con quien hablé. ¿Quién crees que soy?

—Un Príncipe Celestial, Vuestra Potencia —contesté con voz trémula.

Hubo un instante de silencio. Luego el Poder dijo con tono de fastidio:

—¡Hombres! ¡Eternamente estúpidos! Oh, hombre, yo soy simplemente el último ser de un contingente que viajó en una flota de naves espaciales desde otra estrella. El centro de este planeta vuestro está constituido por el maldito metal que es fatal para los aparatos de mi raza. Unas pocas de nuestras naves se acercaron demasiado. Otras intentaron ayudarlas y compartieron su suerte. Hace muchos, muchos años, descendimos de los cielos y nunca más pudimos elevarnos de nuevo. Ahora he quedado yo solo.

Hablar del Mundo como de un planeta era absurdo, claro. Los planetas vagan entre las estrellas, recorriendo sus ciclos y epiciclos como explicó Tolomeo hace un millar de años. Pero en seguida

comprendí que quería ponerme a prueba. Por ello, con cierto descaro le dije:

—Señor, no soy pusilánime. No es necesario que trates de engañarme. ¿Acaso yo no sé de aquellos que fueron expulsados del Cielo por haberse rebelado? ¿Debo escribir el nombre de vuestro conductor?

Él sólo acertó a decir «¿Eh?», como un anciano. Entonces, sonriendo, escribí en la tierra el verdadero nombre de Aquel a quien el vulgo llama Lucifer. Él consideró las marcas en la tierra y exclamó:

—¡Bah! Eso no tiene sentido. ¡Una más de vuestras leyendas! Escucha, hombre, yo pronto moriré. Durante más años de los que podrías imaginar, me he escondido de los de tu raza y su maldito metal. Les he observado, hasta sentir desprecio por ellos. Pero... me muero. Y no tiene sentido que los conocimientos desaparezcan conmigo. Deseo impartir a la humanidad el saber que, de otro modo, me llevaría conmigo a la tumba. Ello no causará perjuicio alguno a los de mi especie, y en cambio puede proporcionar a la raza humana cierto grado de civilización con el correr de los años.

Yo me incliné hasta el suelo ante él. Ardía de ansiedad.

—¡Oh, Potentísimo! —exclamé, exultante—. Puedes confiar en mí. Guardaré vuestros secretos como una tumba. ¡Ni el mínimo detalle será divulgado jamás!

De nuevo su voz denotó fastidio al decir secamente:

—Yo deseo que estos conocimientos se difundan para que todos puedan asimilarlos. Pero... —entonces profirió un sonido que yo no comprendí, pero que me pareció irrisorio—. Lo que tengo que decir puede ser útil, aun cuando se falsee y distorsione. Y no creo que seas capaz de mantener los secretos inviolados. ¿Tienes pluma y pergamino?

—¡No, Señor!

—Volverás, entonces, preparado para escribir lo que yo te dictaré.

Pero se quedó allí, observándome. Me formuló preguntas, que yo respondí con presteza. Luego él habló con voz meditativa, y yo le escuché ávidamente. Su discurso poseía una rara similitud con el de un solitario que hubiera profundizado el estudio del pasado, pero en seguida comprendí que hablaba en lenguaje cifrado, con alegorías,

de las cuales de cuando en cuando afloraba la verdad. Como quien habla en aras del recuerdo, se refirió al sitio de donde provenía su raza situado en lo que describió como un espléndido planeta tan distante, que ni hablando en leguas ni siquiera haciendo comparaciones con la extensión de los continentes podría darme una idea de la distancia real. Habló de las ciudades donde moraban sus congéneres —en esto, por supuesto, comprendí perfectamente lo que quería decir— y me contó de grandes flotas de objetos voladores que se elevaban de esas ciudades para trasladarse a otras muy distantes, y de la música que flotaba en el aire de manera que cualquier persona, desde cualquier lugar del planeta, podía escuchar dulces sonidos y sabios discursos a voluntad. En esto no había metáfora alguna, pues todo el Mundo sabe de la perpetua y dulce música celestial. Pero en seguida agregó una metáfora, porque se sonrió y observó que la música no tenía nada de misterioso, sino que se trataba de ondas como las de la luz, sólo que de mayor longitud. ¡Y esto encerraba evidentemente una clave, porque la luz es un fluido impalpable sin longitud y con toda seguridad sin ondas!

Luego habló de viajes a través del vacío del empíreo, lo cual tampoco es muy claro, porque todos podemos ver que los cielos están poblados de estrellas, y él habló de muchos soles y de otros mundos, algunos de los cuales estaban congelados y otros eran simplemente de roca estéril. La obscuridad de tales asertos es evidente. Y habló del acercamiento a este Mundo, que es el nuestro, y de un error cometido como si se tratara de un cálculo matemático —en vez de una rebelión— a causa del cual se aproximaron a la Tierra como Ícaro al Sol. Luego volvió a hablar en metáforas, porque habló de máquinas, que sirven para arrojar piedras contra los muros, y en un sentido más amplio para moler trigo y extraer agua. Pero habló de máquinas que se calentaban a causa del maldito metal del centro de la Tierra, y de la incapacidad de resistir la atracción de la Tierra —otra metáfora— por parte de sus congéneres, y luego habló de un notable descenso desde los cielos. Y todo esto, evidentemente, es un metafórico relato de la expulsión de los Rebeldes del Cielo y una prueba que él es uno de dichos Rebeldes.

Cuando calló, le rogué humildemente que me revelara un

misterio e hiciese la gracia de brindarme protección por si acaso mi conversión tomaba estado público.

—¿Qué le sucedió a mi mensajero? —inquirió el Poder.

Se lo conté, y él escuchó sin pestañear. Tuve buen cuidado en explicarle exactamente lo sucedido, pues naturalmente él debía saberlo —como debe saberlo todo— gracias a su dominio de los misterios, y la pregunta no era sino una nueva prueba. Sin ninguna duda, yo estaba convencido que el mensajero, así como todo lo sucedido era obra suya con el fin de llevarme a mí, un devoto estudiante de los misterios, hasta aquel lugar para que conversara con él.

—¡Hombres! —exclamó al fin, amargamente; luego agregó con frialdad—: ¡No! No puedo ofrecerte protección. Mi especie no tiene protección alguna en esta Tierra. Si estás dispuesto a aprender lo que puedo enseñarte, debes correr el riesgo de enfrentar la furia de tus conciudadanos.

Pero entonces, súbitamente, escribió en un pergamino y oprimió el fino pergamino contra algún objeto que llevaba en su costado. Después lo tiró al suelo.

—Si los hombres te acosan —dijo, despectivamente—, rompe este pergamino y lánzalo lejos de ti. Si no llevas encima algún objeto del metal maldito, ello les distraerá mientras huyes. ¡Pero una simple daga hará que no surta efecto alguno!

Luego se alejó. Desapareció. Y yo me quedé temblando durante largo tiempo, antes de acordarme de la fórmula dada por Apollonius de Tiana para ahuyentar a los malos espíritus. Me aventuré a salir del círculo mágico. Nada malo me sucedió. Recogí el pergamino y lo examiné a la luz de la Luna. Los símbolos escritos en él eran ininteligibles, aun para mí que he estudiado todo cuanto se conoce acerca de los misterios. Sumido en mis cavilaciones, regresé al pueblo.

Te cuento todo eso en detalle para que veas que este Poder no hablaba con el orgullo ni con el tono amenazador que señalan muchos autores al referirse a los misterios y Obras. A menudo se dice que el adepto debe conducirse con gran firmeza durante una Obra, de otro modo los Poderes que ha invocado le dominarán. Sin embargo, este Poder hablaba con aire fatigado, con ironía, como el que ve la muerte muy cercana. Y también se refirió a la muerte, lo

cual, por supuesto, era una prueba y me causó una decepción, ¿pues acaso no son inmortales los Príncipes de las Tinieblas? Este Poder tenía algún designio oculto que no quería revelarme. Por ello entiendo que debo mostrarme muy cauteloso en esta preciosa oportunidad.

En el pueblo le dije al sacerdote que había dado con un espíritu maléfico, el cual me había implorado que no le exorcizara, prometiendo a cambio revelarme el sitio donde estaban ocultos ciertos tesoros que pertenecieran a la Iglesia, que él no podía tocar ni descubrir a los hombres perversos porque eran sagrados. Me procuré pergamino, plumas y tinta, y al día siguiente me dirigí solo a la cima de la colina. No había nadie; después de asegurarme que no era observado —y luego de desembarazarme de la daga—, rompí el pergamino y dejé caer los fragmentos al suelo.

Inmediatamente apareció un tesoro compuesto de oro y joyas tan fabuloso, que cualquier ser humano se habría vuelto loco de avaricia. Había bolsas, arcas y cajas rebosantes de oro y piedras preciosas, la mayoría de las cuales se habían reventado por el peso y su contenido se había derramado por el suelo. Había gemas que reflejaban los rayos del Sol poniente, y anillos y collares con brillantes engarzados, y unos montones tan monstruosos de monedas de oro de antiguo cuño...

¡Johannus, hasta yo mismo casi me volví loco! Como si estuviera soñando, me abalancé sobre el oro y hundí mis manos en los montones. Babeando, llené mis ropajes de rubíes y ristras de perlas, y rellené mi talego de monedas de oro, sin dejar de reír en forma enloquecida. Me revolqué entre las riquezas, lanzando monedas de oro en el aire y dejándolas caer sobre mí. Reía y cantaba de contento.

Entonces oí un ruido. Instantáneamente, me sentí embargado de terror al pensar en el tesoro. De un salto me apoderé de mi daga y lancé un gruñido, dispuesto a defender mis riquezas hasta la muerte.

Luego una voz seca dijo:

—¡Ya veo que no te importan las riquezas!

El tono era marcadamente burlón. El Poder me estaba observando. Ahora le veía con más claridad, aunque no nítidamente, pues una especie de neblina le envolvía. Tenía, como

dije, una ana y media de estatura, y de su frente surgían unos pseudópodos, que no eran cuernos, si bien lo parecían, salvo por los bulbos que coronaban sus puntas. Su cabeza era grande y... Pero ¿qué objeto tiene que trate de describirle si, con toda seguridad, podía asumir mil formas distintas?

Quedé aterrorizado, porque no estaba protegido por el Círculo ni por el Pentáculo. Pero el Poder no hizo movimiento amenazador alguno.

—Esas riquezas son auténticas —dijo, secamente—. Tiene el color, el peso y la consistencia de la sustancia. Pero tu daga lo destruirá todo...

Didias de Corinto ha afirmado que el tesoro del misterio debe acondicionarse mediante una Obra especial antes que se torne permanente y quede libre de los poderes de Aquellos que lo crearon. Sin ese acondicionamiento, pueden transformarlo de nuevo en hojas o en cualquier otro desecho.

—Tócalo con tu daga —me ordenó el Poder.

Yo obedecí, sudando de temor. Y en cuanto la hoja de hierro entró en contacto con una enorme pila de oro, se produjo un súbito cambio y me envolvió un leve fulgor. Y el tesoro —¡todo, hasta la más diminuta perla embrionaria!— se desvaneció ante mis ojos. Reapareció, humeante, el pergamino. Se convirtió en cenizas. La daga me abrasaba los dedos. Ardía.

—¡Ah sí! —exclamó el Poder, asintiendo—. El campo de fuerza genera energía. Cuando el hierro la absorbe, se produce calor —luego me miró, pero no con hostilidad—. Has traído plumas y pergamino —agregó—, y al menos no utilizaste el talismán para sorprender a tus conciudadanos. Además, tuviste el buen criterio de no quemar más productos pestilentes. Tal vez hay una pizca de inteligencia en ti. Seré indulgente contigo. Siéntate y toma pergamino y pluma... ¡Espera! Pongámonos cómodos. Envaina la daga, o mejor, deshazte de ella.

La guardé bajo la pechera. Y pareció concentrarse, y tocó algo en su costado, e inmediatamente nos encontramos dentro de una bella glorieta con blandos almohadones y un surtidor cantarín.

—Siéntate —dijo el Poder—. Sé que a los hombres les encantan estas cosas. Me lo dijo un individuo con quien hice amistad. Unos asaltantes le habían herido y despojado de sus bienes, por cuyo

motivo no llevaba ningún objeto del maldito metal encima, y así pude ayudarle. Él me enseñó a hablar la lengua que los hombres usan actualmente. Pero al fin creyó que era un espíritu maligno y trató valerosamente de malquererme.

Mis manos aún temblaban por la agitación que la pérdida del tesoro había despertado en mí. ¡En verdad, se trataba de un tesoro de tal magnitud como ningún rey haya poseído jamás, Johannus! ¡Hasta mi propia alma lo ansiaba! Las monedas de oro solamente habrían llenado tu desván hasta el techo, pero el piso habría cedido ante su peso, y con las joyas se hubieran podido llenar un sinnúmero de barriles. ¡Ah, Johannus! ¡Qué tesoro!

—Lo que te dictaré —dijo el Poder— al principio tendrá poca significación. En primer lugar te daré hechos y teorías, porque son más fáciles de recordar. Luego te informaré de las aplicaciones de las teorías. Entonces los hombres contarán con los rudimentos de la única civilización que puede existir en un medio donde reside el maldito metal.

—¡Vuestra Potencia! —le rogué con toda mi bajeza—. ¿Me concederás otro talismán del tesoro?

—¡Escribe! —ordenó.

Yo escribí. Y, Johannus, ni yo mismo puedo contarte lo que escribí. Él desgranaba palabras, y éstas eran tan obscuras que no tenían sentido alguno, mientras las iba registrando en el pergamino. ¡Lee con atención y recurre a tu sabiduría para la realización de los misterios que encierran!

«La civilización de mi raza está basada en campos de fuerza que poseen la propiedad de actuar sobre todas las esencias substanciadas. Una piedra de imán está rodeada de un campo de fuerza que es invisible e intangible. Pero los campos que los míos utilizan para crear viviendas, herramientas, vehículos e incluso maquinaria son perceptibles para los sentidos y actúan físicamente como sólidos. Aún más: somos capaces de formar esos campos en estado latente; y hasta fijarlos en objetos orgánicos como campos permanentes que no requieren energía para su mantenimiento, así como los campos magnéticos no necesitan provisión de energía para perdurar. Nuestros campos, asimismo, se pueden proyectar como sólidos tridimensionales, que asumen cualquier forma que se desee y poseen todas las propiedades de la sustancia a excepción de la afinidad química».

¡Johannus! ¿No es increíble que las palabras puedan formar frases acerca de los misterios tan vacías de sentido con respecto a su verdadero significado místico? Yo las escribo una y otra vez con la desesperada esperanza que, al fin, me darán la clave, ¡pero me devano los sesos tratando de descifrar las instrucciones para las Obras que tales enigmas deben ocultar! Te daré otro ejemplo:

«Una vez construido el generador de campos de fuerza de acuerdo con lo que antecede, se descubrirá que los campos latientes, que son conscientes, sirven perfectamente como controles. Uno sólo tiene que visualizar el objeto deseado, conectar el control auxiliar del generador y éste lo diseñará en el campo latiente de la conciencia...».

En ese primer día de escritura, el Poder habló durante horas, y yo escribí hasta que se me acalabró la mano. De cuando en cuando, durante una pausa, le leía lo que había escrito. Él escuchaba, satisfecho.

—¡Señor! —le dije, temblando—. ¡Poderoso Señor! ¡Vuestra Potencia! Estos misterios que me haces anotar... ¡están más allá de toda comprensión!

Pero él repuso con tono burlón:

—¡Escribe! Algunos de ellos serán comprensibles para alguien. Y yo los iré explicando poco a poco hasta que incluso tú podrás comprenderlos —luego agregó—: Te aburres. Deseas un juguete. ¡Bien! Te haré un talismán para que puedas volver a poseer aquel tesoro con el que jugabas. Agregaré otro que te proporcionará una nave con un motor accionado con energía del mar, que te llevará donde desees sin necesidad de viento ni marea. Te daré otros para que puedas crear un palacio donde tú quieras, y bellos jardines a tu gusto...

Estos prodigios, él los ha hecho, Johannus. Parece que le divierte escribir en los fragmentos de pergamino, y concentrarse y luego presionarlos contra su costado, antes de lanzarlos al suelo para que yo los recoja. Me ha explicado, muy alegremente, que el prodigio en el talismán está completo, aunque latente, y se realiza al romper el pergamino, si bien el hierro lo absorbe y lo destruye. ¡De tal manera habla en clave, pero por otro lado a veces bromea!

Resulta extraño imaginarlo, pero poco a poco he llegado a considerar a este Poder como una persona. Ello no está de acuerdo con las leyes del misterio. Siento que se encuentra solo. Parece

encontrar entretenición al conversar conmigo. Sin embargo, es un Poder, uno de los Rebeldes que fueron arrojados a la Tierra desde el Cielo! Él sólo habla de ello en términos vagos, metafóricos, como si hubiera llegado de otro mundo como el Mundo, aunque mucho más grande. Habla de sí mismo como de un viajero del espacio, y se refiere a su raza con afecto, y al Cielo —en todo caso a la ciudad de donde procede, pues debe haber muchas grandes ciudades allí— con un extraño y orgulloso amor. Si no fuese por sus poderes, que son misteriosos, no me costaría creer que es el solitario miembro de una raza desconocida, exiliado para siempre en un extraño lugar, que ha hecho amistad con un ser humano a causa de su soledad. Pero ¿cómo podría existir semejante ser y no un Poder? ¿Cómo podría ser posible que existiese otro mundo?

Esta insólita conversación hace diez días o más que dura. He llenado hojas y más hojas de pergamino. Las mismas metáforas se repiten una y otra vez. «Campos de fuerza» —una expresión carente de sentido literal— aparece a menudo. Hay otras metáforas tales como «bobinas» y «primario» y «secundario», que aparecen en contextos donde se hace mención de alambres de cobre. ¡Hay descripciones detalladas, como si se hubieran hecho con el más común de los lenguajes, de placas de metales disímiles que deben colocarse en ácido, y otras descripciones de placas de metales similares que deben estar separadas por capas de aire o de cera de cierto espesor de las placas de ciertas áreas! Y hay una explicación de los medios por los cuales puede vivir.

«Al estar adaptado a una atmósfera mucho más densa que la de la Tierra, me veo obligado a conservar en torno mío un campo de fuerza que mantiene la densidad del aire en un punto muy cercano al de mi planeta, para poder respirar. Este campo es transparente, pero a causa del movimiento constante para cambiar y renovar el aire que respiro, causa una cierta nubosidad que toma la forma del contorno de mi cuerpo. La mantiene el generador que llevo en mi costado, el cual, al mismo tiempo, provee la energía para los otros artefactos creados por campos de fuerza que considere convenientes».

¡Ah, Johannus! ¡Me estoy volviendo loco de impaciencia! Si no tuviera la certeza respecto a que algún día me proporcionará la clave de ese lenguaje metafórico, mediante el cual se puedan extraer los Nombres y las Palabras que causan tales prodigios, sería

presa de la desesperación.

Sin embargo, se ha mostrado cada vez más complaciente conmigo. Me ha donado cuanto talismán le he pedido, y he tenido ocasión de ponerlos a prueba. El que es capaz de crear un bello jardín es uno de ellos. Dice que desea transmitir a los hombres los conocimientos que posee, y entonces me hace escribir discursos cifrados sin sentido, tales como:

«El propulsor de una nave capaz de volar a una velocidad superior a la de la luz es una adaptación del simple generador ya descripto mediante la alteración de sus constantes de manera que al no poder generarse en el espacio normal, debe crear un espacio artificial gracias a la tensión. El proceso es...».

O bien —estoy seleccionando los fragmentos al azar, Johannus —:

«El metal maldito, el hierro, debe ser eliminado no sólo de todos los circuitos, sino también de la proximidad de los aparatos que utilizan oscilaciones de alta frecuencia, ya que absorbe su energía y anula el funcionamiento...».

Soy como un hombre que tiembla de emoción en el umbral del Paraíso, y que sin embargo no puede entrar porque no se le entrega la llave. «¡La velocidad de la luz!». ¿Qué puede significar esa metáfora? En buen romance, ¡igualmente podríamos hablar de la velocidad del clima o del granito! Diariamente le ruego que me brinde la clave de su discurso. ¡A pesar de todo, en los talismanes que prepara para mí hay más poder del que jamás haya conocido el hombre hasta ahora!

Pero ello no es suficiente. El Poder habla como si fuese el ser más solitario del Mundo; el último miembro de una extraña raza en la Tierra; como si le causara un raro y fraternal placer el simple hecho de hablar conmigo. Cuando le pido un Nombre o una Palabra que me proporcionarían más poder que el de los talismanes, se ríe y me llama tonto, aunque muy afablemente. Y sigue hablando en forma metafórica de fuerzas de la Naturaleza y de campos de fuerza..., y entonces me ofrece un talismán que, si lo usara, ¡crearía un palacio con muros de oro y columnas de esmeraldas! ¡Y luego, muy divertido, me recuerda que un saqueador codicioso provisto de un hacha o un azadón de hierro lo haría desaparecer completamente!

¡Poco falta para que me vuelva loco, Johannus! Pero no hay duda respecto a que él posee algún saber inexpresable que deberé sonsacarle. Gradualmente, con toda cautela, he llegado a tratarle como si fuésemos amigos, de distinta raza y él mucho más sabio que yo, pero amigos antes bien que Príncipe y vasallo. No obstante ello, recuerdo las advertencias de los autores más prestigiosos con respecto a que uno siempre debe estar en guardia contra los Poderes que haya invocado en una Obra.

Tengo un plan. Es peligroso, bien lo sé, pero estoy cada vez más desesperado. Encontrarse anhelante en el umbral de semejante sabiduría y poder como jamás el hombre haya soñado, y luego ver que te son negados...

El mercenario que te llevará la presente, parte mañana. Es un hombre mutilado y tal vez tardará meses en hacer el viaje. Todo estará resuelto antes que recibas estas líneas. Sé que me desees lo mejor.

¿Hubo alguna vez un estudiante de los misterios ante una situación tan afligente, con todos los conocimientos al alcance sin poder apoderarse de ellos?

Tu amigo,
Carolus

Escrito en la infecta posada de Monteverchio

¡Johannus! Un correo va a Gante en comisión para Mi Señor de Brabante y tengo ocasión de mandarte una misiva. ¡Creo que me estoy volviendo loco, Johannus! Tengo tanto poder como jamás poseyó nadie, y me abraza la fiebre de la amargura. ¡Escúchame bien!

Durante tres semanas subí diariamente a lo alto de la colina cercana a Monteverchio y tomé al dictado el discurso cifrado respecto del cual te escribí. Mi talego quedó repleto de talismanes, pero ni una sola Palabra del Poder ni Nombre de Autoridad. El Poder se volvió burlón, si bien parecía tristemente burlón. Sostenía que sus palabras no encerraban mensaje cifrado alguno y que sólo era cuestión de leerlas. Algunos pasajes los repitió una y otra vez hasta que no fueron más que instrucciones para unir porciones de metal, de manera mecánica. Luego me hizo seguir esas instrucciones. Pero de la Palabra y el Nombre, nada... nada salvo

fragmentos de metal expertamente unidos. ¡Y cómo puede el metal inanimado, sin estar imbuido del poder del misterio mediante Nombres o Palabras o conjuros, poseer la capacidad de obrar prodigios?

Al fin me convencí del hecho que jamás me revelaría el saber que me había prometido. Y mi trato con ese Poder se había tornado tan familiar, que podía atreverme a rebelarme, e incluso a creer que tenía posibilidades de salir airoso. Estaba la nubosidad en torno a su cuerpo, la cual era mantenida por el talismán que llevaba al costado y al que llamaba «*generador*». Si esa nubosidad era destruida, él no podría seguir viviendo, o al menos así me lo había dicho. Era por esa razón que no se arriesgaba a tocar nada que fuese de hierro. En esto residía el fundamento de mi plan.

Simulé estar enfermo, y le dije que descansaría en una cabaña de pastor con techo de paja, deshabitada de larga data, situada al pie de la colina donde vivía el Poder. Era seguro que no había clavos de hierro en tan rudimentaria morada. Si sentía por mí el afecto que manifestaba sentir, me otorgaría permiso para no concurrir a la colina durante mi enfermedad. Si su afecto era muy grande, incluso podría venir a visitarme y charlar conmigo en la cabaña. Estaría sólo en la esperanza que su amistad llegase a ese extremo.

¡Extrañas palabras en boca de un hombre que se dirige a un Poder! Pero hacía tres semanas que hablaba con él diariamente. Permanecí acostado en la cabaña, suspirando en mi soledad. Al segundo día, se presentó. Simulé sentir una gran alegría, y me apresuré a encender un fuego con una vela que había mantenido prendida. Él lo consideró como un honor, pero en verdad era una señal. Y entonces, mientras él me hablaba creyéndome postrado por mi enfermedad, se oyó un grito fuera de la cabaña. Era el sacerdote del pueblo, un hombre simple pero muy valiente a su manera. Al ver la señal del humo que salía de la choza de pastor, se había acercado sigilosamente y tendido a su alrededor una cadena de hierro, que habíamos recubierto de tela para que no hiciera ruido. Y ahora se erguía ante la puerta de la cabaña con su crucifijo levantado, entonando exorcismos. Era en verdad muy valiente, el sacerdote, porque yo le había descripto el Poder como un espíritu maligno.

El Poder se volvió y fijó sus ojos en mí, y yo aferré mi daga con mano firme.

—Tengo el metal maldito —le dije con tono amenazador—. Un anillo de hierro rodea esta cabaña. ¡Dime inmediatamente las Palabras y los Nombres que obran estos prodigios! ¡Dime el secreto de lo que me dictaste en lenguaje cifrado! Hazlo, y daré muerte al sacerdote y retiraré la cadena para que puedas salir de aquí sano y salvo. Pero date prisa, o...

El Poder dejó caer un talismán al suelo. Cuando el pergamino entró en contacto con la tierra, se formó instantáneamente una nubosidad como si algún ser horrible hubiera comenzado a corporizarse. Mas luego el pergamino humeó y se convirtió en cenizas. El anillo de hierro en torno de la cabaña había destruido su poder al ser utilizado. El Poder supo que lo que yo decía era verdad.

—¡Ah! —exclamó el Poder, con voz ronca—. ¡Hombres! ¡Y yo que creía que uno de ellos era mi amigo! —se llevó la mano al costado—. ¡No hay duda! Debería haberlo sabido. Estoy rodeado de hierro. El motor arde...

Me miró. Yo levanté la daga, que sostenía con firmeza.

—¡Los Nombres! —grité—. ¡Las Palabras! ¡Concédeme el poder y mataré al sacerdote!

—Traté de darte sabiduría —repuso el Poder calmamente—. Y tú me amenazas con el maldito metal si no te revelo cosas que no existen. Pero no será necesario que me apuñales. No puedo vivir durante mucho tiempo dentro de un anillo de hierro. El generador se quemará; el campo de fuerza se interrumpirá. Me ahogaré en la tenue atmósfera terrestre, que es suficientemente densa para ustedes. ¿No te parece eso satisfactorio? ¿Debes apuñalarme, también?

Salté de mi jergón de paja, amenazándole con más fiereza. Era una locura, ¿no es cierto? ¡Pero yo estaba loco, Johannus!

—Detente —ordenó el Poder—. Si quisiera podría matarte ahora mismo, y moriríamos juntos. Pero yo creí que eras mi amigo. Saldré a hablar con tu sacerdote. Prefiero morir en sus manos. Quizá no es más que un imbécil.

Se dirigió con paso firme a la puerta. Cuando pasó por encima de la cadena, me pareció notar que salía una espira de humo, pero él tocó aquello que llevaba en su costado. La nubosidad que le

envolvía se esfumó. Se oyó como una especie de soplido, y sus vestiduras se agitaron tal se diría al impulso de una ráfaga de viento. Trastabilló. Mas siguió caminando, y volvió a manipular el aparato del costado y apareció de nuevo la nubosidad, y avanzó con más firmeza. No intentó retroceder en ningún momento. Caminó directamente hacia el sacerdote, y aún pude ver que su paso estaba investido de severa dignidad.

Y..., vi que los ojos del sacerdote se dilataban horrorizados. Porque veía al Poder por vez primera, y el Poder tenía una ana y media de estatura, con una enorme cabeza y pseudópodos bulbosos que surgían de su frente, y el sacerdote no dudó ni un instante que se trataba de un Poder y que era uno de aquellos Rebeldes que habían sido expulsados del Cielo.

Oí que el Poder le hablaba al sacerdote, con dignidad. No pude escuchar lo que le decía. La decepción que sentía encendía mis iras. Pero el sacerdote no vaciló. Mientras el Poder avanzaba hacia él, el sacerdote se adelantó hacia el Poder. El horror alteraba su rostro, pero tenía una expresión decidida. Alargó la mano con el crucifijo que siempre llevaba colgando de la cadena de hierro que le ceñía la cintura. Trató de tocar al Poder con él, gritando:

In nomine Patri...

Luego apareció una nube de humo. Surgía del sitio donde el Poder llevaba el artefacto con que ponía en contacto los talismanes que había hecho, para imbuirles el poder del misterio. Y entonces...

Quedé cegado. Se hizo un resplandor de una fantasmal luz azulada, como si hubiese caído un rayo del Cielo. Después, se formó una bola de terroríficas llamas amarillas, que producían una nube de humo negro. Hubo el violento bramido de un trueno tremendo.

Luego allí no había nadie más que el sacerdote, erguido, con el rostro ceniciento, la mirada decidida, las cejas chamuscadas, entonando salmos con voz temblorosa.

Me he trasladado a Venecia. Mi talego está repleto de talismanes con los que puedo obrar maravillas. Ningún ser humano es capaz de realizar semejantes prodigios. Pero no los utilizo. Trabajo día y noche, hora tras hora, minuto a minuto, tratando de descubrir la clave para comprender el lenguaje cifrado que encierra la sabiduría que el Poder poseía y deseaba transmitir a los hombres. ¡Ah, Johannus! Soy poseedor de esos talismanes y puedo obrar

prodigios, mas cuando los haya usado habrán desaparecido y mis poderes con ellos. Tuve una oportunidad de acceder al saber como jamás hombre alguno tuvo antes, ¡y la he perdido! Sin embargo, dedicaré años... ¡qué digo!... ¡todo el resto de mi vida, buscando el verdadero significado de las palabras del Poder! Soy el único hombre del Mundo que haya conversado diariamente, durante semanas enteras, con un Príncipe de los Poderes de las Tinieblas, y fuese considerado por él como un amigo hasta el extremo de aceptar que ello le acarrearía su propia destrucción. ¡Debe ser cierto que cuanto copié encierra una gran sabiduría! Pero cómo lograré interpretar el misterio que se oculta en metáforas tales como, por ejemplo, la de este fragmento escogido al azar:

«...placas de dos metales disímiles, sumergidos en un ácido, generan una fuerza para la cual los hombres aún no poseen un nombre, y que, sin embargo, constituye el fundamento de la verdadera civilización. Tales placas...».

¡Mi frustración es tan grande, que me vuelvo loco, Johannus! ¿Por qué no me habló con claridad? No obstante, yo lograré desvelar el secreto...

Memorándum de Peter McFarland, Departamento de Física, Universidad Haverford, al profesor Charles, Departamento de Latín, de la misma facultad:

Estimado profesor Charles:

Mi reacción es: ¡Maldición! ¿Dónde está el resto de este material?

McFarland

Simbiosis

El general médico Mors se encontraba en los distritos rurales de la provincia de Kantolia, tratando de convencer pacientemente a los campesinos para que permitieran la vacunación de sus cerdos y la inoculación de sus familias, cuando tuvo lugar, por sorpresa, la ocupación del territorio.

No había habido declaración de guerra, por supuesto. Sencillamente empezaron a caer del cielo paracaidistas alrededor de una hora antes del amanecer; al mismo tiempo, aviones de propulsión a chorro rociaron de balas las calles desiertas de la dormida capital de provincia, Stadheim, matando a dos perros y a un gato callejeros. A continuación, columnas motorizadas y rugientes se lanzaron a través del puente internacional de Balt. Hombres armados rodearon a los adormilados funcionarios de aduanas, haciéndolos prisioneros, mientras los carros de combate y toda la impresionante panoplia de la guerra se lanzaban furiosamente sobre los todavía adormecidos y pacíficos campos. Luego, trenes blindados resoplaron impresionantes por la vía principal, con sus silbidos pitando desafiantes a las máquinas de recambio y a los vagones de las vías muertas de Kantolia. A la luz gris de la madrugada comenzó una espléndida y totalmente inesperada campaña de conquista.

Cuando amaneció y la gente de Kantolia comenzó a despertarse en sus camas, más de la mitad de la provincia estaba en manos del enemigo. Las pocas bajas que tuvo el enemigo fueron causadas por un descarrilamiento debido a la actuación de unos superentusiastas colaboracionistas que volaron un puente del ferrocarril para impedir la llegada de tropas de defensa. Esta acción sólo sirvió para retrasar el programa de invasión en aquel sector durante dos horas

y media. A las ocho en punto de una mañana soleada y soñolienta, la provincia de Kantolia había sido totalmente tomada.

El general médico Mors se enteró alrededor de las nueve, mientras estaba junto a una pocilga, discutiendo pacientemente con un campesino que hasta aquel momento se negaba a que sus cerdos y su familia fueran vacunados. Mors oyó las noticias en silencio. Luego se volvió lentamente al médico civil que le acompañaba:

—No tenía mucha esperanza, pero esto es muy malo —dijo—. ¡La guerra siempre es mala! ¡Y confiaba tanto en terminar con nuestro programa de inoculación! Ninguna nación ha conseguido nunca el ciento por ciento de inoculación. Hubiera sido un gran logro.

De pie junto al corral, se secó la frente.

—Ahora, por supuesto, tendré que ir a Stadheim. Allí estará el cuartel general enemigo, sin duda. Confío, doctor, que seguirá usted con las inmunizaciones preparadas mientras pueda. ¡Le ruego que lo haga! Un cien por cien de inmunización incluso en una sola provincia sería un hecho muy notable! Y después de todo, tampoco es como si no fuéramos a echar fuera al enemigo. ¡Pero incluso en diez días se puede hacer un daño terrible!

Se dirigió al pequeño y desvencijado coche en el que había estado haciendo sus rondas, convenciendo a tozudos campesinos. Era un hombre bajo y delgado con profundas ojeras bajo sus ojos; por alguna razón los oficiales de naciones pequeñas situadas junto a una mayor con ambiciones de gloria militar, tienden a dormir mal por las noches. El general médico Mors no había dormido bien desde hacía mucho tiempo.

Quizá, como oficial del ejército, hubiera debido intentar reunirse con el ejército defensor, que hasta el momento no había pegado ni un solo tiro. Pero su presencia en esta región había tenido como fin la aceleración del programa de inoculación, y este programa había sido dirigido desde Stadheim.

Mientras su coche saltaba y se bamboleaba por la carretera hacia la capital de la provincia, la ocupación seguía adelante alrededor suyo, pero sin que le alcanzara personalmente. Por tres veces oyó el sonido de los aviones reactores pasando por encima, en el cielo azul y despejado. No podía distinguirlos a causa de su velocidad. Una vez vio una nube de polvo a lo lejos que era una columna

motorizada lanzada hacia algún punto estratégico que todavía no había sido tomado. El enemigo actuaba como si Kantolia hubiera estado erizada de armas y tropas, en lugar de estar defendida sólo por los guardias de aduanas de la frontera y las fuerzas de policía, constituidas por quince hombres, de Stadheim.

El pequeño coche rechinaba y traqueteaba. La mañana era espléndida. Aquí y allá, una blanca nube, como de algodón, flotaba en el cielo azul. Por todas partes había campos formando cuadros cubiertos por vigorosas cosechas en crecimiento. El general médico Mors miraba casi con envidia a los despreocupados aldeanos de los pueblos por los que pasaba. No deseaba una guerra, y la mayoría no se había enterado de que ya la tenían encima. Tenía el sentimiento de que cualquier método concebible estaba permitido en defensa de gente sencilla como aquella y contra los pretendidos ideales del enemigo. Pero realmente se sentía muy desgraciado.

Hacia el mediodía vio ante él las torres de Stadheim. Pero abruptamente torció a un lado, como si pospusiera lo inevitable. Subió por una cuesta suave hasta llegar al cuadrado y funcional edificio que albergaba la estación de aguas que abastecía a la ciudad provinciana. La estación y sus alrededores aparecían intactos, pero cuando el ingeniero de la estación de aguas salió a su encuentro, el general médico vio por la expresión reflejada en su cara que conocía la tragedia que había caído sobre el país.

El general médico salió del coche.

—Todavía no han llegado hasta aquí —dijo con acento neutro y dando el hecho como inevitable.

—Todavía no —repuso el ingeniero, apretando las mandíbulas—. He llevado a cabo las órdenes —dijo ásperamente— tal como me fueron dadas.

El general médico Mors asintió.

—Está bien... —luego estuvo dudando—... me gustaría visitar la planta —dijo casi excusándose—. Es muy moderna y limpia. El... enemigo ha gastado su presupuesto en armamento. Quizá intenten trasladarla a alguna de sus ciudades.

El ingeniero se apartó a un lado cediéndole el paso y el general médico visitó la pequeña planta donde se encontraba la bomba. En Stadheim había sólo veinte mil habitantes, por lo que una gran instalación hubiera resultado superflua, pero era perfecta y práctica.

Había filtros y el aparato para dosificar el cloro, además del pequeño y bien equipado laboratorio para analizar la pureza del agua. La gente de Stadheim tendría siempre buena agua para beber, si los invasores no destrozaban o se llevaban la instalación.

—Está muy bien —dijo el delgado y bajo hombrecillo con aspecto infeliz— ver cosas como éstas. Hace que la gente se conserve sana y por lo tanto feliz. ¿Sabe usted —dijo como sin darle importancia— que nuestro programa de inoculación estaba alcanzando el ciento por ciento? Bien... —hizo una pausa—. Tengo que ir a Stadheim. Los invasores están allí. Intentaré negociar con ellos sobre nuestra organización sanitaria. Sus soldados no comprenderán lo cuidadosos que somos en cuanto a la sanidad. Procuraré que no cambien nada mientras estén aquí.

Los ojos del ingeniero ardieron de repente.

—¡Mientras estén aquí!

—Sí —el general médico Mors continuó desoladamente—. No estarán más de diez días. ¡La guerra es terrible! Es contra lo que nosotros, los médicos, luchamos toda nuestra vida. Pero mientras los hombres no comprendan, tiene que haber guerras —suspiró profunda y amargamente—. ¡Será desde luego, terrible!, ¡quizá sea la última!

Hubo un cambio repentino en la mirada del ingeniero.

—Entonces ¿luchamos? Mis órdenes...

—Sí —dijo Mors de mala gana—. A nuestra manera estamos luchando. De la única manera que una nación pequeña se puede defender de una grande. Quizá tengamos que esperar hasta diez días antes de que los echemos, y cuando llegue ese día, ¡será una terrible victoria!

Dudó y luego extendió las manos en un gesto de impotencia. Se dirigió a su coche y se fue resueltamente a Stadheim.

Unos centinelas le pararon en las afueras de la ciudad para confiscarle el coche. Cuando vieron su uniforme, fue arrestado inmediatamente. Le hicieron marchar hacia el centro de la ciudad custodiado por un soldado que le empujaba suavemente, pero con la bayoneta calada, por la parte más delgada de su espalda. Mors pertenecía al cuerpo médico de su ejército, y su aspecto tenía muy poco de marcial, y, por supuesto no llevaba arma más peligrosa que una pluma estilográfica. Pero el soldado enemigo se sentía como un

conquistador, y ésta era la primera oportunidad que se le había dado de comportarse como tal.

Cuando el general médico fue introducido ante el general al mando de las tropas invasoras, este último se sentía muy mal. No había sonado un tiro durante toda la invasión, y esta vez los libros de historia pondrían las cosas en su sitio, concediendo el mérito a quien lo merecía... a los apagados, anónimos hombres que habían preparado los planes y las órdenes de control de tráfico, más que al que tenía el liderazgo del combate. El general Vladek pasaría a la historia, si es que pasaba, sólo como un jefe nominal de un complicado movimiento de tropas al estilo de campo a través. Y eso no le gustaba. Hacía una hora que había llevado a cabo una impresionante ceremonia desde un balcón del palacio provincial. Con sus oficiales flanqueándolo y la tropa en formación en la plaza, había leído una proclama a los ciudadanos de Kantolia. Éstos habían sido redimidos de la insoportable —decía el discurso— opresión de su país de origen; de ahí en adelante disfrutarían de todas las ventajas de los opresivos impuestos y de la policía secreta de que disfrutaban los invasores. Debían alegrarse porque ahora eran ciudadanos de su gran vecino... y cualquiera que no se alegrara se jugaba que le pegaran un tiro. Abreviando, el general Vladek había leído una proclama anexionando Kantolia a su propio país, y en el fondo se sentía como un verdadero necio. No era exactamente una ocasión de gala. Pero los únicos testigos, aparte de sus tropas, habían sido dos barrenderos boquiabiertos y un grupo de unos veinte colaboracionistas que intentaron disimular con sus gritos el silencio de los veinte mil ciudadanos que brillaban por su ausencia.

Sin embargo, cuando el general médico fue introducido en su despacho como prisionero de guerra, el general Vladek se sintió algo mejor. ¡Un general había sido hecho prisionero! ¡Esto tenía el sabor de la guerra tradicional! El prisionero era, sin embargo, una seca y menuda figura vestida con un uniforme que le sentaba muy mal, y sus anchos rasgos indicaban su procedencia de antepasados campesinos. Pero el general Vladek trató de sacar el mayor partido de la situación con cortesía militar.

—Le ofrezco mis disculpas —dijo Vladek generosamente— si ha sido usted objeto de alguna descortesía en el momento de su

arresto, mi querido general. Pero, después de todo... —sonrió condescendiente—, esto es la guerra.

—¿Lo es? —preguntó Mors, y continuó en un tono como de negocios—: No estaba seguro. ¿Cuándo ha sido declarada? ¿Y por quién?

El general Vladek parpadeó.

—Bueno... ah... no ha sido hecha ninguna declaración formal por mi gobierno. Había motivos militares que aconsejaban el secreto.

Mors se sentó y se secó la cara con un pañuelo.

—¡Ah, bueno!, me siento aliviado. Si usted ha invadido sin una declaración de guerra previa, usted tiene la situación legal de bandido. Naturalmente, mi gobierno no regularizará su situación. Incluso como bandido —dijo prosaicamente— usted comprenderá que las ordenanzas sanitarias locales no deben ser interferidas. Por esto he venido a verle. Mi país tiene la más baja tasa de mortalidad de Europa, y cualquier entremetimiento en nuestros servicios sanitarios sería muy estúpido. Espero que dará usted órdenes...

El general Vladek aulló, luego se calmó a duras penas.

—No le he recibido a usted para escuchar advertencias —dijo muy tieso—. Por lo que tengo entendido, es usted el oficial de mayor graduación de su ejército que ha sido capturado por mis hombres. Le hago una exigencia formal para la rendición de todas las tropas bajo su mando.

—¡Pero si no las hay! —dijo Mors sorprendido—. Mi gobierno no sería tan imbécil como para dejar soldados en una provincia que no sería capaz de defender. Sólo habrían sido muertos en una batalla ridícula, así es que ya puede cantar victoria.

Los ojos del general Vladek relampaguearon y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ah! ¿Entonces su gobierno sabía que pensábamos invadirlos?

—¡Pero amigo! —dijo Mors sardónico—. Su gobierno se ha estado relamiendo durante años pensando que los impuestos de nuestra región más rica casi podían equilibrar su balanza de pagos. ¡Por supuesto que pensábamos que un día u otro tratarían de apropiársela! ¡No somos tontos del todo!

—Y, sin embargo —dijo Vladek—, no se prepararon para defenderla.

El general médico Mors entrecerró los ojos y le dijo al esbelto y bien vestido general que era su captor:

—Cuando una familia pacífica oye a un ladrón en su casa, quizá vaya o no a pelear con él. ¡Pero seguro que no enviará a hacerlo a sus hijos más jóvenes! ¡Si tiene sentido común avisará a la policía!

—¡Avisará a la policía! —repitió Vladek, incrédulo—. Mi estimado general médico Mors, ¿espera usted que las Naciones Unidas intervengan en este asunto? Las Naciones Unidas están regidas por diplomáticos, hacedores de frases. ¡Se sienten descompuestos e indefensos ante un hecho consumado como nuestra actual posesión de Kantolia! Amigo mío...

—¡Todo esto son tonterías! —dijo Mors irritado—. Vine a ofrecerle el beneficio de una experiencia en materia de salud pública militar y civil. ¿Tiene usted verdadero interés por el bienestar de sus hombres?

Hubo una pausa. El general Vladek era delgado e iba perfectamente bien vestido. No encajaba en el despacho del gobernador provincial de Kantolia, cuya mesa estaba todavía atestada de papeles que trataban de cosas locales como el precio de los cerdos y las cosechas y un brote de sarampión en la escuela pública. El despacho era ligeramente paleta, a pesar de un cierto intento plebeyo de decorarlo con elegancia. El general Vladek quedaba melindrosamente fuera de lugar en aquel ambiente. Y parecía divertido.

—Le aseguro —dijo— que estoy debidamente preocupado por la salud de mis hombres.

—Pues si está usted lo suficientemente preocupado —dijo el general médico Mors, conciso— se los llevará de aquí tan rápido como vinieron. Pero a duras penas creo que atenderá mi ruego. Lo que tengo que decir es que sus tropas estarán mejor cuanto menos contacto tengan con la población civil... ninguno si puede ser humanamente evitado.

—Dice usted ridiculeces —repuso Vladek, fastidiado—. Kantolia forma ahora parte de nuestro país. Sus gentes son ahora compatriotas de mis fuerzas. ¿Aislarlos? Sería ridículo.

El general médico Mors se levantó y se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo pausadamente—; le advertí. Ahora soy un prisionero o no lo soy. Si no lo soy, quisiera un pase que me

permitiese moverme con libertad. La repentina entrada de una fuerza de ocupación tan numerosa, origina problemas de salud pública...

—...Que mi cuerpo médico está capacitado para controlar — contestó Vladek con sorna—. ¡Es usted un prisionero y además creo que estúpido! ¡Buenos días!

El general médico Mors se dirigió con serenidad hacia la puerta...

Como la invasión no había durado todavía un día, no había habido tiempo de construir campos de concentración. Por lo tanto, el general médico Mors fue confinado en una escuela que había sido cerrada a las clases para convertirla en prisión. Se encontró en compañía del gobernador provincial de Kantolia, con el alcalde de Stadheim y otros varios funcionarios arrestados por los invasores. También estaban allí ciudadanos particulares, la mayoría de ellos denunciados por el pequeño grupo de colaboracionistas de Kantolia. Ninguno de ellos estaba todavía acusado de nada. Incluso el ejército invasor no había pretendido todavía que hubieran cometido ninguna falta ni contra la ley civil ni contra la militar. Pero la mayoría de ellos estaban frenéticos. No era fácil olvidar historias de prisioneros fusilados en venganza por las actuaciones de la resistencia en las poblaciones ocupadas. Todos sabían de lugares donde ciudadanos preeminentes habían sido exterminados simplemente por ser lo que eran, y otros intelectuales o sencillamente inteligentes que también fueron aniquilados por rechazar una propaganda que ofendía a la misma inteligencia o a la razón. El caso de Kantolia tenía precedentes. Y si éstos se repetían, los primeros arrestados cuando el país fue invadido no estaban precisamente en una situación envidiable.

Mors trató de darles ánimos, pero sin demasiado éxito. La situación en conjunto parecía desesperada. La invasión de una sola provincia de un pequeño país, sería considerada por el resto del Mundo como una crisis, o bien como una provocación a las Naciones Unidas, o bien como una rectificación de fronteras... según la nacionalidad o la ideología política del observador. Pasaría a la agenda del Consejo de las Naciones Unidas, y allí sería mezclada insensiblemente con otros asuntos para que no pudiera resolverse y considerarse por separado. Por último, sería objeto de

un compromiso, uno más del complicado negociar de las grandes potencias, todo lo cual dejaría las cosas tal como deseaban los invasores. Hablando claro, eso es lo que cabía esperar.

—Pero el hecho —decía Mors— es que las cosas no pueden continuar así para siempre. La vida de la humanidad es una simbiosis, un convivir en todos sus estadios. Empieza con la relación simbiótica de los miembros de una familia, cada uno de los miembros ayuda y es ayudado por los demás, hasta alcanzar una relación simbiótica entre las naciones, entre las que cada una de ellas es un organismo necesario para las demás, y todas se necesitan entre sí.

—Sin embargo, también hay simbiosis parasitaria, en la que un organismo busca vivir a costa de otro, como nuestros enemigos buscan oprimirnos a nosotros —intervino un naturalista aficionado que también estaba prisionero.

—Un organismo realmente sano encuentra los medios para librarse de los parásitos —dijo Mors con calma—, o por lo menos de mantenerlos a raya. ¿Dudan ustedes de que nuestro país sea un organismo sano?

Era una conversación estimulante, pero sus compañeros de prisión no estaban convencidos. La mayoría habían sido detenidos en sus casas. Sólo uno de ellos iba completamente vestido. El alcalde llevaba un abrigo sobre la camisa de dormir; las peludas canillas de sus piernas y sus pies descalzos le despojaban de su dignidad. Otros ciudadanos importantes estaban sin afeitarse, despeinados, y en todas las condiciones imaginables de deshabillé; para todos ellos su humillación era un mal presagio.

—Lo que es cierto —concedió el general médico con acento práctico— es que nuestro país tiene cuatro millones de habitantes, y nuestros enemigos cincuenta. Pero nosotros hemos planeado nuestra nación con cuidado. En la Naturaleza, no todas las criaturas se defienden con uña y diente, hay una defensa especial para cada tipo de criatura, como yo mismo indiqué a nuestro presidente. Tiene que haber, como insistía yo, alguna forma de defensa para cada tipo de nación, para poder sobrevivir. Y puedo decirles que más tarde me aseguré que consideraba la supervivencia de nuestra nación como cosa cierta. Por lo tanto, ya que esta provincia es imprescindible para la supervivencia de nuestro país, habrá que deshacerse de los

invasores.

—Pero ¿cuándo? —preguntó un prisionero presa de la desesperación.

—La siega del trigo debería dar comienzo dentro de tres semanas —dijo Mors meditabundo—. Sería un duro golpe para nuestro país, si el enemigo nos quitara la cosecha de trigo. Calculo que tendremos que conseguir la victoria para nuestro pueblo en menos de tres semanas. Probablemente será dentro de tres días.

Sus compañeros le miraron con asombro, pero el general médico Mors no parecía ser persona que tuviera en la mente un triunfo espectacular de su país. Parecía interiormente enfermo a causa de algo que sabía pero que guardaba para sí.

La depresión anonadaba a los prisioneros, cuyo número aumentó a medida que pasaba el día. Como ya era típico, para los conquistadores eran menos que nada. Muchos de los últimos detenidos habían sido apaleados después de su arresto. El segundo día la escuela estaba ya abarrotada. Al tercer día, los invasores tendieron una valla de espinos alambrada alrededor de la escuela, y la comida para los prisioneros se la tiraron dentro, con desdén, toda junta para que se la repartieran entre ellos. El general médico Mors organizó un comité para ese menester, y para protestar contra los malos tratos y las humillaciones innecesarias.

Al cuarto día llegaron dos hombres que habían sido gravemente apaleados; estaban inconscientes, y murieron, a pesar que Mors trató, aunque sin medicinas ni equipo, de ayudarles a sobrevivir.

Los recién llegados traían noticias de lo que pasaba en la provincia. Los invasores estaban saqueando metódicamente el territorio conquistado. Era obvio que su propósito era enriquecer a su país empobreciendo a la provincia que acababan de anexionarse.

El traslado de maquinaria era continuo, incluso requisaban a los comerciantes los productos manufacturados. Kantolia había sido la provincia más próspera de su pequeño país, pero cuando los invasores terminaran su trabajo, sería la más pobre de Europa.

Y eso no era todo. Las tropas invasoras se hospedaban en los hogares de la gente, así como en los edificios públicos. Casi cada familia de Kantolia tenía que hospedar a un grupo de invasores, y debía alimentarlos a sus expensas.

Y mientras que en el ejército invasor reinaba la disciplina en

relación con sus superiores jerárquicos, con los civiles la cosa era muy distinta. El ciudadano que sólo hubiera sido robado podía darse por satisfecho.

Mientras tanto, el resto del Mundo se desentendía. Por supuesto, Kantolia no salía ni en una noticia. La censura y las fronteras celosamente guardadas se encargaban de ello. Pero las escasas y prohibidas noticias que se captaban por la radio, clandestinamente, demostraban que el Mundo exterior no estaba demasiado preocupado por la rectificación de una frontera poco importante en un rincón remoto de Europa.

Había una crisis diplomática entre las cuatro grandes potencias mundiales. El gobierno del general médico Mors había presentado una digna protesta y apelado formalmente ante las Naciones Unidas, pero el resultado de las conversaciones sobre el control de la energía atómica que llevaba la organización, era tan precario y se mantenía en un equilibrio tan inestable a fuerza de acuerdos y transacciones, que una controversia como la situación de Kantolia podía dar al traste con todo el tinglado de los acuerdos internacionales, si en ese momento se hacía presión. Por lo tanto, la consideración del tema se había pospuesto.

Los invasores tenían un tiempo indefinido durante el cual podían moldear a los ciudadanos de la provincia para acercarlos al modelo requerido, enseñarles a clamar debidamente para que se mantuviera su nueva nacionalidad a cambio de que no sucedieran cosas peores.

Curiosamente, a partir del cuarto día no llegaron más prisioneros. Uno de los últimos que llegó contó sollozando que desde el primer día de la invasión no habían dejado de llegar tropas, y que un formidable ejército estaba ya preparado para asaltar el resto del país del que Kantolia había formado parte.

Sin embargo, Mors contaba los días con sus dedos y decía con frialdad:

—¡La invasión no puede durar más de diez días! ¡Pero es terrible!

Nunca había tenido aspecto militar, y ahora, después de cinco días sin jabón para lavarse o una navaja para afeitarse, y sin poder cambiarse de ropa, su aspecto no tenía nada de imponente. Había hecho trizas su ropa interior para poder vender las heridas de los

prisioneros apaleados. La comida era insuficiente, y además, había dado su parte a los que habían sido más azotados y que por lo tanto estaban más débiles. Los cinco días pasados se notaban en su aspecto. Y, sin embargo, todavía mantenía cierta dignidad que confiere la fe.

Por la tarde del quinto día, uno de los centinelas que estaba de guardia fuera de las alambradas se tambaleó, soltó su fusil contra un árbol y luego se agarró al tronco presa de un ataque de debilidad. El general médico Mors lo vio.

Lo estuvo observando hasta que terminó. Se le notaba la angustia que llevaba dentro. Pero sus ojos brillaban con resolución mientras miraba a su alrededor a los abatidos compañeros de prisión, que había sido el primer beneficio que habían obtenido de los invasores.

—Tengo que pedir a alguien que me preste una maquinilla de afeitar —le dijo Mors al alcalde de Stadheim, que casualmente se encontraba junto a él—. O un cuchillo, si no tendré que romper el cristal de una ventana y tratar de afeitarme con un trozo. Voy a pedir la rendición del ejército invasor.

No consiguió hacer llegar su demanda aquel día. A última hora de la tarde del séptimo día de ocupación, el general médico Mors fue llevado a la presencia del general Vladek.

Durante el camino desde la escuela, el delgado y sucio hombrecillo había tenido que andar a través de las calles de Stadheim. Estaban prácticamente vacías, sucias y sin barrer. La porquería se amontonaba en las aceras. Vio a algunos civiles y a ningún soldado, excepto a sus guardianes, hasta que llegó al cuartel general de sus enemigos.

Allí vio a un soldado invasor, a un centinela, caído en la acera formando un curioso montón informe. El general médico Mors supo a la primera ojeada que aquel hombre estaba muerto.

Su angustia interior era todavía más visible cuando le introdujeron en el despacho del general Vladek. La escena de esta segunda entrevista también tuvo lugar en el despacho del gobernador provincial. Pero ahora la plebeya elegancia de sus muebles había sido corregida. Ahora era la perfecta estampa de la eficiencia. Había archivadores y mapas en las paredes, y una fotocopidora automática que grababa sobre el papel de un rollo,

que se iba desplegando, órdenes tipografiadas, pesquisas, listas, etc...

El general Vladek seguía tan estilizado y tan elegantemente condecorado como la primera vez. Pero ahora su mejilla se contraía con una mueca nerviosa. Su cara estaba extrañamente gris. Miró al general médico Mors con un espanto desesperado.

—Va a ser usted fusilado —le dijo con aterradora impasibilidad—, si contesta con la verdad a mis preguntas. Si no las contesta no será fusilado, pero pedirá desesperadamente la oportunidad de reconsiderar sus palabras ¡y ganarse así el fusilamiento! ¿Me ha entendido?

El general médico Mors se sentó con gran compostura. Su intento de afeitarse no había tenido gran éxito. Era en todos los aspectos el extremo opuesto del esplendor del general invasor.

—Yo pedí esa entrevista —expuso Mors yendo directo al asunto— para preguntar si está usted dispuesto a rendirse con las tropas bajo su mando. Usted mencionó que yo era el superior en rango de mi ejército que había caído en sus manos, y dudo que haya capturado a alguien más. Por lo tanto parece que soy la persona adecuada para hacer la demanda.

El general Vladek hizo un gesto violento. Luego recompuso su aspecto, pero su respiración era acelerada, su mejilla se contraía en un gesto nervioso y enseñaba los dientes al sonreír. No parecía estar en sus cabales.

—¿Qué es esta epidemia? —preguntó en medio de un silencio mortal—. Mis hombres mueren, ¡diez mil cada día! ¡Hemos perdido treinta y cinco mil en cuatro días, y hasta ahora sólo seis personas nativas de Kantolia parecen haber contraído la enfermedad! ¿Qué es esto Mors?

El general médico Mors se echó hacia atrás en su silla. En su aspecto no había rastro alguno de la satisfacción del triunfo.

—Debe ser un organismo que nosotros cultivamos... —dijo pesaroso—. Su designación oficial es CK-211. Tengo entendido que es una mutación artificial, una variación de una bacteria bastante corriente. Me han dicho que se podría describir como una forma enana de los diplococos. Es apenas mayor que la molécula de un virus. No pretenderá, espero, que sea más explícito.

Las manos del general Vladek se distendieron.

—¡Ah-h-h-h! —dijo con mortal suavidad—. No es una plaga normal. ¡Esto es una guerra biológica! Demasiado cobardes para luchar como luchan los hombres de honor, su nación...

—No hay guerra entre nuestras naciones —repuso Mors prosaicamente— usted invadió mi país como un bandido, tomando sus propias medidas en el ataque. Por eso nosotros tomamos las nuestras en la defensa. Si usted se rinde con las tropas bajo su mando, hay bastantes posibilidades de salvar sus vidas. ¿Ha pensado usted en ello?

Las mejillas del general Vladek se crisparon. Sus manos temblaban de odio.

—Dígame la verdad —dijo con voz ronca— y le haré fusilar... ¡Le concedo hasta eso!; ¡prometo que le haré fusilar! Pero si usted no...

—Creo que está usted comportándose absurdamente, general —dijo Mors impertérrito—, por lo que recuerdo de los detalles, la muerte tiene lugar al tercer día después de la infección, por lo general unas horas después de aparecer los primeros síntomas. Las sulfamidas, estreptomycinina y penicilina no hacen ningún efecto contra este virus en particular, porque fue especialmente cultivado para ser resistente a estas medicinas. También, si no recuerdo mal, el paciente es infeccioso casi desde el mismo momento de su propia infección. Creo que comprenderá sus bajas. Además en una epidemia de esta clase, la tasa de mortalidad debe ascender geométricamente hasta la natural inmunidad y la falta de posibles víctimas que la haga bajar.

Mors hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Ordenó a sus hombres que se abstuvieran a todo contacto con la población civil?

El general Vladek estaba furioso.

—¡Sospeché la intención cuando comenzó la plaga! Los oficiales de mi cuerpo médico insistían en que sólo mis hombres sufrían la infección, la causa debía ser achacada a la contaminación de los abastecimientos que llegaban de nuestro país. Ordené a mis tropas que se alimentaran con la producción local y que distribuyesen nuestras raciones entre la población, como venganza en el caso de que sus espías en nuestro sistema de suministros fueran los culpables. ¡Pero la tasa de infección se triplicó! ¡Y su gente no

muere! ¡Mueren mis hombres! ¡Sólo mis hombres...!

El general médico Mors asintió. Su mirada era sombría aunque resuelta.

—Esto es natural —observó—. Nuestra población está inmunizada. Nosotros —añadió luego para aclararlo— hemos inmunizado prácticamente a la totalidad de nuestra población contra enfermedades que antes eran corrientes. E incluíamos en la inyección dada a cada ciudadano una fracción de una fórmula muy interesante que producía la inmunidad a los diplococos de una forma totalmente nueva.

El apuesto general Vladek estaba helado y sin habla, con una rabia tan mortal que le hacía aparecer calmado.

—Hace posible la simbiosis —explicaba Mors en tono interesado—. Produce unas condiciones bajo las cuales el cuerpo humano y la serie completa de diplococos pueden vivir juntos. No produce la relación. Eso requiere también los organismos. Solamente la hace posible. No hemos tenido ninguna infección por diplococos en nuestro país desde hace años. Estas enfermedades suelen ser muy raras entre nosotros. La inoculación hace posible para cualquiera de nuestros ciudadanos el establecimiento de una auténtica relación simbiótica en caso de que los encontrara. Es como la adaptación de la flora intestinal y los bacilos del colon para nosotros. No nos perjudican y nosotros no les perjudicamos a ellos. ¿Sigue usted la explicación?

La voz del general Vladek se había vuelto casi inhumana.

—¿Cómo se infectaron mis hombres? —preguntó; su voz estallaba—. Dígame, ¿cómo fueron infectados mis hombres? Mi cuerpo médico dice...

—Nosotros no los infectamos —dijo Mors con calma—. Nosotros sólo infectamos a nuestra propia población. En la mañana de su invasión, nosotros propagamos la infección en el agua potable y en la comida. Infectamos a nuestra propia población, que no podía ser perjudicada por ello, y luego vino usted, y yo le advertí de que apartara a sus soldados de nuestra gente. También le aconsejé que se llevara a sus soldados por su propia seguridad, pero usted no quiso escucharme. Porque —su tono era absolutamente normal— cada ciudadano de nuestro país lleva, en sí la plaga de la que mueren sus soldados. Sólo la transmiten, pero no la sufren. Somos

una nación de transmisores de la plaga que está diezmando su ejército.

El general Vladek era la imagen de una helada y desesperada rabia. Su rostro estaba agrisado y su mejilla se contraía nerviosamente. Había conducido un ejército invasor triunfalmente hasta esta provincia. Pero sin disparar un tiro, su ejército ya no era un ejército, y un centinela yacía muerto en la calle, delante de su cuartel general.

—No nos gustaba hacerlo —dijo el general médico Mors con pesadumbre— pero teníamos que hacerlo para defendernos. El suelo de nuestra patria es ahora mortal para su gente. Si usted matara y quemara a todos los ciudadanos de nuestras tierras, éstas seguirían siendo fatales para sus tropas y para los emigrantes que las siguieran. Usted no puede aprovecharse de Kantolia, ni tampoco del resto de mi país. Todo lo robado que han enviado a sus hogares ha contagiado la infección en sus ciudades. Los que la tenían la han llevado hasta allí y la han transmitido antes de morir. Los colaboracionistas que usted envió a su país para ser recompensados por traicionar a los suyos también eran transmisores. La plaga debe estar haciendo terribles estragos en su país. Otras naciones van a cerrar sus fronteras en cuarentena, si no lo han hecho ya. Su nación estará perdida si no nos deja salvarla. Le ruego que nos permita hacerlo —el general médico Mors añadió muy fatigado—: Espero que rendirá usted su ejército, general Vladek. Sus hombres, como prisioneros nuestros, se convertirán en nuestros pacientes y los curaremos. De otro modo morirán. Permítanoslo y nosotros controlaremos la epidemia que ustedes crearon en su propio país al invadirnos. Nosotros no nos defendimos sin conocer totalmente nuestra arma. Pero tendrá usted que darnos el poder de rescatarles. Usted y su nación tienen que rendirse sin condiciones...

El general Vladek se levantó, tocó un timbre y un oficial y algunos soldados entraron.

—¡Llévenselo de aquí! —gritó brutalmente, y a continuación, con un chillido, dijo—: ¡Llévenselo y mátenlo!

El oficial iba a obedecer cuando se oyó un ruido. Un fusil se había caído al suelo y un soldado se tambaleaba. Se derrumbó sobre uno de los muebles metálicos del archivo y se agarró a él desesperadamente. El sudor inundaba su rostro, estaba del color de

la ceniza, sabía lo que le pasaba. Sollozó. Era un hombre muerto aunque todavía se movía y respiraba. Grandes lágrimas asomaron a su rostro. Los demás soldados se tambalearon y huyeron.

El general médico Mors estaba de pie junto a una pocilga y discutía pacientemente con un aldeano que hasta el momento se había negado obstinadamente a permitir la inoculación de su familia y ganado. El hombre bajito que vestía un uniforme que le caía muy mal dijo seriamente:

—Es una cuestión de vivir juntos... lo que los hombres que han estudiado llaman simbiosis. Defendimos nuestro país con las otras inoculaciones. ¡Ahora tenemos que defender a toda la humanidad con estas otras! No queremos que nuestra gente sea temida o odiada. Queremos visitantes de otras naciones, que vengan y vivan entre nosotros en paz y seguridad, que no tengan miedo de comerciar con nosotros. ¡Si otros países nos tienen miedo, nosotros sufriremos las consecuencias!

El campesino comenzó a vacilar. La victoria sobre los invasores y los términos que se impusieron para su rendición le habían hecho sentirse orgulloso. Los pacientes argumentos del general Mors iban convenciéndole gradualmente.

—¡Ah!, pero ellos nos hicieron la guerra. ¡Aquello era diferente! No queremos más guerras. Cuando usted y su familia y su ganado hayan sido inoculados, habremos dado un paso más hacia el entendimiento de que las naciones que están en paz puedan vivir juntas —sentenció el general médico Mors—. Solamente mueren juntas las naciones que están en guerra.

Primer encuentro

Tommy Dort penetró en la cámara del comandante con el último par de estereofotos que acababa de hacer y dijo:

—He terminado, señor. Éstas son las dos últimas fotos que puedo tomar.

Se las tendió al comandante y miró con interés profesional las visipantallas que mostraban el espacio exterior que rodeaba a la nave. Unas luces tenues, de un rojo oscuro, indicaban los controles e instrumentos, tales como el ordenador de guardia necesario para la navegación de la nave espacial *Lianvabon*, en la que estaban viajando. Había un hondo y cómodo sillón almohadillado ante los controles. Había también un pequeño dispositivo formado por espejos extrañamente esquinados —descendiente remoto de los espejos retrovisores de los motoristas del siglo xx— que permitía ver de una sola ojeada todas las visipantallas a la vez sin necesidad de volver la cabeza. Y también había las enormes pantallas que proporcionaban una visión mucho más agradable y directa de la vista del espacio.

El *Lianvabon* se encontraba a una gran distancia de su lugar de origen. En las pantallas se observaban todas y cada una de las estrellas visibles a simple vista por su magnitud, y además se podía ampliar la visión a voluntad y casi sin límites. Esas estrellas mostraban todas las gradaciones imaginables de brillo y los desconcertantes y diversos colores que tenían en cuanto se las veía fuera de la atmósfera. Pero todas ellas eran desconocidas. Sólo dos constelaciones se podían reconocer como se las veía desde la Tierra, pero encogidas y distorsionadas. La Vía Láctea parecía vagamente fuera de lugar. Pero incluso esas rarezas eran de poca importancia comparadas con la vista en las pantallas delanteras.

Delante se extendía una amplia nebulosidad. Una niebla luminosa. Daba la sensación de una total inmovilidad. Se necesitaba mucho tiempo para apreciar en las pantallas visivas un acercamiento, a pesar que el indicador de velocidad de la nave espacial mostraba una velocidad increíble. La niebla era la llamada Nebulosa del Cangrejo, de seis años luz de diámetro por un grosor de tres años y medio luz, con prolongaciones que, vistas desde los telescopios de la Tierra, le prestaban cierta semejanza con el animal que le había dado nombre. Era una nube de gas, infinitamente tenue, que estaba a mitad de distancia del Sol a su más próxima estrella solar. En lo más profundo de ella ardían dos estrellas o una estrella doble; una era del color amarillo familiar propio del Sol de la Tierra, y la otra de una curiosa coloración blanca.

Meditativo, Tommy Dort dijo:

—¿Estamos enfilando una profundidad, señor?

El comandante había estudiado las dos últimas placas que había tomado Tommy y las colocó a un lado. De nuevo volvía a sentir la sensación de inquietud que le producía la contemplación de las visipantallas que tenía delante. El *Lianvabon* estaba desacelerando a toda marcha. Estaba escasamente a medio año luz de la nebulosa. El trabajo de Tommy había servido para orientar el curso de la nave hasta el momento, pero ahora estaba ya terminado. Durante toda la estancia de la nave exploradora en al nebulosa, Tommy Dort podía holgazanear. Sin embargo, su trabajo hasta entonces había valido con creces el viaje.

Acababa de completar una única, primera, y total relación fotográfica del movimiento de una nebulosa durante un periodo de cuatro mil años, tomada por el mismo individuo con el mismo aparato y con exposiciones de control para detectar y registrar cualquier error de sistema. Era, en sí mismo, un logro que justificaba de sobras el viaje desde la Tierra. Poro además también había registrado cuatro mil años de historia de una estrella doble, y cuatro mil años de historia de una estrella en su degeneración hasta convertirse en una enana blanca.

No es que Tommy Dort tuviera cuatro mil años, porque en este momento se encontraba entre los veinte y los treinta años. Pero la nebulosa Cangrejo está a cuatro mil años luz de la Tierra, y las dos últimas fotos habían sido tomadas a una luz que no llegaría a la

Tierra hasta el sexto milenio después de Cristo. En el viaje espacial —a velocidades que eran increíbles múltiplos de la velocidad de la luz— Tommy Dort había registrado cada aspecto de la nebulosa a la luz que la había abandonado desde hacía cuarenta siglos hasta seis meses atrás.

El *Lianvabon* avanzaba a través del espacio. Lenta, lentamente, la increíble luminosidad se asomaba a las pantallas de visión. Borraba de la vista la mitad del Universo. Delante de la incandescente niebla, y detrás, se veía un vacío tachonado de estrellas. La niebla borraba la visión de las tres cuartas partes de las estrellas. Algunas, las más brillantes, titilaban pálidas a través de los extremos de la nebulosa, pero sólo unas pocas. Luego, por la popa, sólo se veía un trozo irregular de negrura, en el que las estrellas brillaban inmóviles. El *Lianvabon* se sumergió en la nebulosa, y parecía que se hubiera introducido en un túnel de obscuridad de paredes resplandecientes de niebla.

Qué era exactamente lo que estaba haciendo la nave espacial. Las fotografías que habían captado las mayores distancias habían revelado una estructura distintiva en la nebulosa. No era amorfa, tenía forma. A medida que el *Lianvabon* se iba acercando a esos indicios de estructura, éstos se iban haciendo más precisos, y Tommy Dort había rogado que la nave siguiera el camino de un acercamiento en curva para poder fotografiarlos. Por eso la nave espacial se había acercado a la nebulosa siguiendo una amplia curva logarítmica, y Tommy había podido tomar sucesivas fotografías desde ángulos ligeramente distintos y conseguir estereopares que mostraban la nebulosa en tres dimensiones, los cuales revelaron unos salientes redondeados y unas hendiduras que daban lugar a una forma compleja. En algunos sitios la nebulosa mostraba unas circunvoluciones como las de un cerebro humano. En una de estas hendiduras era por donde en este momento se estaba sumergiendo la nave espacial. Se las había llamado «profundidades» por su analogía con las hendiduras del suelo marino. Y prometían ser muy útiles.

El comandante descansó. Una de las funciones de un comandante, hoy día, es buscar los asuntos que planteen problemas y luego preocuparse para resolverlos. El comandante del *Lianvabon* era escrupuloso. Sólo si un cierto instrumento demostraba no estar

registrando nada se relajaba en su sillón.

—Había sólo alguna posibilidad —dijo lentamente— de que estas profundidades fueran un gas no luminoso. Pero son vacíos, por lo tanto nos será posible una superaceleración mientras estemos en ellos.

Desde el borde de la nebulosa a la cercanía de la doble estrella, que era como su corazón o centro, había un año y medio luz. Y ese era el problema. Una nebulosa es un gas, pero tan tenue, que la cola de un cometa parece sólida en comparación. Y una nave marchando a velocidad superacelerada —por encima de la velocidad de la luz— no debe entrar en contacto ni siquiera con un vacío demasiado duro. Necesita un vacío total, como el que existe entre las estrellas. Pero el *Lianvabon* no podía hacer gran cosa en esa extensión de nebulosa si tenía que limitarse a la velocidad que le permitía un vacío duro. La luminosidad parecía cerrarse tras la nave espacial, que iba bajando y bajando el nivel de velocidad. La superaceleración terminó con el repentino zumbido que invade a la persona cuando ésta se abandona.

Entonces casi instantáneamente, comenzaron a sonar señales y alarmas estridentes por toda la nave. Tommy Dort estaba casi ensordecido por el sonido del timbre de alarma que sonaba en la habitación del comandante antes de que el oficial responsable de la navegación lo desconectara con un gesto de la mano. Pero otros timbres se oían por todo el resto de la nave, aunque se iban desconectando a medida que las puertas se iban cerrando automáticamente una por una.

Tommy Dort clavó su mirada en el comandante, mientras éste cerraba con fuerza los puños. De un salto se puso en pie para observar por encima del hombro del oficial responsable. Uno de los indicadores se movía convulsivamente. Otros trabajaban al máximo para registrar todo lo que iban encontrando. Sobre una pantalla combada se veía una mancha entre la difusa e iluminada neblina, que se hizo más brillante al ser enfocada por el scanner o foco automático de exploración. Estaba en la dirección del objeto que había hecho saltar la alarma de colisión. Por el aparato de localización —que informaba que había un objeto sólido a unos ciento cincuenta mil kilómetros— percibían un objeto que no era de gran tamaño, pero también se observaba que había otro objeto cuya

distancia variaba desde el límite extremo al cero, y cuyo tamaño convertía esta variación en un imposible avance y retroceso.

—¡Alzad el scanner! —gritó el comandante.

El haz de luz del foco superpotente del scanner se dirigió hacia adelante abandonando la imagen no identificada que quedó atrás. Se multiplicó el grado del amplificador, pero no aparecía nada, absolutamente nada. Y, no obstante, el rayo localizador insistía en que algo monstruoso e invisible se lanzaba locamente hacia el *Lianvabon* a velocidades que implicaban una colisión inevitable, y luego se retiraba a la misma velocidad.

El amplificador de la pantalla se puso al máximo. Pero nada. El comandante apretaba los dientes. Tommy Dort dijo meditativamente:

—¿Sabe señor?, yo vi algo parecido a esto, una vez, en una nave del recorrido Tierra-Marte, cuando estábamos siendo localizados por otra nave. Su rayo localizador tenía la misma frecuencia que el nuestro, y cada vez que daba con nosotros los aparatos localizaban algo como monstruoso y sólido.

—Esto —dijo el comandante lentamente— es justamente lo que está sucediendo ahora. Hay como un rayo localizador sobre nosotros. Estamos recibiendo ese rayo y además nuestro propio eco. ¡Pero la otra nave es invisible! ¿Quién puede estar ahí fuera en una nave invisible con aparatos localizadores? Hombres no, esto es seguro.

Apretó el interruptor de comunicación que llevaba en la manga y ordenó:

—¡Puestos de acción! ¡Hombres a todas las armas! ¡Situación de extrema alerta en todos los departamentos, inmediatamente!

Sus manos se abrían y cerraban. Volvió a mirar a la pantalla que no mostraba más que un resplandor sin forma.

—Hombres ¿no? —Tommy Dort se puso tenso—. ¿Quiere decir...?

—¿Cuántos sistemas solares hay en nuestra galaxia? —preguntó con amargura el comandante—; ¿cuántos planetas puede haber aptos para la vida?; ¿y cuántas clases de vida? Si ésta no es de la Tierra —y no lo es— tiene una tripulación que no es humana. ¡Y seres que no son humanos pero que están al nivel de viajar en profundidad por el espacio según su civilización, pueden significar

cualquier cosa!

Las manos del comandante temblaban. No hubiera hablado con tanta franqueza a un miembro de su tripulación, pero Tommy Dort pertenecía al equipo de observación. E incluso un comandante, cuyas obligaciones incluían las preocupaciones, necesitan, a veces, desesperadamente, poder compartir sus angustias. A veces, también, el pensar en voz alta, ayuda.

—Se ha estado especulando sobre algo así durante años —dijo con voz queda—. Matemáticamente, las apuestas eran favorables a que en algún lugar de nuestra galaxia debía haber otra raza con una civilización igual o más avanzada que la nuestra. Nadie podía adivinar dónde o cuándo los encontraríamos. ¡Pero parece que ahora ha sucedido!

Los ojos de Tommy brillaban.

—¿Supone usted, señor, que vendrán en plan amistoso?

El comandante observó el indicador de distancia. El objeto fantasma seguía en sus locos e inexistentes vaivenes hacia el *Lianvabon*. La indicación secundaria de un objeto a ciento cincuenta mil kilómetros daba señales débiles.

—Se está moviendo —dijo lacónicamente—. Viene hacia nosotros. Exactamente lo mismo que haríamos nosotros si una nave desconocida apareciera en nuestro espacio propio. ¿Amistosamente? ¡Quizá! Vamos a intentar ponernos en contacto con ellos. No tenemos más remedio. Pero sospecho que esto es el fin de esta expedición. Gracias a Dios que tenemos los blasters.

Blasters es un anglicismo que describe a los aparatos cuyos rayos, de devastadora destrucción, se usan para aniquilar meteoritos que se encuentran en el camino de una nave espacial, cuando no se consigue desviarlos por otros medios. Estos aparatos no están destinados para la guerra, pero pueden servir eficazmente para tal fin.

Pueden entrar en acción a ocho mil kilómetros y poner en funcionamiento la potencialidad total de la nave. Con banco automático y una transversal de cinco grados, una nave como el *Lianvabon* casi es capaz de perforar un pequeño asteroide que se ponga en su camino. Pero no en superaceleración, por supuesto.

Tommy Dort se había acercado a la pantalla arqueada.

—¿Los blasters, señor?, ¿para qué?

El comandante hizo una mueca en dirección a la pantalla.

—Porque no sabemos cómo son, y no podemos aventurarnos! ¡Ya sé! —añadió con amargura—. Vamos a tratar de ponernos en contacto con ellos y procuraremos averiguar todo lo que podamos. Sobre todo, de dónde vienen. Supongo que intentaremos hacernos amigos, pero no tenemos demasiadas posibilidades. No podemos fiarnos de ellos lo más mínimo. ¡No podemos atrevernos! Tienen localizadores y quizá también rastreadores mejores que los nuestros. Puede que sean capaces de rastrear nuestro camino a casa sin que lo notemos. No podemos correr el albur de enseñar a seres que no son humanos dónde está la Tierra, si no confiamos totalmente en ellos. Y, ¿cómo podemos hacerlo? Podrían venir a comerciar, por supuesto, o podrían venir sobre nosotros precipitándose con una flota de batalla en superaceleración que podría aniquilarnos antes de que supiéramos qué había ocurrido. No sabríamos qué es lo que nos podría pasar, ni cuándo.

La cara de Tommy expresó alarma.

—Todo ha sido trillado una y otra vez en teoría, claro —dijo el comandante— y nadie ha sido capaz nunca de encontrar una buena solución, ni siquiera sobre el papel. Pero lo curioso es que a nadie, después de tanto teorizar, a nadie se le ocurrió la loca idea y casi imposible de un encuentro en el espacio, sin que ni los unos ni los otros sepamos de dónde vienen los desconocidos. ¡Pero tendremos que averiguarlo! ¿Qué vamos a hacer con ellos? Quizá estas criaturas sean maravillosas estéticamente, agradables, amistosas y educadas —y por debajo escondan la brutal ferocidad de un cocodrilo—. O quizá sean toscos y ásperos como un granjero e igualmente honestos en su interior. Quizá sean algo intermedio. Pero puedo yo poner en peligro el posible futuro de la raza humana, dando por bueno que tenemos que confiar en ellos? ¡Dios sabe bien que valdría la pena hacer amistad con una nueva civilización! Sería estimulante para la nuestra y quizá ganaríamos mucho con ello. Pero no puedo correr riesgos. ¡Lo que no voy a permitir es que sepan encontrar dónde está la Tierra! ¡O bien me aseguro que no pueden seguirnos o no volvemos a casa! ¡Y ellos probablemente estarán pensando en lo mismo!

Apretó de nuevo el comunicador de la manga.

—Oficiales de navegación, ¡atención! Todos los mapas astrales

que haya en la nave tienen que estar preparados para la destrucción instantánea. Incluyendo fotografías y diagramas de los que se pudiera deducir nuestro punto de partida. Quiero todos los datos recogidos y preparados para ser destruidos instantáneamente. ¡Háganlo inmediatamente y avisen cuando hayan concluido!

Soltó el botón. Había envejecido de repente. El primer encuentro de la humanidad con una raza extraña era una situación que se había previsto de muchas maneras, pero ninguna tan desesperanzadora como ésta en cuanto al modo de hallar una solución. Una nave solitaria de la Tierra y otra solitaria de quién sabe dónde encontrándose en una nebulosa que debía estar muy lejos del punto de partida de ambas. Quizá quieran la paz, pero la línea de conducta que mejor prepara para un ataque por sorpresa es parecer amistoso. Sin una absoluta, prudencia se podría provocar el fin de la raza humana, y, sin embargo, un pacífico intercambio de los respectivos frutos de la civilización podría ser el mayor beneficio imaginable. Cualquier equivocación podría ser irreparable, pero cualquier fallo en la prudencia sería fatal.

La cámara del comandante estaba silenciosa. La pantalla arqueada estaba llena con la imagen de una pequeña sección de nebulosa. Una parte muy pequeña. Todo era difuso, sin forma, sólo una niebla luminosa. Pero, de repente, Tommy Dort señaló:

—¡Allí, señor!

Había una pequeña forma en medio de la neblina. Estaba muy lejos. Era de color negro sin pulir, no como el brillante casco del *Lianvabon*. Parecía un bulbo, aproximadamente de la forma de una pera. Entre ambas naves había mucha, aunque velada, luminosidad, por lo que no podían observarse los detalles. Pero se podía afirmar con toda seguridad que no era un objeto natural. Entonces Tommy observó el indicador de distancias y dijo en voz baja:

—Se está acercando a nosotros a gran velocidad, señor. La ventaja es que ellos están pensando la mismo que nosotros, señor, que ninguno de nosotros permitirá al otro que se vaya. ¿Cree que intentarán ponerse en contacto con nosotros, o nos soltarán una andanada con su armamento en cuanto nos tengan a tiro?

El *Lianvabon* ya no se encontraba en una de las hendiduras vacías de la tenue substancia de la nebulosa; nadaba en plena luminosidad. No había más estrellas que las del centro nebuloso. No

había más que una luz que lo envolvía todo, y curiosamente se parecía a la que nos imaginamos bajo las aguas de los trópicos terrestres.

La nave desconocida dio una señal de no llevar tan malas intenciones. Cuando se acercó al *Lianvabon* desaceleró. El *Lianvabon* había avanzado hacia su encuentro y luego se había parado en seco. Su movimiento había sido un signo de reconocimiento de la cercanía de la otra nave. Su parada era una señal amistosa y además un modo de precaverse contra un ataque. Relativamente poco quieta, podía balancearse sobre su propio eje y presentar el menor objetivo ante la posibilidad de un ataque. Además tendría mayor tiempo para hacer fuego que si las dos naves, sumando ambas velocidades pasaban una ante la otra en direcciones contrarias.

Pero el momento en que se acercaron una a la otra fue de una tensión indescriptible. La afilada proa del *Lianvabon* apuntaba resueltamente al cuerpo de la otra nave. Un transmisor llevó a la cámara del comandante la llave con la que podía disparar los blasters. Tommy Dort observaba con el ceño fruncido. Los desconocidos debían pertenecer a una civilización muy desarrollada si tenían naves espaciales, y la civilización no se desarrolla sin desarrollar al mismo tiempo la previsión. Esos extraños tienen que comprender todas las implicaciones de este primer encuentro entre dos especies civilizadas tan completamente como los humanos del *Lianvabon*.

La posibilidad de un enorme resurgimiento en el desarrollo de ambas partes, por medio del contacto pacífico y el intercambio de sus diferencias tecnológicas, resultaría un pensamiento estimulante para ellos tanto como para los hombres. Pero cuando las culturas humanas desiguales entran en contacto, una tiene que subordinarse a la otra o hay guerra. Y la subordinación entre razas que provienen de distintos planetas no tiene una solución pacífica. Los hombres, por lo menos, no consentirían nunca una subordinación, como tampoco era probable que una civilización altamente desarrollada la aceptara. Los beneficios que se pudieran derivar del comercio nunca podrían suplir suficientemente una condición de inferioridad. Algunas razas —la humana, quizá— preferirían el comercio a la conquista. Quizá —quizá— esos desconocidos también lo prefirieran. Pero algunos tipos, incluso entre los humanos, hubieran

anhelado la guerra. Si la nave desconocida, que ahora se acercaba al *Lianvabon*, volvía a su lugar de origen con noticias de la existencia de la raza humana y de naves como el *Lianvabon*, les daría a los de su especie el poder escoger entre el comercio o la guerra. Podían desear el comercio, o desear la guerra. Pero se necesitan dos para comerciar, y sólo uno para hacer la guerra. No podían estar seguros de las intenciones pacíficas de los hombres, ni éstos confiar en las intenciones de los otros. La única solución para ambas civilizaciones era la destrucción de una de las dos naves, aquí y ahora.

Pero incluso la victoria no sería realmente suficiente. Los hombres necesitarían saber dónde podrían encontrar esa nueva raza, para evitarla o para la guerra. Deberían averiguar sus armas y sus recursos, y si constituían una amenaza y cómo podían eliminarla en caso de necesidad. Y los desconocidos tendrían los mismos sentimientos y necesidades con respecto a la humanidad.

El comandante del *Lianvabon* no apretó el botón que podría haber hecho estallar la otra nave. No se atrevió. Pero tampoco se atrevía a no atacar. Tenía la frente sudorosa.

Un altavoz murmuraba algo. Alguien estaba hablando en la cámara de clasificación.

—¡La otra nave se ha parado, señor. Totalmente estacionada. Los blasters la están apuntando, señor.

Era una incitación a la orden de fuego. El comandante movió la cabeza, hablando consigo mismo. La nave desconocida estaba a una distancia de no más de veinte millas. Era totalmente negra. Cada parte de su negro exterior era de un negro abismal, antirreflectante. No se distinguían detalles excepto las variaciones de su silueta que se recortaba sobre la nebulosa.

—Ha parado del todo, señor —dijo otra voz—. Han enviado una onda corta modulada hacia nosotros. Frecuencia modulada. Aparentemente una señal, sin fuerza suficiente para hacer daño.

El comandante dijo con los labios entreabiertos y las mandíbulas cerradas por la tensión:

—Están haciendo algo ahora. Hay un movimiento fuera de su casco. Vigilen lo que están sacando. Dirijan los blasters auxiliares hacia eso.

Algo pequeño y redondo salió suavemente fuera de la silueta

oval de la negra nave. El casco bulboso se movió.

—Se están moviendo, señor —dijo el que hablaba—. El objeto que han dejado es estacionario, está donde lo pusieron.

Otra voz interrumpió:

—Más sonidos en frecuencia modulada, señor, son ininteligibles.

Los ojos de Tommy Dort se iluminaron. El comandante vigilaba la pantalla con la frente perlada de sudor.

—Bastante bien, señor —dijo Tommy, meditabundo—. Si envían algo hacia nosotros, puede parecer un proyectil o una bomba. Así es que se acercaron, soltaron un bote salvavidas y se alejaron. Suponen que podemos enviar un hombre o un bote para ponernos en contacto sin riesgos para nuestra nave. Tienen que pensar de una manera muy parecida a nosotros.

El comandante, sin apartar los ojos de la pantalla, dijo:

—Señor Dort, ¿le importaría salir y ver qué es aquello? No se lo puedo ordenar, pero necesito a toda mi tripulación para una emergencia. El equipo de observación...

—Es sacrificable. Muy bien, señor —dijo Tommy, decididamente—. No voy a coger un bote, señor, sólo un traje con impulsores. Es menor, y los brazos y las piernas no se parecen a una bomba. Creo que debería llevarme un scanner como foco explorador, señor.

La nave desconocida seguía apartándose. Cien, doscientos, seiscientos kilómetros, era una buena señal. Mientras se embutía en el traje espacial, justo en la compuerta de aire del *Lianvabon*, Tommy oía a través de los altavoces las últimas noticias. Que la nave se hubiera retirado seiscientos kilómetros era una buena señal. Quizás es que sus armas no alcanzaban mayor distancia y así se sentían más seguros. Pero no había terminado de pensar en ello cuando ya la negra nave se retiraba precipitadamente más lejos. Mientras Tommy emergía al exterior por la compuerta, reflexionaba sobre el nuevo movimiento. Quizá era porque los desconocidos habían pensado que así se traicionaban, o quizá querían dar esa impresión.

De un empujón se apartó de la mole plateada y brillante que era el *Lianvabon*, en medio de un brillante y luminoso vacío, por primera vez en la historia de la humanidad. Tras él, el *Lianvabon* se movió en arco y se retiró. La voz del comandante llegó a Tommy a través de los audífonos del casco.

—Nosotros también nos estarnos retirando, señor Dort. Hay una posibilidad de que tengan algún explosivo de reacción atómica que no puedan usar desde su propia nave, pero que pueda ser destructivo incluso a esta distancia. Nos vamos a retirar. Mantenga el rayo del scanner sobre el objeto.

El razonamiento era lógico, aunque no demasiado reconfortante. Un explosivo capaz de destruir cualquier cosa en un radio de treinta kilómetros, era teóricamente posible, pero los humanos todavía no lo poseían. Era decididamente más seguro que el *Lianvabon* se situase más lejos.

Pero Tommy Dort se sintió muy solitario. Se dirigía por el vacío hacia un pequeño punto negro que flotaba en medio de una increíble claridad. El *Lianvabon* desapareció. El pulido casco emergía rodeado de la radiante niebla a una distancia relativamente corta. La nave desconocida tampoco era visible a simple vista. Tommy nadaba en el vacío a cuatro mil años luz de casa, hacia un minúsculo punto negro, que era el único punto sólido a la vista en todo el espacio.

Era una esfera ligeramente deformada, de un tamaño aproximado de dos metros de diámetro. Se apartó flotando cuando Tommy se posó sobre ella con los pies. Tenía una especie de tentáculos pequeños o cuernos proyectándose en todas direcciones. Se parecía mucho a los detonadores de una mina submarina, pero en la punta de cada uno de ellos había un destello de cristal.

—Ya he llegado —dijo Tommy a través del fono de su casco.

Se agarró a uno de los tentáculos para aproximarse al objeto. Era todo de metal. Totalmente negro. Los guantes espaciales no le permitían sentir con el tacto, pero lo estuvo tocando por todas partes intentando averiguar para qué servía.

—Misterio insuperable, señor —dijo—, no tengo nada que añadir que el scanner no le haya mostrado ya.

Entonces, a través del traje espacial, sintió vibraciones, que se traducían en sonidos estridentes. Una sección del casco redondo del objeto se abrió. Dio la vuelta para poder observar por dentro y ver a los primeros seres no humanos civilizados que ningún hombre había visto antes.

Pero lo que vio fue sencillamente una pantalla llana en la que se movían pálidos destellos rojos al parecer sin ningún objeto. Los

fonos de su casco emitieron una exclamación desconcertada a la que siguió la voz del comandante:

—Muy bien, señor Dort. Fije su scanner para que enfoque la pantalla. Han lanzado al espacio un robot con una pantalla de infrarrojos para comunicarse. No han hecho arriesgarse a nadie. Cualquier cosa que hagamos sólo estropeará la maquinaria. Quizá esperan que nosotros lo traigamos a bordo —y puede llevar una bomba cargada que pueda ser detonada cuando estén preparados para volver a casa. Voy a enviar una pantalla para colocarla enfrente a uno de sus scanners. Usted vuelva a la nave.

—Sí, señor —dijo Tommy—, pero ¿dónde está la nave?

No había estrellas, la nebulosa las oscurecía con su luz. La única cosa visible desde el robot era la estrella doble en el centro de la nebulosa. Tommy estaba desorientado. Sólo tenía un punto de referencia.

—Láncese en línea recta desde la doble estrella en la posición en que se encuentra —llegó la orden por el fono de su casco—. Nosotros le recogeremos.

Al poco tiempo se cruzó con otra figura solitaria que iba en dirección al robot, con una pantalla para colocarla allí. Las dos naves espaciales, conscientes cada una de ellas de que no debían arriesgar la supervivencia de su propia raza por un mínimo fallo de precaución, se iban a comunicar entre ellas por medio de ese pequeño y redondo robot. Sus sistemas separados de visión harían posible el intercambio de información que se atrevieran a dar, mientras discutían la manera de asegurarse de que su propia civilización no se ponía en peligro por este primer encuentro con la otra. Realmente el método más rápido sería la destrucción de la otra nave por medio de un rápido y brutal ataque en defensa propia.

Después de todo lo que había sucedido, el *Lianvabon* era una nave en la que se llevaban a cabo dos empresas diferentes. Habían salido de la Tierra para observar de cerca el componente más pequeño de la estrella doble en el centro de la nebulosa. Esta nebulosa fue el resultado de la explosión más gigantesca de la que el hombre tiene noticia. Tuvo lugar durante el año 2946 antes de Cristo, antes de que las siete ciudades de la largamente desaparecida Troya hubieran sido ni siquiera imaginadas. La luz de esa explosión llegó a la Tierra en el año 1054 después de Cristo, y

fue debidamente anotada en los anales eclesiásticos, y de manera más científica por los astrónomos de la corte china. Fue lo suficientemente grande como para ser vista a la luz del día, durante veintitrés días sucesivos. Su luz, y eso que tuvo lugar a una distancia de cuatro mil años-luz, era más brillarle que la de Venus.

De este hecho, los astrónomos dedujeron 900 años más tarde la violencia de la explosión. La materia catapultada por la violencia de la explosión voló a una velocidad de 3.700.000 kilómetros por minuto; algo más de 62.000 kilómetros por segundo. Cuando los telescopios del siglo xx enfocaron la escena de esta tremenda explosión sólo quedaba una estrella doble y la nebulosa. La estrella más brillante de las dos era casi única por la extrema temperatura de su superficie, tanto, que no mostraba líneas espectrales en su superficie, tenía un espectro continuo. La temperatura de la superficie solar es de 7.000 grados absolutos y la de la ardiente estrella blanca era de 500.000, Tiene casi la masa del Sol, pero sólo un quinto de su diámetro, por lo que su densidad es 173 veces la del agua, 70 veces la del plomo y ocho veces la del iridio, la substancia más pesada conocida en la Tierra. Pero, aun así, esta densidad no es la de una estrella enana blanca como la compañera de Sirio. La estrella blanca de la nebulosa del Cangrejo es una enana incompleta, es una estrella que está todavía en el momento de su colapso. El examen que incluye la vigilancia de su columna de luz, de cuatro mil años-luz, valía la pena. El *Lianvabon* había venido a hacer este examen. Pero el encuentro con otra nave desconocida, que probablemente destinaba su viaje al mismo fin, tenía implicaciones que relegaban a un segundo término el propósito original de la expedición.

Un pequeño robot bulboso flotaba en el tenue gas de la nebulosa. La sección normal de operaciones de la tripulación del *Lianvabon* estaba en sus puestos en estado de alerta, que los tenía con los nervios en tensión constante. El grupo de observadores se dividió en dos; uno de ellos, de bastante mala gana, se dedicó a hacer las observaciones para las que la nave había hecho el viaje. El otro grupo se aplicó en ayudar a resolver el problema que la aparición de la otra nave había creado.

Representaban a una cultura que había conseguido llegar al espacio y viajar a escala interestelar. La explosión de hacía unos

cinco mil años tuvo que terminar con cualquier rastro de vida en la zona que ahora ocupaba la nebulosa. Por eso los desconocidos de la negra nave espacial debían venir de otro sistema solar. Su viaje, como el de la nave terrestre tenía que haber sido dispuesto con fines exclusivamente científicos. No había nada que extraer de la nebulosa.

Tenían que estar por lo tanto, y como mínimo, al nivel de la civilización humana, lo que significaba que tenían o podían desarrollar artes y productos para comerciar que podían interesar a los humanos en un plano de relaciones amistosas. Pero también se darían cuenta de que la existencia y civilización de los humanos eran una amenaza potencial para su propia raza. Las dos razas podían ser amigas, pero también mortalmente enemigas. Cada una de ellas, sin quererlo, era una monstruosa amenaza para la otra. Y lo único que se puede hacer con algo que amenaza es destruirlo.

En la nebulosa de Cangrejo, el problema era grave e inmediato. El futuro de las relaciones entre las dos razas debía ser establecido aquí y ahora. Si se podía dar comienzo a un proceso amistoso, una raza, de otra manera condenada, sobreviviría, y las dos se beneficiarían enormemente. Pero ese proceso debía ser establecido y debía comenzarse a poner las bases de confianza imprescindibles, sin dejar de vigilar, para evitar el menor riesgo posible de traición. Debía establecerse la confianza sobre un fundamento de imprescindible sospecha, ninguna de las dos partes se atrevía a volver a casa, si la otra podía dañar a su raza. La única solución segura para las dos era destruir a la otra parte o ser destruida.

Pero incluso para la guerra, se necesitaba algo más que la simple destrucción de la otra parte. Con tráfico interestelar, los desconocidos tenían que poseer el poder atómico y alguna forma de superaceleración para viajar a mayor velocidad que la luz. Además de localizadores de radio, pantallas y comunicación por onda corta tenían muchos otros aparatos. ¿Qué armas poseían? ¿Cómo y por dónde estaba extendida su cultura? ¿Qué recursos propios tenían? ¿Podría haber un desarrollo comercial y amistoso, o eran las dos razas tan diferentes que sólo podía haber entre ellas guerra? Si la paz era posible, ¿cómo se podía empezar?

Los hombres del *Lianvabon* necesitaban hechos, y lo mismo podía decirse de la tripulación de la otra nave. Tenían que volver

con el máximo posible de información, y la más importante sería la localización de la otra civilización por si estallaba la guerra. Esa mínima parte de información podía ser el factor decisivo en una conflagración interestelar. Pero también otros aspectos serían enormemente valiosos.

Lo trágico del asunto es que no podía haber información que llevara a la paz. Ninguna de las dos naves podía poner en peligro la existencia de la propia raza sólo por la convicción, la buena fe o el honor de la parte contraria.

Así es que había una extraña tregua entre las dos naves, Los desconocidos seguían con su trabajo de observación, igual que lo hacían en el *Lianvabon*. Ese pequeño robot flotaba en el iluminado vacío. Un scanner del *Lianvabon* estaba enfocado sobre una pantalla de visión de los desconocidos. Un scanner de los desconocidos observaba una pantalla del *Lianvabon*. Y comenzó la comunicación. Y progresó con rapidez.

Tommy Dort fue uno de los que antes comenzaron a progresar en el campo de la información. Su trabajo especializado a bordo había terminado, y ahora había sido designado para trabajar en el problema de la comunicación con los extraterrestres. Fue con el psicólogo de la nave a la cámara del comandante para informar sobre los primeros éxitos. La cámara, como de costumbre, era un lugar silencioso lleno de luces de un rojo apagado, que correspondían a los indicadores, y las grandes y claras pantallas en todas las paredes y en el techo.

—Hemos establecido una comunicación bastante satisfactoria, señor —dijo el psicólogo; parecía cansado, su trabajo durante la travesía era el de medir los factores de error en la observación por parte de la tripulación, y también reducirlo al mínimo posible o al absoluto; había sido presionado para prestar este servicio, para el que en realidad no era adecuado, y se notaba en su aspecto—. Es decir, podemos decirles cuanto deseemos y entender lo que nos contesten. Pero, por supuesto, no sabemos cuánto hay de verdad en lo que dicen.

Los ojos del comandante se volvieron hacia Tommy Dort.

—Hemos conectado una maquinaria —dijo Tommy— que en resumen es un traductor mecánico. Tenemos pantallas, por supuesto, y también rayos directos de onda corta. Ellos usan

frecuencia modulada además de lo que probablemente son variaciones en la forma de las ondas, como los sonidos de nuestras consonantes y vocales en la conversación. Nunca habíamos tenido que hacer uso de nada parecido, por eso nuestras bobinas no sirven, pero hemos desarrollado una especie de clave que no es el lenguaje de ninguno de los dos grupos. Ellos envían hasta nosotros sonidos de onda corta y frecuencia modulada, y nosotros los recopilamos como sonidos. Cuando lo devolvemos, está reconvertido en frecuencia modulada.

El comandante preguntó, ceñudo:

—¿Por qué la clase de ondas cambia a onda corta?; ¿cómo lo sabe?

—Nosotros les mostramos nuestro recopilador en la pantalla y ellos nos enseñaron el suyo. Ellos registran directamente en frecuencia modulada, creo —dijo Tommy, prudentemente—. No usan sonido en absoluto, ni siquiera en conversación. Han organizado una habitación para la comunicación y les hemos observado al comunicarse con nosotros. No hacían ningún movimiento perceptible con algo que corresponda al órgano para hablar. En lugar de un micrófono, ellos se colocan sencillamente ante algo que actúa como una antena de recepción. He creído adivinar, señor, que usan microondas para lo que llamaríamos conversación de persona a persona. Creo que formulan series de onda corta como nosotros sonidos.

El comandante se quedó mirándolo:

—¿Esto significa que tienen telepatía?

—Pues... creo que sí, señor —dijo Tommy—. Significa además que nosotros también tenemos telepatía para ellos. Son sordos, casi seguro... y ciertamente no parecen tener la menor idea sobre el uso de sonidos al aire para comunicarse. Sencillamente, ellos no usan los sonidos para nada.

El comandante guardó la información.

—¿Y qué más?

—Bueno, señor —dijo Tommy, dudoso—, creo que hemos llegado a un acuerdo sobre símbolos arbitrarios para designar objetos por medio de las pantallas y hemos conseguido relacionar verbos, etc., con diagramas y dibujos. Tenemos unas dos mil palabras que tienen significados mutuos. Preparamos un ordenador

para escoger sus grupos de onda corta y los pasamos a la máquina descifradora. Luego, la sección de cifrado de la máquina escoge lo que hemos recogido y prepara grupos de ondas que deseamos enviarles. Cuando esté usted preparado para hablar con el comandante de la otra nave, señor, nosotros lo tendremos todo listo.

—¿Cuál es su impresión sobre su psicología? —le preguntó el comandante al psicólogo.

—No sé, señor —contestó el psicólogo atosigado—, parecen absolutamente sinceros y directos. Pero no se les ha escapado el menor síntoma de tensión, que nosotros sabemos que sufren. Actúan como si sencillamente estuvieran organizando el medio de comunicarse amistosamente. Pero hay... bueno... un tono armónico...

El psicólogo era muy eficiente en psicometría, que es un campo muy interesante y útil, pero no estaba preparado para analizar un modo completamente distinto de pensamiento.

—Si me permite decirle, señor... —intervino Tommy, incómodo.

—¿Qué?

—Son hermanos de oxígeno —dijo Tommy—, y tampoco son muy diferentes de nosotros en otros aspectos. Me parece que ha existido una evolución paralela. Quizá la inteligencia se desarrolla en líneas paralelas, como... bueno... como las funciones básicas del cuerpo. Quiero decir... —añadió concienzudamente—, cualquier ser vivo de cualquier clase tiene que alimentarse, metabolizar, y defecar. Quizá cualquier cerebro inteligente tiene que percibir, apereibir, y encontrar una reacción personal. Estoy seguro de haber detectado ironía, y eso implica sentido del humor. En suma, señor, pienso que podrían resultar agradables.

El comandante se puso en pie.

—Bueno... —dijo el comandante sumido en profunda meditación—, veremos qué es lo que tienen que decir.

Se dirigió a la cámara de comunicación. El scanner para la pantalla del robot estaba preparado. El comandante se colocó frente a ella. Tommy Dort se sentó ante la máquina codificadora y comenzó a teclear en los botones. Surgieron ruidos altamente inverosímiles que fueron recogidos por un micrófono, y dirigieron la frecuencia modulada de una señal a través del espacio a la otra

nave. Casi al instante, la pantalla de visión que con un transmisor —en el robot— mostraba el interior de la otra nave, se iluminó; un extra terrestre se situó ante el scanner y pareció observar con curiosidad hacia afuera de la pantalla. Era extraordinariamente parecido a un hombre, pero no era humano. La impresión que producía era de una extrema calvicie y en cierto modo de sentido del humor y de franqueza.

—Desearía decir —empezó el comandante como escogiendo las palabras— algo apropiado sobre este primer encuentro entre dos razas distintas de seres civilizados, y expresar mi esperanza de que el resultado sea un amistoso intercambio para ambos pueblos.

Tommy Dort titubeó. Luego, encogiéndose de hombros siguió tecleando expertamente en el codificador. Nuevos sonidos inverosímiles.

El comandante extra terrestre pareció comprender el mensaje. Hizo algún gesto torcido como de asentimiento. La descifradora del *Lianvabon* se puso a funcionar y comenzaron a aparecer palabras en el cuadro de mensajes. Tommy dijo con imparcialidad:

—Dice, señor: *«Todo eso está muy bien, pero ¿hay algún medio para que cada uno de nosotros pueda volver a casa con vida? Me sentiría feliz si pudiera ser así, si pudiera usted arbitrarlo de algún modo. Por el momento, parece que no queda más remedio que la muerte para uno de los dos grupos»*.

El ambiente fue de confusión. Había demasiadas preguntas que había que contestar a la vez, pero nadie podía contestar a ninguna de ellas, y sin embargo todas debían ser contestadas.

El *Lianvabon* podía comenzar su retorno. La nave extraterrestre quizá pudiera o no multiplicar la velocidad de la luz una unidad más que la de la Tierra. Si pudiera, el *Lianvabon* les descubriría el lugar donde se encontraba la Tierra y luego tendría que luchar. Y podía ganar... o no. Incluso si ganaba los extraterrestres podían tener indicios de comunicación con los que enviar datos precisos a su propio planeta antes de comenzar la batalla. Pero el *Lianvabon* también podía perderla y, si era así, era mejor ser destruidos aquí, sin dar ningún indicio de dónde se encontraban los seres humanos y dónde podía encontrarlos una flota de naves de guerra a punto y con los datos precisos.

En la nave negra el dilema era el mismo. También podía volver

a casa, pero si el *Lianvabon* era más rápido y podía encontrar el camino para superacelerar y adelantarse... Tampoco los extraterrestres sabían si el *Lianvabon* podía conectar con su base sin necesidad de moverse del sitio donde estaba. Si los extraterrestres tenían que morir, también preferían ser destruidos allí, para no enseñar el camino de su civilización a unos posibles enemigos.

Por eso ninguna de las dos naves podía moverse. El camino del *Lianvabon* por la nebulosa podía ser detectado por la negra nave, pero había seguido el recorrido de una curva logarítmica, y no era probable que los extraterrestres lo supieran. No podían adivinar de qué dirección había llegado la nave terrestre. Por el momento las dos naves estaban en iguales circunstancias. Pero el problema seguía en pie:

«¿Y ahora qué?».

No había una respuesta específica. Los extraterrestres daban información a cambio de información, y a veces no se daban cuenta de lo que podía deducirse de ella. Los humanos hacían lo mismo, y Tommy Dort sudaba sangre en su ansiedad de no traicionarse con la información sobre dónde se encontraba la Tierra.

Los extra terrestres veían por medio de luz infrarroja, y las visipantallas y los scanners en el robot de intercomunicación tenían que adaptar sus respectivas imágenes un octavo más arriba o más abajo, cada uno, para que las imágenes fueran visibles en ambas direcciones. A los extraterrestres no se les ocurrió que la clase de visión que poseían delataba que su sol era una enana roja, de luz en descenso pero de mayor energía situada justo por debajo del espectro visible para los ojos humanos. Pero después de este descubrimiento por parte de los ocupantes del *Lianvabon*, éstos pensaron que los extraterrestres también habían deducido el tipo espectral del Sol por la luz a que estaban adaptados los ojos de los humanos.

Había un artilugio para grabar y recoger series de onda corta que los extraterrestres usaban ocasionalmente como los humanos hacen con las grabaciones de sonido; a los terrestres les interesaba enormemente el artefacto y a los extraterrestres les fascinaba el sonido. Eran capaces de percibir los ruidos, por supuesto, justamente como la palma de un hombre expuesta a los rayos infrarrojos nota el calor que éstos producen, pero eran incapaces de

notar el tono de un sonido igual que el hombre no podría distinguir la diferencia entre dos frecuencias de radiación de calor, incluso con diferencias de un octavo de distancia. Para ellos la ciencia humana del sonido constituía un descubrimiento extraordinario. Encontrarían maneras de hacer uso de los sonidos que los humanos no hubieran imaginado nunca... si seguían vivos.

Pero esa era otra cuestión. Ninguna de las dos naves podía partir sin antes haber destruido a la otra. Pero mientras el intercambio de información tenía lugar, ninguna de las dos naves podía permitirse el lujo de destrozar, a la otra. Había también el asunto de la coloración exterior de las dos naves. El *Lianvabon* era exteriormente plateado y brillante, mientras que la nave desconocida era de un negro absoluto a la brillante luz que la rodeaba. Absorbía el calor a la perfección y probablemente era capaz de radiarlo hacia afuera igualmente. Pero no lo hacía. La negra superficie no era un cuerpo negro ni una ausencia de color. Era un perfecto reflector de ciertos rayos infrarrojos mientras que simultáneamente producía fluorescencia en esas mismas bandas de ondas. En la práctica, absorbía las frecuencias más altas de calor, las convertía en una frecuencia más baja que no radiaba, y permanecía a la temperatura deseada incluso en el vacío.

Tommy Dort seguía trabajando en el asunto de las comunicaciones. Encontró que el proceso de pensamiento de los desconocidos no era tan diferente como para no poderlo seguir. La discusión técnica alcanzó ya el asunto de la navegación interestelar. Se necesitaba un mapa para ilustrar el proceso. No hubiera sido lógico usar un mapa de la cámara cartográfica porque por medio de uno de esos mapas se podía colegir desde dónde había sido trazado. Tommy mandó hacer un mapa expresamente, con estrellas imaginarias pero convincentes. Tradujo instrucciones sobre su uso por medio del codificador y decodificador. A cambio, los desconocidos presentaron uno de sus mapas ante la pantalla de visión. Copiado al instante por fotografías, los oficiales de la nave estuvieron estudiándolo para averiguar desde qué parte de la galaxia se podían ver las estrellas y la Vía Láctea en la forma que las presentaba el mapa. Pero no pudieron encontrarlo.

Fue Tommy quien se dio cuenta de que los extraños habían hecho un mapa especial y que era una copia al revés del que ellos

mismos habían presentado.

Tommy sonrió ante el detalle. Le empezaron a caer simpáticos los extraterrestres. No eran humanos, pero tenían un sentido muy humano del humor. Al cabo de un tiempo, Tommy hizo un ensayo con un chiste muy sencillo. Tenía que ser traducido a guarismos codificados, luego había que convertir éstos en grupos casi indescifrables de onda corta, a impulsos de frecuencia modulada, y eso enviarlo a la otra nave y a Dios sabía qué aparatos para convertirlos en algo inteligible. Un chiste que tenía que pasar por todas esas formulaciones probablemente acabaría sin ninguna gracia. Pero los desconocidos lo captaron.

Había uno de ellos para quien el asunto de la comunicación se había convertido en una función tan normal como lo era para Tommy el manejo de los codificadores. Los dos comenzaron una amistad que parecía de locos, conversando a través del codificador, descifrador y las secuencias de onda corta. Cuando los tecnicismos de los mensajes oficiales se convertían en farragosos, aquel desconocido intercalaba cosas no técnicas, parecidas a lo que podríamos llamar lenguaje coloquial. A menudo procuraba allanar las dificultades. Tommy, sin ningún motivo en especial, había inventado y codificado para su amigo desconocido el nombre de Buck, y el otro lo aceptó y firmaba con él sus mensajes.

Durante la tercera semana de comunicación, la máquina descifradora presentó de pronto a Tommy un mensaje en la pantalla de recepción:

«Eres un buen chico. Es una lástima que tengamos que matarnos el uno al otro. Buck».

Tommy había estado pensando prácticamente en lo mismo. Y envió su desolada contestación:

«No encontramos la manera de evitarlo. ¿Y vosotros?».

Tras una pausa la pantalla receptora volvió a llenarse.

«Si pudiéramos creer los unos en los otros, sí. A nuestro comandante le gustaría. Pero nosotros no podemos confiar en vosotros ni vosotros en nosotros. Os seguiríamos a vuestra base si pudiéramos, y vosotros haríais lo mismo. Pero lo sentimos mucho. Buck».

Tommy llevó aquellos mensajes al comandante.

—Mire esto, señor —le dijo con ansiedad—. Esta gente son casi humanos y son individuos agradables.

El comandante estaba ocupado en su importante función de buscar asuntos en los que preocuparse, y preocupándose de ellos. Dijo cansadamente:

—Respiran oxígeno. Su aire contiene un veintiocho por ciento de oxígeno en lugar de un veinte, pero se las podrían arreglar muy bien en la Tierra. Podría ser una conquista altamente deseable para ellos. Y nosotros todavía no sabemos las armas que tienen o que pueden desarrollar. ¿Les diría usted dónde pueden encontrar la Tierra?

—No —dijo Tommy sintiéndose desgraciado.

—Ellos probablemente sienten como nosotros —dijo el comandante secamente— y si por fin conseguimos trabar amistad, ¿cuánto tiempo duraría? Si su armamento fuera inferior al nuestro, pensarían que tendrían que perfeccionarlo por su propia seguridad. Y nosotros, sabiendo que estaban pensando en rebelarse les destruiríamos mientras pudiésemos, ¡por nuestra propia seguridad! Si todo fuera al revés, serían ellos los que nos destruirían antes de que pudiésemos alcanzar su nivel.

Tommy escuchaba silencioso pero se movía intranquilo.

—Si destrozamos esta nave negra y volvemos a casa —dijo el comandante—, el gobierno de la Tierra se molestará, si no sabemos decir de dónde había venido. Pero ¿qué podemos hacer? Tendremos más suerte de la que espero si podemos volver con lo que sabemos. ¡Es imposible sacarles a esas criaturas más información propia de la que nosotros les demos, y nosotros decididamente no les vamos a dar nuestra dirección!, ¡nos hemos encontrado por casualidad! Quizá si aniquilamos a esa nave, no habrá otro encuentro en miles de años. ¡Y es una pena, porque el comercio podría significar tanto! Pero necesitamos dos para que haya paz, y no podemos arriesgarnos y confiar en ellos. La única salida es matarlos si podemos, y si no podemos, procurar que cuando nos maten no encuentren nada que los guíe hacia la Tierra. No me gusta —añadió el comandante, cansadamente—, pero sencillamente no hay otra salida.

En el *Lianvabon* los técnicos trabajaban frenéticamente divididos en dos grupos. Uno preparándolo todo para la victoria, y el otro para la derrota. Los que trabajaban para la victoria poco podían hacer. Los grandes blasters eran las únicas armas con las que podían

contar. Estaban variando cautelosamente su montaje para que no apuntaran sólo hacia adelante con sólo cinco grados de cambio de posición. Controles electrónicos que obedecían a un localizador central por radio los tendrían a punto para tirar contra un objetivo definido con absoluta precisión aunque éste maniobrara y se moviera. Aun más, un genio del cuarto de máquinas, que hasta el momento no había sido descubierto, inventó un sistema de acumulación de potencia en reserva mediante el cual la potencia normal de las máquinas de la nave se podía acumular momentáneamente y soltarla luego en oleadas de energía con una potencia muy superior a la normal. En teoría el campo cubierto por los blasters debía haberse multiplicado y su poder destructivo también. Pero aparte de esto, había mucho más que hacer.

El grupo que trabajaba para la derrota tenía mucho más que hacer. Cartas astronómicas, instrumentos de navegación que pudieran dar alguna pista, la recopilación fotográfica que Tommy Dort había llevado a cabo durante los seis meses de viaje desde la Tierra, y cualquier otra anotación que pudiera orientar sobre la posición de la Tierra, fueron preparados para su destrucción. Fueron colocados en archivos sellados y si cualquiera de ellos hubiera sido abierto por alguien que no supiera exactamente el complicado proceso de apertura, el contenido de todos los archivos se hubiera convertido en ceniza en cuestión de segundos, sin la menor posibilidad de restauración. Por supuesto, si el *Lianvabon* salía victorioso, un cuidadoso método no indicado permitiría volver a abrirlos con toda seguridad sin lugar a destrozos.

Se colocaron bombas atómicas por todo el casco de la nave. Si la tripulación fuese aniquilada sin la completa destrucción de la nave, el *Lianvabon* estallaría si fuera remolcado hasta llegar a la otra nave. No tenían hechas las bombas, pero había pequeñas unidades de poder atómico a bordo. No fue difícil disponer de ellas para que, unidas a la maquinaria, al ponerla en marcha hicieran explosión. Y cuatro hombres de la tripulación estaban siempre en guardia con el traje espacial puesto y los cascos cerrados, para poder luchar si la nave era perforada por varios sitios al mismo tiempo en caso de un ataque inesperado.

Pero un ataque así no tendría lugar a traición. El comandante extraterrestre había hablado con franqueza. Su forma de decirlo

había sido la de quien admite la inutilidad de la mentira. El comandante del *Lianvabon* admitió, a su vez, la virtud de la franqueza. Cada uno de ellos había insistido —quizá de veras— que deseaba la amistad de las dos razas. Pero ninguno podía confiarse y no hacer todos los esfuerzos concebibles para descubrir lo que más desesperadamente trataba de ocultar... la localización de su propio planeta. Y ninguno de los dos se atrevía a creer que el otro no le seguiría para encontrarlo. Porque cada uno de ellos consideraba que era su deber hacérsele al otro, ninguno de ellos podía arriesgar la existencia de su raza al confiar en el otro. Tenían que luchar porque no les quedaba otro camino.

Podían izar la bandera de batalla por medio de alguna información anterior. Pero había un límite a la información pacífica. No se podía hablar ni de armamento, población o recursos, ni siquiera de la distancia que separaba sus bases de la galaxia del Cangrejo. Intercambiaban información, por supuesto, pero sabían que seguiría una guerra a muerte, y cada uno trataba de presentar a su civilización lo suficientemente potente como para desanimar al contrario a conquistar, y de esta manera aumentaba la apariencia de amenaza entre unos y otros, y la batalla se hacía cada vez más inevitable.

Era curioso, no obstante, observar con qué precisión los cerebros de ambos grupos podían encajar. Tommy Dort, sudando junto a las máquinas cifradoras y descifradoras, encontró una ecuación personal emergiendo de las líneas de palabras que iban llegando. Había visto a los desconocidos en la pantalla de visión y sólo a una luz que por lo menos era de un octavo más baja, de lo que estaba acostumbrado. Ellos, por su parte, le veían muy mal por una iluminación transpuesta de lo que para ellos sería el extremo del ultravioleta. Pero sus cerebros funcionaban igual, increíblemente igual. Tommy sentía una simpatía auténtica e incluso algo parecido a la amistad por aquellas extrañas criaturas calvas, que respiraban por branquias y que tenían una ironía seca pero real, por aquellos habitantes de la negra nave espacial.

A causa de ese parentesco mental preparó —aunque sin esperanzas— una especie de tablero que contenía todos los aspectos del problema y se lo enseñó. No creía que los desconocidos tuvieran el menor instinto de destrucción con respecto al hombre. De hecho,

el estudio de las comunicaciones provenientes de los desconocidos había producido en el *Lianvabon* un sentimiento de tolerancia básicamente parecido al que suele existir entre los soldados enemigos en las guerras de la Tierra. Los hombres no sentían enemistad, y probablemente los desconocidos tampoco, pero tenían que matar o morir por razones de lógica estrictamente.

La tabla de Tommy era específica. Hacía una lista de los objetivos que los hombres tenían que procurar conseguir, por orden de importancia. El primero era el de llevar de vuelta la noticia de la existencia de una nueva cultura. El segundo era la localización de esta cultura en la galaxia. El tercero era traer la mayor cantidad de información sobre esta cultura distinta. Sobre el tercero se podía trabajar, pero el segundo era probablemente imposible. El primero —y los demás— dependían del resultado de la lucha que debía tener lugar.

Los objetivos de los contrarios debían ser exactamente los mismos, por lo que los hombres debían impedir primero, la noticia de la existencia de la Tierra, segundo, el descubrimiento de la localización del planeta, y tercero, la adquisición por parte de los desconocidos de información que les llevara o animara a atacar a la Humanidad. Y como los humanos, la información estaba en marcha, y para lo demás debían esperar al resultado de la batalla.

No había otro camino posible para evitar la desagradable necesidad de destruir la nave negra. Los extraños tampoco encontrarían solución al problema de la destrucción del *Lianvabon*. Pero Tommy Dort, observando con preocupación su tabla, se dio cuenta de que incluso una completa victoria no sería la solución perfecta. El ideal sería que el *Lianvabon* se llevase de vuelta la nave enemiga para estudiarla a fondo, nada menos que eso cubriría por completo los objetivos del tercer punto. Pero Tommy comprendió que odiaba una victoria tan completa incluso si se podía llevar a cabo. Odiaba la idea de matar a seres aunque no fueran humanos que comprendían como los hombres preparaban una flota de naves de guerra para destruir una cultura diferente porque su existencia les resultaba peligrosa. El mismo accidente de este encuentro, entre gentes que podían congeniar, había creado una situación que sólo podía resultar en una destrucción total.

Tommy Dort buscaba y buscaba en su cerebro una respuesta y

no encontraba nada que lo pudiera solucionar. Sin embargo, ¡tenía que haber una respuesta! ¡La jugada era demasiado grande! Era absurdo que dos naves espaciales tuvieran que luchar —siendo que ninguna de ellas estaba destinada a la lucha en principio— para que los supervivientes pudieran volver con las noticias que pondrían a todo el Mundo en frenéticos preparativos de guerra contra otro mundo desprevenido, Sí ambos mundos pudieran ser prevenidos, en cambio, y cada uno de ellos estuviera convencido que el otro no quería luchar, y si pudiera haber comunicación entre ellos pero sin localizarse mutuamente hasta haber conseguido fundamentar un principio de confianza mutua.

Era imposible, quimérico, un sueño, una tontería... pero una estupidez tan atractiva que Tommy Dort lo pasó al codificador para dirigirlo a su amigo branquial y calvo Buck, que se encontraba en aquel momento a unos ciento sesenta mil kilómetros de distancia en la luminosa bruma de la nebulosa.

—Sí —decía Buck en su contestación—, es un sueño demasiado hermoso. Y me gusta como eres, pero a pesar de ello no puedo creerte. Si ya hubiera dicho esto primero, también a ti te gustaría pero no me creerías. Yo te digo la verdad más de lo que tú crees y quizá tú me la dices a mí más de lo que yo creo. Pero no hay modo de saberlo. Lo siento.

Tommy se quedó pensativo mirando el mensaje. Sintió un terrible sentido de responsabilidad. Todo el Mundo lo sentía en el *Lianvabon*. Si fallaban en este encuentro, la raza humana tendría muchas posibilidades de ser destruida en un futuro próximo. Si tenían éxito, serían los desconocidos los que afrontarían el riesgo de la destrucción. Millones, quizá billones de vidas dependían de los actos de unos pocos seres.

De pronto, Tommy Dort vislumbró la respuesta.

Sería asombrosamente sencillo si salía bien. En el peor de los casos podría dar una victoria parcial a la humanidad y al *Lianvabon*. Estaba sentado muy quieto, sin atreverse a mover un dedo, por no correr el riesgo de romper la cadena de pensamiento que siguió a la primera y aún no definida idea. Pensó en ello una y otra vez con excitación encontrando objeciones aquí y resolviéndolas allá. ¡Era la respuesta!, ¡estaba seguro! Se encontraba casi mareado por la sensación de alivio y de alegría, mientras se dirigía a la cámara del

comandante y pedía permiso para hablar.

La función de un comandante es buscar problemas para resolver. Pero el del *Lianvabon* no tenía por qué buscar. En las tres semanas y cuatro días pasados desde el primer encuentro con la negra nave desconocida, la cara del comandante se había arrugado y había envejecido. No sólo tenía al *Lianvabon* para preocuparse, tenía a toda la humanidad.

—Señor —dijo Tommy con la boca seca por la excitación— puedo ofrecer un método de ataque contra la nave negra. Lo llevaré a cabo yo mismo, señor, y, si falla, nuestra nave no perderá nada.

El comandante le miraba sin verle.

—Toda la táctica ya está estudiada y a punto, señor Dort —dijo con cansancio el comandante—, es un juego terrible, pero hay que jugarlo.

—Creo —repuso Tommy con cuidado— que he encontrado el modo para no tener que jugarlo. Suponga, señor, que enviamos un mensaje a la otra nave ofreciendo...

Su voz siguió hablando en el absoluto silencio de la cabina del comandante, con las pantallas mostrando una amplia neblina y dos estrellas en su centro brillando fulgurantes.

El comandante salió con Tommy por la compuerta exterior. En primer lugar, la acción que Tommy había sugerido necesitaba ser respaldada por él, y en segundo lugar porque él había sufrido más que nadie en el *Lianvabon* y ya no podía más. Si iba con Tommy, haría lo que tendría que hacer él mismo, y si fallaba sería el primero en morir, y las órdenes necesarias para volver la nave a la Tierra ya estaban en la máquina de control y confiadas al oficial de guardia. Si desgraciadamente Tommy Dort o el comandante eran asesinados o morían, solamente bastaría pulsar un botón y se desataría el más furioso ataque contra la nave desconocida, que terminaría con la destrucción de una de las dos naves... o con las dos. Por lo tanto, el comandante no estaba desertando de su puesto.

La compuerta exterior se abrió sobre el resplandeciente vacío que era la nebulosa. A unos treinta kilómetros el pequeño robot se balanceaba en el espacio, rodeando en una increíble órbita a los dos soles centrales, y flotando cada vez más cerca de ellos. Nunca llegaría a ellos, por supuesto. La estrella blanca sola era tanto más ardiente que el Sol de la Tierra que el efecto de su calor produciría

la temperatura de la Tierra sobre un objeto que estuviera cinco veces más lejos de lo que está el Sol de Neptuno. Incluso si se acercase tanto como Plutón, la temperatura del robot sería incandescente. Y nunca podría aproximarse a los ciento cincuenta millones de kilómetros que es la distancia que separa a la Tierra del Sol. Si lo consiguiera, el metal que lo componía se derretiría y herviría hasta convertirse en vapor. Pero, a medio año luz, el objeto bulboso se balanceaba en el vacío.

Las dos figuras vestidas con trajes espaciales flotaban apartándose del *Lianvabon*. Los pequeños reactores atómicos que los convertían en diminutas naves espaciales habían sido sutilmente alterados, pero el cambio no había interferido en su funcionamiento. Se dirigían al robot de comunicación. El comandante decía gruñendo en el espacio:

—Señor Dort, toda una vida deseando aventuras. Pero ésta es la primera vez que me siento justificado al correrla.

Su voz llegaba hasta Tommy por medio de los receptores espaciales que llevaba. Éste le contestó con la voz seca:

—A mí no me parece una aventura, señor; tengo un ansia terrible de que este plan tenga éxito. Creo que es aventura cuando no importa el final.

—¡Oh, no! —dijo el comandante—. Aventura es cuando uno se juega la vida en la escala de probabilidades y espera a que se pare la bola de la suerte.

Llegaron al objeto redondo y se agarraron a los cuernos con punta de cristal que surgían de él.

—Inteligentes, estas criaturas —dijo el comandante lentamente—; tienen que estar deseando desesperadamente ver más de nuestra nave que la cámara de comunicaciones, para que hayan aceptado este intercambio de visitas antes de la lucha.

—Si, señor —dijo Tommy.

Pero para sus adentros pensó que su amigo branquial querría conocerle en carne y hueso antes de que uno de ellos, o los dos, murieran. Y le hizo el efecto de que entre las dos naves había surgido una extraña tradición de cortesía, como la de los antiguos caballeros antes de empezar una guerra, cuando se admiraban mutuamente con sinceridad y luego atacaban con todas las fuerzas de que eran capaces y con todas las armas de que disponían.

Allí esperaron.

Al poco tiempo, otras dos figuras surgieron de la niebla. Los trajes espaciales de los extraterrestres también eran autopropulsados, y la estatura de aquellos seres era algo más baja que la de los humanos. Las aberturas de sus cascos estaban recubiertas de una materia filtrante para los rayos visibles y los ultravioletas que para ellos hubieran sido mortales. La materia filtrante no permitía ver más que las siluetas de las cabezas dentro de los cascos.

El fono del interior del casco de Tommy dijo, desde la cámara de comunicaciones del *Lianvabon*:

—Dicen que su nave les está esperando, señor. La escotilla exterior estará abierta.

La voz del comandante dijo pesadamente:

—Señor Dort, ¿había visto usted antes sus trajes espaciales? Si es así, ¿está usted seguro de que no llevan nada anormal en ellos, como bombas?

—Sí, señor —contestó Tommy—, nos hemos enseñado mutuamente por las pantallas nuestros trajes espaciales. No llevan nada anormal a la vista, señor.

El comandante hizo un gesto a los dos desconocidos, y él y Tommy se dirigieron a la negra nave. No veían claramente la nave con los ojos al descubierto, pero desde la cámara de comunicaciones les iban guiando.

De pronto la nave negra estaba ante ellos. Era enorme, tan larga como el *Lianvabon* y bastante más ancha. La escotilla exterior estaba abierta. Los dos hombres, embutidos en sus trajes espaciales, se metieron por ella y se pusieron de pie gracias a sus botas de suela magnética. La escotilla exterior se cerró. Sintieron una corriente de aire y simultáneamente el afilado tirón de la gravedad artificial. Entonces se abrió la puerta interior.

Todo era oscuridad. Tommy encendió la luz de su casco al mismo tiempo que el comandante. Ya que los extra terrestres veían mediante infrarrojos, la luz blanca les hubiera resultado intolerable. Por eso las luces de los cascos de los dos hombres eran de un rojo oscuro que usaban comúnmente para iluminar las luces de mando de los instrumentos, precisamente para no deslumbrarse y poder detectar la más mínima mancha que apareciera en las pantallas de

visión. Había extraterrestres esperando para recibirlos. Pestañeaban a la luz de los cascos de los dos hombres. El fono espacial del casco de Tommy decía:

—Dicen, señor, que su comandante nos está esperando.

Tommy y el comandante se encontraban en un largo corredor de suelo blanco y suave. Las luces de sus cascos iluminaban detalles, todos ellos exóticos.

—Creo que me voy a quitar el casco, señor —dijo Tommy.

Así lo hizo y el aire era bueno. Analizado, se componía de un treinta por ciento de oxígeno, en lugar del veinte por ciento de la Tierra, pero la presión era menor. Se estaba justo bien. La gravedad artificial era menor que la que se mantenía en el *Lianvabon*. El planeta de los desconocidos debía ser menor que la Tierra, y por los datos proporcionados por los infrarrojos, daba vueltas cerca de un sol casi muerto, de color rojo oscuro. Los extraterrestres habían encendido parte de su equipo de iluminación como un acto de cortesía. La luz probablemente hería sus oídos pero era un gesto de consideración que hizo que Tommy sintiera más ansia que nunca por llevar a buen término su plan.

El comandante desconocido les miraba de frente con lo que a Tommy le pareció un gesto torcido pero con humorística desaprobación. Los fonos de los cascos decían:

—Dice, señor, que le recibe con agrado, pero que sólo ha sido capaz de pensar en un camino para resolver el problema creado por el encuentro de estas dos naves.

—Si se refiere a la lucha —dijo el comandante—, dígame que estoy aquí para ofrecerle otra alternativa.

El comandante del *Lianvabon* y el de la otra nave estaban frente a frente, pero su comunicación era fantásticamente indirecta. Su conversación tenía lugar a base de microondas y una aproximación a la telepatía. Pero no podían oír en el más amplio sentido de la palabra, por lo que la conversación del comandante y de Tommy se acercaba más a la telepatía en cuanto a ellos se refería. Cuando el comandante habló, su fono espacial envió sus palabras al *Lianvabon*, donde pasaron por el aparato codificador y se mandaron a la nave negra en su equivalente en onda corla. El comandante extraterrestre contestó y su réplica fue enviada al *Lianvabon*, desde donde fue retransmitida por el fono espacial según iban apareciendo sus

palabras en la pantalla receptora. Era un sistema pesado, pero funcionaba.

El bajo y enjuto comandante extra terrestre hizo una pausa. Los fonos de los cascos transmitieron la traducción de sus palabras silenciosas.

—Dice que está ansiando oirla, señor.

El comandante se quitó el casco y metió sus manos en el cinturón en posición beligerante.

—Mire usted —dijo truculentamente a la calva extraña criatura que tenía frente a sí a la luz rojiza de las lámparas extra terrestres—. Parece que tendremos que pelear y uno de nuestros grupos tendrá que morir. Estamos preparados para ello si es necesario. Si usted gana lo hemos arreglado todo de manera que nunca encontrarán dónde está la Tierra, y de todos modos hay bastantes posibilidades de que ganemos nosotros. Y si ganamos y volvemos a casa, nuestro gobierno organizará una flota y comenzará a buscar su planeta. Y si lo encontramos estaremos preparados para destrozarles y enviarles al Infierno. Si ganan ustedes nos pasará lo mismo a nosotros. ¡Y todo esto es una locura! Hemos estado aquí un mes, hemos intercambiado información y no nos odiamos unos a otros. No tenemos motivo para luchar entre nosotros excepto el de proteger a nuestras respectivas razas.

El comandante se interrumpió para respirar, gruñendo. Tommy puso también con aspecto inconsciente sus manos en la cintura de su traje espacial. Esperaba, deseando ardientemente que la cosa diera buen resultado.

Los fonos del casco dijeron:

—Dice, señor, que todo lo que le está contando usted es verdad, pero que su raza tiene que ser protegida, lo mismo que piensa usted de la suya propia.

—Naturalmente —repuso el comandante, enfadado—. ¡Pero lo sensato es buscar el medio de protegerlas! Jugarse el futuro de ellas en una lucha no es de sentido común. Nuestras razas tienen que ser advertidas de nuestra común existencia. Eso es cierto. Pero cada una debería tener prueba de que la otra no quiere la guerra, sino la amistad. Y no deberíamos intentar encontrarnos, pero tendríamos que comunicarnos entre nosotros para buscar motivos de confianza comunes. Si nuestros gobiernos quieren hacer el imbécil,

¡dejémosles! Pero tendríamos que darles la oportunidad de ser amigos en lugar de empezar una guerra espacial sólo por miedo los unos de los otros.

Brevemente el fono espacial dijo:

—Dice que la dificultad estriba en llegar a confiar ahora los unos en los otros. Con la posibilidad de poner en juego su raza, no puede ser imprudente, y tampoco puede usted darles a ellos una ventaja.

—Pero mi raza —gritó el comandante mirando penetrantemente al comandante extraterrestre—, mi raza tiene una ventaja. Vinimos aquí, a su nave, con trajes espaciales de propulsión atómica. Antes de marchar alteramos su funcionamiento, y podemos hacer explotar diez libras de energía cada uno, aquí mismo, en esta nave, o también puede ser activado por control remoto desde nuestra nave. En otras palabras, si no acepta usted mi proposición para un estudio de este asunto con sentido común, Dort y yo estallaremos en una explosión atómica y su nave quedará averiada o destruida... y el *Lianvabon* les atacará con toda la fuerza que posee dos segundos después de nuestra explosión.

La cámara del comandante de la nave desconocida era una extraña escena, con su iluminación rojo oscuro y los extraños calvos extraterrestres respirando con sus branquias mientras vigilaban al comandante humano y esperaban la traducción de sus palabras que ellos no podían oír. Pero una repentina tensión apareció en el ambiente. Un agudo y salvaje sentido de tensión. El comandante desconocido hizo un gesto y los fonos de los cascos comenzaron a zumbar de nuevo.

—Pregunta, señor, cuál es su proposición.

—¡Cambiar de naves! —gritó el comandante—. ¡Permutar la una por la otra y volver a casa! Podemos disponer nuestros instrumentos para que sea imposible que nos sigan, y ustedes pueden hacer lo mismo con los suyos. Cada uno de nosotros se deshará de mapas y archivos. Cada uno de nosotros dismantelará las armas. El aire servirá. Y nosotros nos meteremos en su nave y ustedes en la nuestra y ninguno de nosotros podrá engañar y seguir al otro, y cada uno podrá volver a casa con más información de la que podríamos recoger de otra manera. Podemos establecer en esta misma nebulosa del Cangrejo un lugar de encuentro para cuando la doble estrella haya hecho otro circuito, y si nuestra gente quiere

volver para encontrarse lo pueden hacer, y si tienen miedo, ¡pues que no vengan! ¡Esta es mi proposición! Y la acepta, o Dort y yo estallamos en su nave y el *Lianvabon* destruye lo que quede.

Miraba con intensidad mientras esperaba que tradujeran sus palabras y éstas llegaran a las pequeñas y secas figuras que le rodeaban. Supo cuando llegaron porque la tensión cambió. Las figuras se movieron. Hacían gestos. Uno de ellos se movía convulsivamente. Se tiró al blando y suave suelo y daba patadas. Otros se apoyaron en las paredes y se sacudían.

La voz en el casco de Tommy Dort había sido estrictamente breve y profesional hasta ese momento, pero ahora sonaba con profundo desconcierto.

—Dice, señor, que es un buen chiste. Porque los dos miembros que él envió a nuestra nave y que se cruzaron con nosotros en su camino, también llevaban sus trajes llenos de explosivos atómicos, que pensaba hacernos la misma proposición y la misma amenaza. Por supuesto, acepta, señor. Nuestra nave vale para él más que la suya propia, y ésta, a su vez, para usted es más valiosa que el *Lianvabon*. Parece, señor, que es un trato.

Entonces Tommy comprendió qué eran los movimientos convulsivos de los extraños. Eran carcajadas.

No fue tan sencillo como lo expuso el comandante. En la práctica fue bastante más complicado. Durante tres días las tripulaciones de las dos naves estuvieron juntas. Los extraños aprendiendo el manejo del *Lianvabon* y los humanos el de la negra nave. Y además había gente de guardia en ambas naves para hacerlas saltar por los aires en caso de necesidad. Pero éste no se presentó. Y fue indudablemente un acierto que dos expediciones volvieran a dos civilizaciones, según el trato hecho, que el haber vuelto sólo una.

No obstante, hubo algunos problemas. Discusiones sobre el traslado de archivos. En la mayoría de los casos, las disputas terminaron destruyéndolos. También hubo problemas con los libros del *Lianvabon* y con sus equivalentes de la otra nave que tenía obras parecidas a las novelas de la Tierra. Pero esto lo consideraron valioso para el futuro conocimiento mutuo y el desarrollo de la amistad bajo el punto de vista de ciudadanos normales y sin ningún tipo de propaganda.

Pero los nervios estuvieron tensos aquellos días. Los extraterrestres inspeccionaban cuidadosamente la carga de alimentos que se iba transportando a la nave negra para el viaje de vuelta de los humanos, y los hombres se encargaron del traslado de los alimentos de los extraterrestres a su propia nave. Todo lo necesario para el viaje de vuelta. Hubo detalles sin fin, desde el cambio de iluminación de acuerdo con el tipo de vista de cada tripulación, hasta el final reconocimiento del funcionamiento de cada aparato. Un grupo mixto de cada tripulación inspeccionó y verificó la total destrucción de aparatos de seguimiento en ambas naves, para que nada hubiera quedado escondido y todas las armas desmanteladas. Fue una curiosa experiencia observar como ambas tripulaciones tomaron todas las medidas necesarias para hacer imposible que el trato fracasara.

Hubo una conferencia final, antes de que ambas naves partieran, en la cámara de comunicaciones del *Lianvabon*.

—Dígale al pequeño enano —murmuró el antiguo comandante del *Lianvabon*— que tiene una buena nave y que la trate como se merece.

La pantalla de mensajes entró en funcionamiento, y el comandante extra terrestre contestó:

—Creo que su nueva nave es tan buena como ésta. Espero encontrarle de nuevo aquí cuando la doble estrella haya dado una vuelta completa.

El último hombre abandonó el *Lianvabon*, que comenzó a moverse en la bruma de la nebulosa antes de que terminaran de entrar en la negra nave. Las pantallas de visión habían sido alteradas en la nave para uso de los ojos humanos, y los hombres observaron hasta el último momento con añoranza la silueta que se iba alejando de su nave, mientras ésta daba rodeos por la nebulosa para despistar sobre su auténtico destino. Su nueva nave tomó también un rumbo loco a una remota parte de la nebulosa. Llegó a una hendidura de vacío que llevaba hacia las estrellas y se levantó rápida en el vacío. Hubo el momento de suspenso que produce siempre la superaceleración cuando da comienzo, y entonces la negra nave se lanzó al vacío a muchas veces la velocidad de la luz.

Muchos días más tarde, el comandante vio a Tommy Dort mirando con curiosidad los extraños objetos que equivalían a

nuestros libros. Era fascinante intentar descifrarlos. El comandante se sentía satisfecho. Los técnicos de la antigua tripulación del *Lianvabon* encontraban continuamente detalles interesantes en la nueva nave. Seguramente, los extraterrestres también disfrutarán con sus descubrimientos en el *Lianvabon*. Pero la negra nave valía enormemente la pena y la solución encontrada era infinitamente más valiosa que una victoria en combate.

—Oiga, señor Dort —dijo el comandante con voz profunda—, no tiene usted equipo para hacer un nuevo archivo fotográfico durante el viaje de vuelta. Se quedó en el *Lianvabon*. Pero, afortunadamente, hemos podido conservar el que tomó usted en el viaje de ida, y personalmente daré la mejor referencia sobre la idea que tuvo y como me ayudó a llevarla a buen fin. Tengo muy buena opinión de usted, señor Dort.

—Muchas gracias, señor —contestó Tommy.

Esperó. El comandante carraspeó aclarándose la voz:

—Usted fue... el primero que se dio cuenta del parecido de nuestro proceso mental y el de los extraterrestres —observo—. ¿Qué opina sobre la posibilidad de un arreglo amistoso si acudimos a la cita en la nebulosa tal como quedamos?

—Oh, creo que todo irá bien, señor —dijo Tommy—. Creo que hemos empezado bien nuestra amistad. Después de todo, como ellos ven por infrarrojos, los planetas que les pueden apetecer, a nosotros no nos interesan. No hay razón para que no nos llevemos bien. Tenemos casi la misma psicología.

—Bueno... pero... ¿qué es exactamente lo que quiere usted decir con eso? —preguntó el comandante.

—Pues que son como nosotros, señor —contestó Tommy—, a pesar de que respiran por medio de branquias y ven por ondas de calor, y su sangre tiene una base de cobre en lugar de hierro, y algún otro pequeño detalle como esos. Pero, por lo demás, somos iguales. En su tripulación sólo había hombres, pero también tienen dos sexos como nosotros, y familias y... sentido del humor... En fin...

Tommy dudaba.

—Siga, señor Dort —dijo el comandante.

—Bueno, había uno al que yo llamaba Buck, porque no tenía ningún nombre que se pudiera traducir en sonidos —dijo Tommy—.

Nos llevábamos muy bien. Podría muy bien llamarle amigo, señor, estuvimos juntos un par de horas antes de que las dos naves se separaran, y ni él ni yo teníamos que hacer nada en particular. Y quedé convencido de que los humanos y los extraterrestres están hechos para ser buenos amigos, si se les da la menor oportunidad. Ya ve, señor, pasamos dos horas contándonos chistes verdes.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

EL PLANETA SOLITARIO, *The Lonely Planet* (1949)

A TRAVÉS DEL TIEMPO, *Sidewise in Time* (1934)

UN LÓGICO LLAMADO JOE, *A Logic Named Joe* (1946)

EL PODER, *The Power* (1945)

SIMBIOSIS, *Symbiosis* (1947)

PRIMER ENCUENTRO, *First Contact* (1945)

Notas

[1] SNAFU es abreviatura de Situation Normal All Fouled Up, que es jerga americana: Situación Normal Completamente Enredada. < <